

presencia

tribuna libertaria

SUMARIO

- **Palomares. — Un pueblo español descubre el átomo**
Redacción
- **Las luchas estudiantiles**
Redacción
- **Las opciones de la Izquierda española**
Octavio ALBEROLA
- **Dialogar, ¿pero con quién?**
Edgar-Emilio RODRIGUEZ
- **Herejías gratuitas**
Victor GARCIA
- **Mito y realidad revolucionaria**
GILBERTO
- **La autogestión contemporánea**
Daniel GUERIN
- **Anarquía y democracia**
Erich FROMM
- **Opciones del Movimiento libertario español**
José PEIRATS

presencia

tribuna libertaria

présence (tribune libertaire)

Director :
L. PASAMAR

Redacción :
**24, rue Ste. Marthe
Paris, X**

Administrador :
Amador ALVAREZ

Administración :
**87, rue de Patay
Paris, XIII**

Giros : C.C.P. 15.712.51, Paris

Precio ejemplar : **3 F**

Bimestriel

Bimestral

SUMARIO

	pág.
PALOMARES.— UN PUEBLO ESPAÑOL DESCUBRE EL ATOMO (D.A.)	1
HOMENAJE A ANTONIO MACHADO (M.R.)	5
LAS LUCHAS ESTUDIANTILES (L.P.)	6
LAS OPCIONES DE LA IZQUIERDA ESPAÑOLA (Octavio Alberola)	8
DIALOGAR, ¿PERO CON QUIEN? (Edgar-Emilio Rodríguez)	13
HEREJIAS GRATUITAS.— AL MARXISMO NO LE DEBEMOS NADA (Victor García)	17
MITO Y REALIDAD REVOLUCIONARIA (Gilberto)	25
LA AUTOGESTION CONTEMPORANEA (Daniel Guérin)	28
ANARQUIA Y DEMOCRACIA (Erich Fromm)	35
OPCIONES DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL (José Peirats) ..	39
ACTUALIDAD ESPAÑOLA (A.M.)	40
ACTUALIDAD INTERNACIONAL (A.S.)	44
TEATRO: «CANTO PUBLICO ANTE DOS SILLAS ELECTRICAS» (Sergio Daniel)	46

Palomares:

UN PUEBLO ESPAÑOL DESCUBRE EL ATOMO

LAS CIRCUNSTANCIAS DEL ACCIDENTE.

Desde el 17 de enero pasado la pequeña localidad de Palomares, situada a 120 kms. de Almería, vive involuntariamente a « la hora americana ». Ese día, en el cielo almeriense, un avión cisterna entró en colisión con un bombardero gigante B. 52 (en la nota remitida a la prensa cuatro días después del accidente, por el Ministerio del Aire, simple « Jet norteamericano de gran radio de acción »). Los « elementos secretos de carácter militar », mencionados en esa nota, eran, precisémoslo, cuatro bombas termonucleares —capaces, cada una de ellas, de arrasar una ciudad de la importancia de Londres o de Tokio— y dos proyectiles teledirigidos de un tipo ultrasecreto.

La operación de recuperación de los restos de ambos aviones fue bautizada « Operación Palomares ». Contribución española a dicha operación : el cielo y el mar de Almería, los campos de tomates, los habitantes del pueblo, los militares españoles de la vecina base de San Javier y la nunca tan bien llamada Benemérita que, contador Geiger en mano, tuvo que recorrer palmo a palmo las inmediaciones del pueblo.

La cosa no hubiese ido a mayores —unos cuantos « civiles » conataminados, un pueblo privado (quizás para siempre) de su único medio de subsistencia, un accidente más que añadir a la ya larga y pavorosa lista de catástrofes similares— si una de las bombas, sepultada en el mar a más de trescientos metros de profundidad, no hubiese obligado al mando americano, para intentar recuperarla, a efectuar un fantástico despliegue de material ;

Hoy la playa de Palomares alberga una auténtica base militar ocupada por más de mil soldados y marinos. Veinte barcos de guerra, siete helicópteros, dos submarinos (se llegó a señalar a la ya larga y pavorosa lista de catástrofes similares— si una de las bombas, sepultada en el mar a más de trescientos metros de profundidad, no hubiese obligado al mando americano, para intentar recuperarla, a efectuar un fantástico despliegue de material ;

Hoy la playa de Palomares alberga una auténtica base militar ocupada por más de mil soldados y marinos. Veinte barcos de guerra, siete helicópteros, dos submarinos (se llegó a señalar a la ya larga y pavorosa lista de catástrofes similares— si una de las bombas, sepultada en el mar a más de trescientos metros de profundidad, no hubiese obligado al mando americano, para intentar recuperarla, a efectuar un fantástico despliegue de material ;

Hoy la playa de Palomares alberga una auténtica base militar ocupada por más de mil soldados y marinos. Veinte barcos de guerra, siete helicópteros, dos submarinos (se llegó a señalar a la ya larga y pavorosa lista de catástrofes similares— si una de las bombas, sepultada en el mar a más de trescientos metros de profundidad, no hubiese obligado al mando americano, para intentar recuperarla, a efectuar un fantástico despliegue de material ;

¿Cuál era la misión específica del bombardero atómico que se estrelló en Palomares? ¿Qué significan las iniciales S.A.C.? ¿Es cierto que sólamente en el territorio de los Estados Unidos se registraron, desde 1958, quince accidentes de este tipo?

EL ACCIDENTE DE PALOMARES VISTO POR LA PRENSA FRANQUISTA

La prensa oficial ha tratado, con su servilismo y su ramplonería habituales, de complacer a los americanos ocultando al público la gravedad del accidente y, en todo caso, minimizando las consecuencias.

Su labor informativa se inicia con la nota del Ministerio del Aire, del 21 de enero, y se cierra con un artículo reciente del semanario « El Español », verdadera profesión de belicismo proamericano: « Los elementos antiamericanos —afirma esta nota— han aprovechado el accidente de Almería para organizar una campaña contra los Estados Unidos. No debemos permanecer silenciosos ante esta campaña. Los aviones americanos cargados de bombas nucleares constituyen el único medio de disuasión posible contra las veleidades soviéticas y representan, además, una garantía de paz sólida y definitiva ».

Señalemos también el artículo de Tico Medina, en Pueblo, en que el accidente queda reducido a las dimensiones de una amable fábula moderna, incorporada ya al folklore local por un pueblo, el de Palomares, amante de inventar « historias, chascarrillos y pasatiempos », pueblo « luminoso por excelencia », « aún en sus horas de preocupación ». Desde ahora, concluye humorísticamente (?) Tico Medina, estos simpáticos campesinos « aprenderán a mirar el cielo para algo más que para ver si llueve ».

EL « STRATEGIC AIR COMMAND », PIEZA ESENCIAL DEL DISPOSITIVO BELICO AMERICANO

A los pocos minutos de estrellarse los dos aviones, el cuartel general del S.A.C., situado en Ohama (Kansas), recibía de una de las bases americanas enclavadas en territorio español, probablemente de Torrejón de Ardoz, un informe completo sobre las circunstancias del accidente.

El B. 52, estrellado en la costa almeriense, había despegado horas antes de la base Johnson en California y efectuaba, con otros cuatro aparatos de idénticas características, una misión de carácter bélico « no justificada —afirma un semanario francés— por una deterioración especial de la situación internacional ».

El creador del « Strategic Air Command » es el general Curtiss le May. El sistema aéreo de disuasión por él creado sigue en vigor, a pesar de que veinte años después los Estados Unidos disponen de un fantástico arsenal de cohetes intercontinentales, capaces de destruir los centros vitales de la URSS a partir de su propio territorio.

No sólamente las posibilidades de un conflicto atómico, provocado por un fallo humano o técnico de esta complejísima máquina bélica, son elevadas, sino que constituye, además, una auténtica espada de Damocles nuclear suspendida sobre la cabeza de millones de seres humanos, un peligro permanente para las poblaciones civiles situadas en el itinerario seguido por los bombarderos del S.A.C.

El objetivo de dichos aparatos, la vigilancia del territorio sovié-

tico y la prevención de un ataque nuclear ruso, no pasan hoy día de ser un amable pretexto. La finalidad verdadera es la de mantener en estado de alerta el formidable aparato de guerra americano y conseguir la supremacía política y económica a escala planetaria con que sueñan sus dirigentes.

En efecto los Estados Unidos no creen actualmente —y sus aliados menos aún (excepto la Alemania de Bonn ; solo nuestra España franquista puede darle lecciones de pro-americanismo)— en la posibilidad de una agresión soviética en Europa. Buena prueba de ello es que los Estados Unidos están retirando actualmente una parte de sus tropas estacionadas en Alemania para lanzarlas en la encerrona vietnamita.

Entonces, como afirma una de los periodistas presentes en Palomares, « ¿cómo es posible que un aparato que transporta armas nucleares haya podido reunirse con su avión-cisterna en un punto de las aguas territoriales españolas tan cercano a la costa, siendo evidente que en caso de colisión o de accidente técnico los restos del aparato tendrían forzosamente que caer sobre el litoral? »

EL S.A.C. LA O.T.A.N. Y EL « MUNDO LIBRE »

Nadie ignora —y esto es una de las causas permanentes de fricción entre la Francia gaulista (que ha prohibido el vuelo sobre su territorio de los aviones del S.A.C.) y los Estados Unidos)— que la organización atlántica (O.T.A.N.) está comanditada por este país y que los países que la integran son simples comparsas del tío Sam.

España es miembro de la U.N.E.S.C.O., ocupa un escaño en la O.N.U. y acabará ingresando en el Mercado Común. No pertenece a la O.T.A.N. porque los demócratas suecos y noruegos se oponen —con ingenua testarudez— a su ingreso, contribuyendo de esa forma a mantener la ficción del aislamiento del Régimen franquista.

...Para mantener la ficción de su soberanía, Franco, pocos días después de ocurrido el accidente de Palomares, prohibía el acceso del espacio aéreo español a los aviones del O.T.A.N. que querían aterrizar en el aeródromo de Gibraltar.

Precisemos que se trataba de aparatos ingleses camuflados en aviones otanistas. Gibraltar convertido en base atlántica... Los hijos de la pérdida Albión nos querían dar gato por liebre.

Madrid sigue, pues, reivindicando un territorio que considera suyo. Y Ruiz Jiménez nos recuerda, en el editorial del último número de « Cuadernos para el diálogo », que « Gibraltar es una ofensa permanente para todos los españoles sea cual sea su ideología »

Efectivamente, España no necesita bases otanistas... Porque ya tenemos para defendernos —enclavadas en pleno territorio « soberano »— tres de las bases más importantes del dispositivo militar americano : dos bases aéreas, Torrejón de Ardoz y Morón, y una tercera, Rota, que es la principal base europea de submarinos Polaris...

Hermoso tema de reflexión para un futuro editorial de « Cuadernos para el diálogo, que sometemos al Dr. Ruiz Jiménez.

DE SAVANNAH (GEORGIA) A PALOMARES UNA LARGA LISTA DE ACCIDENTES DE LOS AVIONES DEL S.A.C.

En caso de accidente, de uno de los bombarderos del S.A.C., una serie de sistemas de seguridad, de una gran complejidad, impiden que el artefacto explote... En teoría dicha explosión es imposible.

Señalemos, sin embargo, que uno de los quince accidentes oficialmente declarados estuvo a punto de provocar cientos de miles de víctimas en 1962, cuando un B. 52 perdió en territorio americano una bomba termonuclear. Según declaraciones del físico americano Ralph Lapp se supo que la bomba había sido recuperada con cinco de sus seis detonadores disparados...

En el caso de Palomares —a pesar del optimismo de las declaraciones oficiales— está demostrado que hubo explosión al menos de uno de los detonadores y se han señalado casos de radiación al rasgarse la envoltura de una de las bombas recuperadas. Sin contar con el perjuicio moral y económico considerable causado a la región y a sus habitantes.

¿DIOS SE HA VUELTO ANTIIMPERIALISTA?

Entre el millar de manifestantes que días atrás lanzaban en Madrid slogans antiyanquis ante la Embajada norteamericana, para protestar contra los acontecimientos de Palomares, se hallaban —afirman las agencias de prensa— numerosas mujeres y « hasta cuatro curas en sotana ». Simultáneamente una petición firmada por más de cinco mil personas, petición dirigida a los ministros de Asuntos Exteriores, del Aire y de la Marina, reclamaba que el acceso del espacio aéreo español fuese prohibido a los bombarderos atómicos.

ESPAÑA, HIJA PREDILECTA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Señalemos que, después de haber tenido durante siglos el triste privilegio de ser los hijos predilectos de la Iglesia, nos estamos convirtiendo en hijos predilectos de los Estados Unidos.

Hacia ya tiempo que los políticos y los militares norteamericanos estaban convencidos de que España era el « aliado ideal » de América. Un aliado cuya duplicidad y cuya sumisión a los designios políticos y estratégicos del gigante americano bien merecía que se corriese un velo discreto sobre ciertos « pecados de juventud » del régimen franquista.

Faltaba decidir a los hombres de negocios a invertir sus capitales. Es cosa hecha. España se ha convertido en una tierra de promisión para los capitales extranjeros y preferentemente para el capital norteamericano.

Había que convencer, finalmente, al contribuyente medio yanqui de la espléndida realidad político-humana-económica del régimen franquista en su versión remozada 1966. Había que levantar los últimos escrúpulos de algún que otro intelectual irreductible (quizás interesado por la historia contemporánea y especialmente por el papel jugado durante la última guerra mundial por la España franquista). Para ello, la revista TIME, « ha reservado recientemente su portada a la efigie del Jefe del Estado Español y un número —precisa ABC— considerable de páginas y de fotografías en color dedicadas al desarrollo industrial y al futuro político español ».

De esta visión « optimista y europea de España » se desprende que nuestros país está maduro para reintegrarse al concierto de las naciones llamadas « libres ».

Así ve « TIME » la actual situación política, no sin cierto humor (probablemente involuntario) :

- Las cárceles : « Están vacías desde hace ya mucho tiempo ».
- La policía : « Ya no tortura a los presos políticos ».

y IV

« En el monumento : 1º La comisión organizadora hace entrega del mismo al pueblo de Baeza, 2º Un miembro de la comisión de honor procederá a la lectura de las adhesiones, 3º Fernando Fernán Gómez, Francisco Rabal y Fernando Rey recitarán poemas de Antonio Machado ».

Este es el programa que reza en la convocatoria impresa para el homenaje que, por iniciativa privada, se acordó rendir el 20 de febrero pasado al más auténtico y sincero de nuestros poetas ; al hombre cuya vida, tanto en su actuación como en su expresión, fue paralela a su obra y que murió exilado, por propia voluntad, en el pequeño y pintoresco pueblecito francés de Collioure, vecino a la frontera pirenaica.

Entre las personalidades que formaban parte de la comisión patrocinadora del acto, figuraban Vicente Aleixandre, Alfonso Sastre, Antonio Buero Vallejo, José Luis Aranguren, Miguel Delibes, Dámaso Alonso, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, Salvador Ispru, Luis Rosales, Ana María Matute, Aurora de Albornoz, Pabío Serrano y otros muchos.

Las autoridades españolas debieron ver un terrible peligro en este homenaje. Algunas palabras insertas en la presentación del programa servían ya de alerta : « Se ruega la asistencia de las personas que respeten y admiren en la figura de Antonio Machado, los valores de cultura y libertad que, sin duda, representa ».

A pesar de la tranquilizadora presencia de algunos de los nombres que formaban la comisión, la desconfianza se impuso y los autobuses que se desplazaron a la ciudad bastetana, transportando a los asistentes, fueron detenidos en las afueras de dicha ciudad, viéndose obligados los pasajeros obstinados en alcanzar la meta de su viaje a hacer a pie el resto del trayecto.

La concurrencia, que constituía en principio una pacífica y poética concentración de elementos artísticos, intelectuales y afines, se transformó en una manifestación de protesta que fue disuelta por la fuerza pública, practicándose además algunas detenciones.

Pero en fin de cuentas, nada se perdió con la prohibición del acto. El homenaje a Machado fue superior al que se había programado : contó con toda la adhesión del régimen franquista, aunque por razones de estado la representación estuviera delegada en unos cuantos guardias y policías en funciones de servicio.

¡Digno homenaje para un poeta!

Las luchas de los estudiantes

El día 14 de Marzo las Cortes españolas aprobaron la Ley sobre la reforma de Prensa. La tal reforma, que los órganos de Acción Católica denuncian como insuficiente y antidemocrática, autoriza sí, la libertad de expresión, pero la condiciona de tal modo que resulta una caricatura de reforma.

No habrá censura previa ; pero está vedado criticar los principios del Movimiento y atentar a los intereses del Estado, etc., etc. Cuando se añaden « peros » a la libertad, prácticamente se la anula. Además, de nada o de muy poco sirve la libertad de expresión si no va acompañada de una libertad de asociación. Esta última ha de ser el corolario de la primera.

Así lo entienden, de un tiempo a esta parte, los estudiantes universitarios que tratan de crear sus sindicatos de forma democrática. Los últimos acontecimientos habidos en Barcelona, los días 9 de Marzo y siguientes, son una clara respuesta a la farsa e insuficiencia de las pretendidas reformas democráticas puestas en marcha por el Régimen.

El día 9 de Marzo se reunieron, en un convento de Sarria (Barcelona), unos cuatrocientos estudiantes e intelectuales, con el objeto de sentar las bases de un sindicato democrático. La asamblea adoptó una moción precisando los principios del sindicato libre ; reclamando, además, una reforma de la Universidad. Proclamaban también : La Universidad debe tomar en mano la causa de la libertad y la cultura e inclusive participar en el contexto de la lucha por ellas.

La policía intervino brutalmente e invadió el convento de los capuchinos, deteniendo a numerosos estudiantes e intelectuales, y confiscándoles la documentación al resto. Esta actitud de las autoridades ha desencadenado una oleada de protestas en la propia ciudad condal y otras capitales de España. ¡Hasta en la propia Universidad del Opus Dei, en Pamplona, los estudiantes han manifestando su repudio al sindicato oficial!

Estos acontecimientos esporádicos y sin cohesión aparente manifiestan un malestar latente y unas ansias de renovación. La privilegiada situación de los estudiantes —su inmensa mayoría sale de las clases acomodadas que lucharon al lado de Franco— les permite manifestar su descontento con un riesgo mínimo. La represión contra ellos resulta muy suave comparada con la que el Régimen emplea contra los obreros que reclaman idénticos derechos. De cualquier modo, es de lamentar como los obreros vieron, indiferentes, estas manifestaciones. Esta indiferencia, por justificada que sea —dado el abismo social que los separa en España— sólo favorece al franquismo. En este caso es a los estudiantes el establecer los puentes que les una a la clase trabajadora —a la que hasta ahora también ellos han mirado con indiferencia—, pues sin la colaboración de ésta, sin su impulso, cuantas reformas se consigan serán siempre estériles.

La « violación » del convento de Sarria por la policía ha creado, al parecer, una situación tirante entre las autoridades civiles y clericales ; particularmente con el bajo clero. Setenta y dos capellanes han firmado un documento que circula por la ciudad, en el que denuncian el orden jurídico-político con vigor, afirmando que éste no corresponde a las enseñanzas de la Iglesia y que el bien común no justifica ese orden...

Hace tiempo que la Iglesia viene jugando con las dos cartas ; pero es a través de los movimientos estudiantiles que ella evidencia sus proyectos futuristas para el pos-franquismo, propiciando una « oposición antifranquista » en ciertas capas sociales con la que poder salvar la cara y su continuidad el día de mañana.

Como quiera que sea todo puede ser útil para abatir la Dictadura, a condición de que la clase trabajadora pase también a la acción.

Las opciones de la izquierda española

ANTE LA ESTRATEGIA Y

Antes de intentar dar respuesta al grave dilema, que hoy tienen que resolver los diferentes sectores que integran la «Izquierda española», se impone, primero, definir a ésta en función de lo que ella es, realmente, en la actualidad. Conviene, pues, no olvidar que estos «27 años de paz franquista» han provocado —junto a los cambios naturales derivados de la evolución general del mundo— transformaciones incuestionables y de gran emvergadura que han alterado los valores, las fuerzas y las posiciones de las que ayer eran las componentes de la «Izquierda clásica».

Veamos, con la objetividad necesaria y sin complejos, el panorama político-social actual:

Ni deslumbrados por lo recientes movimientos huelguísticos —mineros, metalúrgicos, estudiantes, etc.—, que a tantos han permitido relanzar sus quiméricas y cómodas esperanzas en un fin rápido de la Dictadura... Ni apagados en nuestro ánimo por el éxito de la política de «liberalización» progresiva... sin libertad real para el pueblo. Simplemente atentos a las secuencias de la evolución de la sociedad española en este último cuarto de siglo, hay que reconocer que en los dos campos, en el de la «Derecha» y en el de la «Izquierda», se han operado notables y decisivos cambios de orientación y composición, que han impuesto una relación de fuerzas y de valores políticos muy diferente a la que imperaba poco antes del 1936.

La «Derecha» —aparte casos particulares de personalidades o grupos que han descubierto una repentina vocación democrática— permanece ligada al Régimen con toda clase de vínculos ideológicos, compromisos e intereses económicos; y sólo en virtud de las apetencias futuristas —en vistas a la sucesión del franquismo— o a las ambiciones insatisfechas se manifiestan contradicciones dentro del sistema y oposiciones, más o menos abiertas, entre los grupos de presión capitalista y los grupos de la burocracia política formada al calor de la Dictadura.

Contradicciones y oposiciones que no van, hoy, más allá de la simple formulación de críticas y pequeños zancadilleos, con miras a conservar o adquirir posiciones de influencia personal o fraccional en el Gobierno.

Queda —como no podía ser de otro modo y como ha sucedido en otros tiempos— una «Oposición de Derecha», propiciada y tolerada por el propio Régimen. Una «Oposición dentro del sistema», en la que todos los grupos de presión reaccionaria tienen sus bazas y sus personalidades más o menos destacadas. Desde la Iglesia hasta el falangismo, pasando por el propio Ejército, los Bancos, el Opus Dei y los monárquicos en sus diferentes ramas: juanistas y requetés.

En esta «Oposición» de conveniencia y cálculo futurista —para la transmisión del Poder sin cambios bruscos y fundamentales— se halla encuadrado algún grupo

DE acuerdo con la línea que nos hemos trazado proseguimos acogiéndolo, en esta « sección polémica », trabajos de distintas procedencias ; pero, que parten de una misma inquietud y aspiran a un mismo objetivo : acabar con el dogmatismo que ha frustrado una unidad efectiva y necesaria de todos los hombres que se reclaman de una izquierda revolucionaria auténtica, para abordar con realismo los problemas de la sociedad española y del mundo con una perspectiva socialista y libertaria.

Esperamos que, en el futuro, nuestros colaboradores y eventuales participantes en esta polémica, nos ayudarán a que ésta pueda centrarse en una constructiva confrontación dialéctica de ideas, dejando de lado la poco productiva polémica personal.

LA REALIDAD FRANQUISTA

o personalidad que ha jugado a una Oposición más sincera y abierta, y que ha sufrido por ello las represalias consiguientes, lo que le da a aquella el colorido y el «valor moral» necesario para engañar al pueblo.

La comunidad de intereses económicos, de orígenes históricos y de afinidades políticas, pese a los matices, sólo les permite diferenciarse en la medida que los de esta «Oposición» consideran terminado el cometido de la Dictadura y propugnan por un reemplazo de hombres en el Gobierno y por el bautizo «democrático» de las instituciones y las leyes, conforme a las prácticas en uso en los países capitalistas del Occidente. Los otros, comprendiendo bien su misión y sus posibilidades, afirman con hechos que el ciclo de la Dictadura no tiene por qué cerrarse y sólo admiten el «institucionalizarla», mediante un proceso gradual de «liberalización» política —paralelo al lento proceso de elevación del nivel de vida— que afine aún más las conquistas y los privilegios alcanzados durante este periodo por el sistema totalitario sobre el pueblo trabajador y las fuerzas de «subversión social».

Se trata, en resumen, en uno y otro caso, en apurar al máximo las posibilidades y las prerrogativas de gobernar en sentido único y a favor de una sola clase social, de acuerdo a la lógica del capitalismo moderno que no considera ya irreconciliables y antinómicos los intereses de la clase explotadora y la explotada, mientras persista la «apatía política» popular y la desmovilización revolucionaria de la clase trabajadora.

Por otra parte, la Izquierda, en el interior y en el exilio, que ha sufrido las consecuencias de estos 27 años de derrotas consecutivas, se encuentra en una situación lamentable —¡hay que decirlo!— de división y derrotismo.

La «Izquierda clásica», es decir, los diferentes movimientos políticos y sociales que la integraban al final de la guerra civil, ha pagado las consecuencias de la derrota: la brutal represión en el interior y el acomodamiento en el exterior de sus núcleos más significados. Así como del paso de los años —bien pronto treinta— en un actitud de impotencia y de inmovilismo progresivo.

Su influencia sobre la masa popular se ha visto reducida a su mínima expresión: los pequeños grupos de fieles militantes que mantienen las «estructuras orgánicas», en la ficción del exilio, sin mayor proyección. El resto se ha evaporado en la naturaleza —por muerte física o acomodamiento— y el pueblo ha permanecido indiferente a sus llamados y a sus fugaces intentos proselitistas.

La fosilización de las «estructuras orgánicas» de estos movimientos —sea cual sea su definición— ha corrido parejo con la inamovilidad y envejecimiento de sus cuadros dirigentes, lo que ha provocado la paralización de toda actividad de

hostigamiento a la Dictadura, y, consecuentemente, la natural y justa rebeldía de las nuevas —aunque poco nutridas— generaciones de militantes y activistas en el seno de estos movimientos. Así se han originado estériles conflictos internos que han acelerado aún más su proceso de debilitamiento y decadencia. Por eso, estos movimientos, se han encerrado sobre sí mismos y sobre los dogmas, en espera de las soluciones milagrosas producto de la verborrea combativa o la hipoteca bochornosa.

Los unos suspirando, durante años, por la quimérica y providencial intervención de las «democracias». Los otros plegándose, baja consigna, a la política pasiva de la «reconciliación nacional», para dar satisfacción a los intereses de la «coexistencia pacífica» buscada por Moscú. Y, por último, los que encarnaban el espíritu, la historia y las ansias revolucionarias de la clase trabajadora española, librándose a una autodestrucción ininterrumpida, sicepática, con la excusa de la salvaguarda o la enmienda de los sacrosantos principios.

Nada, pues, más natural que en el seno de estos movimientos hayan surgido grupos disconformes y que las nuevas generaciones españolas —en sus sectores más inquietos— se hayan sentido divorciadas de estas formaciones estancadas o en plena decadencia, y hayan buscado y busquen nuevas posibilidades de actuación y organización.

Resumiendo: el panorama político-social actual evidencia, por una parte, una estrategia «liberalizadora» —a muy largo plazo— que engloba, en general, a todas las fracciones de la Derecha, sin darle mayor beligerancia y posibilidad de recuperación pública a la Izquierda. Y, por otra parte, una falta total de estrategia colectiva de lo que queda de las diferentes formaciones de la «Izquierda clásica» y de los nuevos grupos que hoy integran la «posición izquierdista». Carencia tanto más grave por cuanto ella permite a la Derecha el maniobrar prácticamente con toda libertad, a la vez que consolida el apoliticismo pasivo de las masas populares propiciado con todo alinco por la Dictadura.

La mentalidad común al Régimen propiamente dicho —su personal político dirigente—, la parte neutra del Estado —burocracia y Fuerzas Armadas— y las bases sociales del mismo —grupos políticos, grupos económicos y religiosos, etc.—, que podemos definir como la mentalidad de la Derecha española actual, podemos resumirla en las palabras de Romero, director de Pueblo, que parece ser uno de sus exponentes más liberales y «liberalizadores»:

«A los que adoptan una efusiva posición de desterrados en su propio país, les diré con buena intención informativa, que las fragilidades gubernamentales o del Poder del siglo XIX se han volatilizado, y el más diligente en el sacrificio, como dicen en caballería, se queda de cuadra. La España visible está constituida por un General que no se entrega; por un Ejército coherente, constituido por los combatientes de la guerra civil en todos sus cuadros de mando, desde comandante en adelante, y no hay coroneles zapadores contra aquella coherencia; por un volumen cada día mayor de intereses económicos extranjeros en nuestro país, que están ayudándonos a levantar la cabeza, y, naturalmente, a llevarse lo que nosotros les dejamos que se lleven, que ha de ser poco y bien contado; por un nivel de vida más alto que anima menos a las aventuras políticas, y menos todavía a las dramáticas; por una clase política con un cuarto de siglo de ejercicio que no renuncia lógicamente a sus posiciones conquistadas, y, además, como dicen los castizos, se las sabe todas; por la adhesión al Régimen —que crearon y animaron— de muchas gentes, que eran la mitad de España en 1936, y que muchas de estas gentes viven, o han transmitido a los suyos actitudes, compromisos y creencias. Claramente, redondamente: a la España de este Régimen no se la derriba con una huelga o con una cadena de huelgas; con una manifestación o con una orquestación de manifestaciones. Esto hay que decirlo honradamente, a la manera de un jarrón de agua fría sobre algunas alborotadas cabezas españolas» (1).

(1) Del libro de Emilio Romero «Cartas al pueblo soberano».

Frente a esta clara y tajante sinceración de uno de los que más busca situarse, precisamente, a la «extrema izquierda» del Régimen y de la «Derecha clásica», nada claro y firme pueden o quieren oponer la «Izquierda clásica» y los hombres que pretenden encarnar una Oposición, fuera del Régimen, presuntamente democrática. Salvo, claro está, las declaraciones de obligada circunstancia antifranquista en las conmemoraciones de las efemerides del ritual del exilio, o los llantos de sirena de los que no ven otra salida que el diálogo... o la política claudicante de la «reconciliación nacional».

Si dejamos de lado las manifestaciones intrascendentes y sin esperanza de los sectores que se han conformado a conservar, mediante una práctica verbalista o de simple literatura escrita, la legitimidad de la causa republicana o de la experiencia revolucionaria del 36 —mientras sus cuadros envejecen y se extinguen en España y en el exilio—, sólo nos quedan las posiciones, aparentemente más realistas y con más posibilidades, que defienden por un lado los de la Oposición «no-violenta» y por otro los que confían en la propaganda gratuita que el Régimen les brinda y en el porvenir de la «coexistencia pacífica» internacional.

De los primeros quizás podamos resumir en palabras recientes de Ridruejo, ex-falangista y actual exponente de la social-democracia (muy bien vista por el Vaticano), toda su actitud y todas sus aspiraciones :

«Porque, en definitiva, sólo una nueva disciplina voluntaria del cuerpo social puede representar una alternativa seria al montaje de coacción y arbitrio que ya se resquebraja por todas partes. Quienquiera que sea el sucesor fáctico del poder personal que se agota —directorio armado, institución real, gobierno de notables— habrá de optar sin remisión y a corto plazo entre lo uno o lo otro. Y conviene que pueda ser así, sin mistificaciones ni confusión entre los términos, porque de otro modo iremos a una de esas situaciones confusas en las que late el caos y triunfa la aventura» (2).

De los últimos, nadie mejor que su líder indiscutido, Santiago Carrillo, puede definirnos su posición y sus ambiciones :

«Han pasado los años; el proceso de descomposición político-social de la actual sociedad española se ha desarrollado inflexiblemente; sus efectos se han multiplicado. Y creemos estar en lo cierto si afirmamos que hay militares que empiezan a decirse que hoy no basta con un papel pasivo; que el Ejército debería incorporarse de una manera activa a la modificación de un orden político que pone en peligro un sinnúmero de cosas y que compromete gravemente su situación para el futuro. Que un cambio hecho con su participación activa podría superar, históricamente hablando, el divorcio abierto en 1936 entre el Ejército y el pueblo (...) Sin deslumbrarnos por esta vía, sin caer en ilusiones fáciles, conscientes de sus dificultades —y de que hay otras vías— si dicha posibilidad cristalizara, el Partido Comunista estaría dispuesto a participar en la organización, y a contribuir con todos sus fuerzas a la victoria, de un movimiento del pueblo y de los militares que abriese un nuevo período en la historia de nuestro país» (3).

En ambas posiciones encontramos idénticos derrotismo y falta de estrategia combativa para alcanzar el objetivo fundamental: el fin de la Dictadura. La misma esperanza e ilusión utópica de que sean, precisamente, las propias fuerzas —o parte de ellas— que han permitido la constitución y consolidación del Régimen —Ejército, Iglesia y burguesía... con el pueblo—, las que faciliten la salida democrática...

Ante una tal ausencia de voluntad y una tal desmovilización combativa no hay que buscar mucho para descubrir el porqué la Dictadura ha podido por tanto tiempo [sobre vivir] y poner tranquilamente en marcha sus proyectos de continuidad;

(2) Del artículo de Dionisio Ridruejo, «El demócrata inconsecuente», publicado en la revista «Mañana» de enero 1966.

(3) Del libro de Santiago Carrillo «Después de Franco, ¿qué?»

únicamente aguijonada por los brotes aislados de subversión y por sus propias contradicciones. Desmovilización combativa que es, repetimos, común a toda la Oposición antifranquista; incluidos aquellos sectores de la «Izquierda clásica» que buscan ilusamente sobrevivir a su bancarrota aliándose a las corrientes reformistas del sindicalismo «libre» y del neo-sindicalismo vaticanista.

En estas condiciones no queda de la «Izquierda clásica» más que un conjunto de residuos burocráticos en el exilio y una serie de arrimados —con ambición futurista— provenientes de la Derecha y que quieren presentarse como alternativa democrática de continuidad al Régimen. Queda esto y, claro está, quedan las formaciones naturales de base que, mientras subsista el régimen capitalista, constituirán la infraestructura de la Izquierda: los trabajadores, la gran masa campesina, los sectores más inquietos de la juventud. En pocas palabras, la parte del pueblo que sufre la explotación y que aún tiene motivos de revuelta.

En el seno de esta «Izquierda natural» encontramos las influencias históricas y la presencias activas de pequeños grupos de socialistas, comunistas, católicos «de izquierda», simples sindicalistas y anarquistas. Grupos incipientes, frecuentemente enfrentados —de manera abierta— con los residuos burocráticos de la «Izquierda clásica»; pero con la dinámica propia de la juventud y de la rebeldía frente a sus formaciones precedentes, a las que no sólo reprochan su inmovilismo, sino también su incapacidad de superar las discrepancias que propiciaron la pérdida de la guerra civil y la frustración de la revolución española.

Estos grupos jóvenes, que surgen en el interior y entre la propia emigración económica, son el fermento que dá a los conflictos laborales y a las protestas populares su significado político y su potencialidad revolucionaria. Lamentablemente, estos grupos jóvenes, son boicoteados por lo que queda de la «Izquierda clásica», a un grado tal de inconsciencia, que los deja inermes frente a la brutal represión policiaca que la Dictadura continúa aplicando contra ellos.

Pero, pese a estas dificultades, estos grupos continúan alimentando la llama de la rebeldía y se buscan en un esfuerzo por superar discrepancias, unir sus fuerzas y trazarse, sobre el terreno de la lucha, una estrategia común.

Esta es la situación real a que nos han conducido 27 años de Dictadura y 27 años de estrategia derrotista de la «Izquierda clásica». Esto hay que reconocerlo honradamente si queremos seriamente superar tan grave situación; pues es en base a esta realidad que la Derecha traza su estrategia y pone en marcha sus proyectos de continuidad hegemónica.

Así, pues, las opciones de la Izquierda española —de la «clásica» y de la «nueva»— giran en torno al problema capital de su supervivencia y arraigo popular. Por eso es vital que no se pierda este fermento revolucionario que ha germinado, pese a todo, en el seno de las nuevas generaciones, al mismo tiempo que se intenta frustrar los planes «evolutivos» de la Reacción española.

Estos dos imperativos tienen una importancia extrema —debería tenerla— para aquellos hombres que un día arrojaron toda clase de sacrificios por el triunfo de la causa popular, pues deben comprender que, después de casi treinta años, son las formaciones jóvenes las únicas que pueden hacer algo por dar continuidad a la lucha y posibilitar un recobramiento efectivo de la Izquierda española en general. Continuidad y recobramiento que está condicionado, sin duda, a la voluntad de superar discrepancias y de centrar sus miras en un acercamiento sincero, por la base, para plantear la lucha contra la Dictadura con la dinámica revolucionaria que las viejas generaciones, por ley natural, han perdido.

Las opciones de la Izquierda española se sintetizan, pues, en dos actitudes perfectamente definidas y antinómicas: o se adopta una consecuente línea de hostigamiento contra la Dictadura, sin darle respiro ni tranquilidad; o se acepta la derrota, con todas las consecuencias, y se marcha al paso de la «liberalización» progresiva que pretende imponer la Dictadura, con lo que se permitirá cerrar su ciclo histórico y cerrar las puertas a la revolución sepañola.

Octavio ALBEROLA.

Dialogar *¿pero con quién?*

UN CONGRESO UN LIBRO UNA CONFERENCIA

A pesar de la guerra que asola el Vietnam, a pesar de la no muy lejana «intervención democrática» en Santo Domingo, el diálogo se ha convertido en una palabra de moda. Más que en una palabra, en una actitud. Desde Paulo VI a Kossyguin, pasando naturalmente por Lyndon Johnson, una buena parte de dirigentes mundiales han descubierto las milagrosas virtudes del diálogo. La consigna del día es, pues, dialogar.

¿Qué significa esto? Significa, por lo visto, que lo antagónico está en camino de dejar de serlo, y es posible entenderse con el adversario e incluso presentarle la otra mejilla. Una mentalidad de coexistencia, una mentalidad de alianza o por lo menos de comprensión —de la que, por cierto, careció el buen Jesús cuando expulsó del templo a los fariseos con escasa mansedumbre evangélica.

Aun a riesgo de ser tachado de retrógrado —uno, por suerte o por desgracia, está curado de espanto—, creo que ya es hora de dejar de declamar y de plantearse seriamente la cuestión de *con quién y para qué dialogar*. Porque de nada sirve perderse en una verborrea con resabios pastorales, clamando por un entendimiento abstracto y vacío de sentido, si no se determina antes cuáles son los interlocutores válidos y qué es lo que se persigue en realidad con el diálogo.

O bien el diálogo se convierte en una gimnasia sueca, una especie de ejercicio intelectual sin metas concretas, o bien significa «hacer», construir, avanzar realmente por un camino determinado que conduce a un objetivo.

Aprovechemos, para formular unas cuantas reflexiones en torno al diálogo, tres hechos relativamente recientes que bien merecen un comentario.

UN CONGRESO

En el XI Congreso del Partido Comunista Italiano, celebrado hace algunas semanas, Luigi Longo se erigió en apóstol del diálogo con la Iglesia. Los comunistas, dijo en resumen, han superado antiguos prejuicios sectarios y no pretenden ya construir una sociedad antirreligiosa. Por lo tanto, es necesario dialogar, es necesario llevar a cabo una acción conjunta con los católicos liberales, a manera de coexistencia pacífica en el plano nacional, luchando por objetivos comunes.

Y todavía más. Embriagado de buenos sentimientos y de ecuménica comprensión —los ecos del Concilio son más amplios de lo que uno creía—, Longo se esforzó por emular la tolerancia de que hace gala la Santa Sede, declarando que el P.C. aspira simplemente a un Estado separado de la Iglesia, no a un Estado ateo. Para alivio y satisfacción del Vaticano, la afirmación marxista de que «la religión es el opio del pueblo» se arrinconó en el cuarto de los trastos viejos, lo que equivale a proclamarla caduca y anacrónica.

Simples conveniencias tácticas, se dirá, y no faltará quien se apresure a recordarme lo de «extremismo, enfermedad infantil del comunismo». Longo, añadirán sus fieles, trata sencillamente de dividir la democracia-cristiana italiana,

al mismo tiempo que pone término al estéril aislacionismo político del Partido Comunista. En tal perspectiva, todo se reduce, pues, a una cuestión de estrategia, sin que ello signifique ninguna abdicación de principios por parte de los comunistas. Se trata de entablar diálogo, nada más ni nada menos.

Y entonces uno, un tanto sorprendido, con cierta tímida estupefacción, se pregunta: ¿éso es el diálogo? ¿Dialogar supone convertir la bandera roja en rosada, el comunismo en una doctrina para Hijas de María, el ateísmo en un coco, la revolución en un minué versallesco? ¿Dialogar, en síntesis, supone transformarse en mansa oveja resignada a jugar a jugar por los siglos de los siglos entre la hierba de un prado idílico?

Se entendería perfectamente que Longo iniciara un diálogo con las fuerzas revolucionarias italianas. Se entendería que, cerrando la etapa aislacionista del P.C., dialogara con la auténtica izquierda —que no es precisamente la izquierda amarilla de las grandes claudicaciones—, buscando una estrategia común en pro de metas revolucionarias. Esa fue, justamente, la esperanza que se perfiló hace unos años —y que, para mí al menos, no se ha desvanecido por completo— al comenzar la era post-stalinista en el XX Congreso del P.C. soviético y, por mimetismo, en los partidos comunistas de todo el mundo.

Pero, por lo visto, la tónica es distinta. Porque lo que se ha producido es una simple «apertura hacia la derecha», es decir el comienzo de una estrategia que consiste en cambiar la piel de lobo por la de cordero.

Dialogar con la Iglesia, digan lo que quieran los reformistas y neoreformistas, supone pactar con la reacción. Supone someterse a un trueque negativo, hacer concesiones gratuitas, ceder terreno, dar validez a lo que no tiene, eludir responsabilidades... y todo ello a cambio de unos votos que huelen a incienso —votos que servirán para cualquier cosa menos para avanzar hacia metas comunistas. Dialogar con la Iglesia, repitámoslo, es el primer paso en una pendiente que acaba forzosamente en el diálogo con todas las fuerzas regresivas. ¿Sirve de algo, por ventura, dialogar con éstas? ¿Sirve de algo dialogar con los carceleros y los verdugos?

Todo esto lleva a pensar que, si la militancia de la base no logra empujar al Partido Comunista Italiano por otros senderos, por senderos realmente comunistas, no pasarán muchos años sin que veamos al P.C. oficialmente convertido en la nueva versión del socialismo amarillo de la II Internacional. Dispuesto, como lo estuvo éste, a dirigir el tratamiento para prolongar la vida del capitalismo.

UN LIBRO

El libro de Santiago Carrillo «Después de Franco, ¿qué?», publicado en Francia en los últimos meses, responde a la misma tónica que la actitud adoptada por Longo en el citado congreso. La preocupación esencial del comunismo ibérico continúa siendo la de frenar toda revolución, levantando la única bandera de la democracia burguesa.

Resulta curioso —más aun, increíble— comprobar que los comunistas siguen empeñados en ignorar su propia experiencia. Aferrados a un esquema fatalista —antimarxista, en el fondo—, continúan proclamando que sólo es posible realizar una revolución socialista cuando el desarrollo económico del capitalismo haya creado las condiciones necesarias.

Con una extraña inconsecuencia, olvidan el caso de Rusia, que en 1917 estaba lejos de poseer una estructura económica desarrollada; el caso de China, que en 1949 era una sociedad completamente feudal, y el caso de Cuba a la caída de Batista, con una economía cien por ciento agrícola y apenas industrializada. Es de suponer que Carrillo, si es consecuente con esa inflexible lógica que le impulsa a poner un corsé de yeso a la revolución española, debe juzgar «extremista» y «carente de realismo» la táctica de Lenin en 1917, cuando no se conformó con la tibia democracia de Kerensky e incurrió en el «error táctico» de propugnar la revolución socialista.

Idénticos reproches, en buena lógica, debe dirigir Carrillo en su fuero íntimo a Fidel Castro, quien, derrocado Batista, no se sentó a esperar pacientemente el proceso evolutivo del capitalismo y el afianzamiento de la democracia burguesa, sino que creyó que era necesario «empujar» la revolución y tirar por la borda todo esquema fatalista.

Santiago Carrillo es un fiel discípulo del diálogo y de la coexistencia pacífica. Prefiere cortar puentes con los revolucionarios a asustar a la burguesía agrícola e industrial de España. Su diálogo es, ni más ni menos, un puente hacia la derecha. Nada de revolución, nada de extremismos, nada de exageraciones. El socialismo vendrá por sí solo, quizá por cansancio o por aburrimiento, quizá porque la burguesía acabará sintiéndose magnánima, quizá porque las reformas «progresistas» obrarán el milagro de traernos una nueva sociedad casi sin darnos cuenta.

Esta actitud se diferencia poco o nada de las solemnes profecías del socialismo clásico, del socialismo parlamentario que creyó que las urnas eran la forja de las revoluciones. Poco importa, para Carrillo, que los dirigentes soviéticos de la vieja guardia, con Lenin a la cabeza, hayan criticado duramente, implacablemente, la ingenuidad reformista de los partidos socialistas europeos, caricaturizando su fe bobalicona en el milagro de los votos.

Es evidente, como dijimos antes, que Carrillo siente escasa admiración por las posiciones combativas y maximalistas de Lenin y sus camaradas de aquella época.

UNA CONFERENCIA

La Conferencia Tricontinental celebrada en La Habana en el mes de enero pudo ser una magnífica oportunidad para dar relieve al diálogo que tanto se invoca.

Se trataba, precisamente, de una ocasión ideal para iniciar un diálogo revolucionario, por encima o a pesar de las diferencias tácticas. De ahí que fueron muchos los hombres que, en el mundo entero, se mantuvieron a la expectativa, confiando en que la reunión significaría el comienzo de un fructífero diálogo entre la izquierda auténticamente revolucionaria.

Desgraciadamente, la expectativa resultó defraudada. Los comunistas, dispuestos en Italia a entenderse fraternalmente con el Vaticano, decididos en España a halagar a la burguesía, empeñados en Francia en conseguir una acción común con una vaga y tímida izquierda, se negaron en La Habana a entablar un diálogo viril y sincero con los revolucionarios de América Latina. Y llegaron, incluso, a repetir las trasnochadas acusaciones de «desviacionismo trotskista» contra algunas fuerzas cuya táctica no comulgaba con las ortodoxas.

Más vale aliarse con Paulo VI que con la revolución, parecen decir los altos jerarcas del P.C., fieles a su papel de frenar el movimiento obrero. Limitémonos a invocar la democracia, las libertades burguesas, los derechos políticos que no asustan a nadie, y enterremos púdicamente las aspiraciones a una sociedad comunista.

La consigna de coexistencia pacífica, dictada por el Kremlin por un imperativo biológico de autodefensa, parece tener fuerza de dogma para los dirigentes comunistas de todo el mundo. Congelar la revolución, frenar a las masas, servir de médico de cabecera al capitalismo, he ahí los objetivos de un partido pseudo-revolucionario que parece, a imitación de Goethe, preferir la injusticia al desorden.

¿ANTICOMUNISMO?

Hasta aquí lo escrito constituye una diatriba fundamentalmente negativa contra las posiciones comunistas. Pero...

Porque, en efecto, hay un pero. Ante esta situación desoladora que hemos expuesto, ¿cabe adoptar la cómoda, la fácil actitud anticomunista? ¿Es lícito

refugiarse en una posición absolutamente negativa frente al Partido Comunista? ¿Podemos condenar al «exilio moral» al proletariado que milita en las filas comunistas? ¿Es justo lanzar furiosos anatemas contra los miles y miles de hombres que han visto en el P.C. la fuerza revolucionaria capaz de guiarles a una sociedad más justa?

Rotundamente, no. El anticomunismo es peligroso, es estéril. El anticomunismo huele mal. Cuando vemos que todas las fuerzas reaccionarias, en España y en el mundo, predicán el anticomunismo a ultranza; cuando vemos que, con la excusa de anticomunismo, se bombardea, se asesina, se tortura y se oprime; cuando vemos que las causas más injustas enarbolan la bandera de un feroz anticomunismo; cuando vemos que el imperialismo norteamericano se ensaña con el pueblo vietnamita en nombre de un salvaje anticomunismo; cuando vemos que la dictadura franquista invoca sin cesar la cruzada anticomunista; cuando vemos que, en el mundo entero, la explotación del hombre por el hombre pretende justificarse con el lema de anticomunismo; y cuando, en general, vemos que las masas se entregan al comunismo convencidas de que podrán, gracias a él, liberarse de la opresión y de la injusticia, no es posible que incurramos en la ciega complicidad de un anticomunismo sectario que nos convertiría en revolucionarios de torre de marfil, puros pero estériles, incorruptibles pero incapaces de construir.

Decir todo esto es difícil, e implica cierto desgarró íntimo: porque pronunciar verdades que a uno mismo le duelen, es dura tarea. Resultaría más sencillo atrincherarse en una posición integralmente negativa. Pero creo que el único diálogo realmente obligado, el único diálogo al que un revolucionario no puede sustraerse, es el diálogo con la fuerza que encarna, hoy por hoy, los anhelos más justos de los oprimidos.

El Partido Comunista, en España y en el mundo, es una realidad que no podemos ignorar. Una realidad con la que, pese a quien pese, hay que contar; y con la que tenemos puntos comunes. Por lo tanto, sería absurdo que combatiéramos su aislacionismo con aislacionismo. Se trata, por el contrario, de tender puentes, de ser interlocutores sinceros, de considerar que la revolución no debe ser patrimonio exclusivo de ninguna fracción.

Hagamos lo posible, pues, por evitar que los comunistas lleguen a convertirse en un partido totalmente burgués, desprovisto de ansias renovadoras. Hagamos lo posible —mediante una actitud crítica pero jamás sistemáticamente negativa— por liberarlos de la absurda tutela que los ata a la política internacional de Moscú. Hagamos lo posible por ganarlos para la causa de la revolución, causa que, sin lugar a dudas, no será nunca idéntica a la nuestra, pero con la cual es más lo que nos une que lo que nos separa.

Confiemos en que el Partido Comunista no traicionará a los comunistas, es decir a sus militantes que creen en la revolución. Confiemos en que, más tarde o más temprano, entable un diálogo, un verdadero diálogo, con los únicos interlocutores válidos: anarquistas, socialistas revolucionarios, sindicalistas, comunistas de distintos matices, todos ellos partidarios de una sociedad que va más allá de la tímida democracia burguesa.

Sea nuestro lema —uno de nuestros lemas— dialogar con los comunistas. Dialogar desde abajo, en la base, aprovechando la magnífica cantera humana y revolucionaria que representan sus militantes. Dialoguemos no para convencerles de que deben renunciar al comunismo, sino para que luchen por él, empujando a sus dirigentes por un camino que lleve hacia adelante y no hacia atrás. Procuremos, valga la perogrullada, que el Partido Comunista sea comunista.

¿Que la tarea es difícil? De acuerdo. Pero tal vez es la única posibilidad para la revolución, que no se conseguirá dialogando con el Vaticano, ni reivindicando el monopolio de una pureza, ni propugnando una revolución perfecta, ni invocando una estéril fidelidad a principios que, nos guste o no, aún no han dado frutos.

EDGAR-EMILIO RODRIGUEZ.

HEREJIAS GRATUITAS

Al marxismo no le debemos nada

Con unos leves retoques, el artículo de Edgar-Emilio Rodríguez (1) tendría plena aceptación en cualquier publicación marxista. Tan empeñado anda en sacudirnos de encima el «dogmatismo antimarxista» que tiende a caer, creemos que inconscientemente, en el «dogma del marxismo». Tal es su convencimiento de que Marx fue el creador de la «lucha de clases, la importancia fundamental del factor económico la función revolucionaria del proletariado, la necesidad de modificar radicalmente la propiedad de los medios de producción...» que pareciera olvidar que Marx abrevó todo esto de sociólogos anteriores, muchas veces con aviesas intenciones de ocultar la verdadera paternidad de los materiales empleados para la construcción del imponente edificio marxista.

Esto lo pone de manifiesto Proudhon en unas acotaciones que hiciera al libro de Marx, «La Miseria de la Filosofía» que era una réplica a la obra proudhoniana «Sistema de las Contradicciones Económicas o Filosofía de la Miseria». En estas notas marginales hechas en la primera edición francesa del libro de Marx (1847), se lee: «El verdadero sentido de la obra de Marx es que él lamenta que por doquier he pensado como él y que lo haya dicho antes que él» y sigue más adelante: «Pero ¡todo esto es mío!», en la página siguiente: «Yo he dicho todo esto». Finalmente añade, dos páginas después, «Plagio de mi Primer capítulo» y «¡Cómo, volvamos! Pero si estas páginas que preceden son una copia mía.» (2)

«El socialismo integral —dirá por su parte Saverio Merlino— contaba ya, antes de 1848, con sus representantes en Italia (Russo, Montanelli, Pisacane), en Inglaterra (Owen, Godwin, O'Brien), y en otros lugares.» Siempre, según Merlino, el socialismo va sacudiéndose «la influencia de los sistemas metafísicos... Es la armonía universal, según Fourier; la moral, según Owen; la ciencia, según Colins; la libertad, según Proudhon... Luis Blanc y Proudhon inician la transformación final, que Marx debería, más tarde, llevar a cabo.» (3)

Sabido es que uno de los jalones más sobresalientes de la doctrina económica marxista es lo que ha pasado a ser conocido como la «teoría de la Plus Valía», la parte del trabajo que el obrero no percibe y que pasa a formar el capital. Ahora bien, esta faceta de la injusta retribución del productor por el esfuerzo realizado la describe muy bien Proudhon en un libro que escribiera en 1840, siete años antes de la aparición del «Manifiesto Comunista» y veintisiete antes de que se publicara el primer tomo de «El Capital». Contestando a un economista, Ch. Comte, que

(1) Edgar-Emilio Rodríguez.— «La Herejía del Materialismo Histórico.— ACABEMOS CON EL DOGMATISMO ANTIMARXISTA».— «Presencia» n.º 2.— París, enero-febrero 1966.

(2) Estas acotaciones aparecen en el tomo II del «Système des Contradictions Economiques ou Philosophie de la Misère» de las «Œuvres Complètes de P.J. Proudhon», editadas por Marcel Rivière.— París 1923. pág. 418 a 420.

(3) Saverio Merlino.— «Revisione del Marcismo», pág. 23.— Ed. Minerva.— Bologna, 1945.

escribiera un «Tratado de la Propiedad», quien reivindica el mejoramiento de una ciénaga o del suelo en general para el propietario por haber pagado éste dichas mejoras mediante alimentos y salarios, Proudhon dice: «Este precio no basta: el trabajo de los obreros ha creado un valor y, en consecuencia, este valor es su propiedad. Ni ellos la han vendido ni cambiando, ni usted, capitalista, la ha adquirido. Que usted tenga derecho parcial sobre el todo por los abastecimientos y las subsistencias procuradas, nada es más justo: Vd. ha contribuido a la producción, Vd. tiene derecho al disfrute. Pero vuestro derecho no anula el de los obreros, quienes han sido vuestros colegas en la obra producida. ¿Habla Vd. de salarios? El dinero con el que usted paga a los trabajadores cancelaría apenas algunos años de la posesión perpetua que ellos os abandonan. El salario es el gasto que reclaman el mantenimiento y la reparación diaria del trabajador; usted se equivoca al ver en este salario el precio de una venta. El obrero no ha vendido nada; no conoce su derecho ni la extensión de la cesión que hace, ni el sentido del contrato que usted pretende haber pactado con él. De la parte de ellos, ignorancia completa; de la parte de usted error y sorpresa, caso que no queramos decir robo y fraude.» (4)

Y tampoco fue Proudhon el **inventor** de la teoría. Tan remotamente como en 1805 Charles Hall, médico que muriera en la «Fleet Prison» inglesa, publicó su libro «The Effects of Civilisation» en donde ya denuncia clara y detalladamente que las ganancias nacen de comprar el trabajo por menos de lo que vale. Veinte años después, Thomas Hodgskin denuncia en diferentes obras (5) la injusticia de un sistema capitalista que, todo e incipiente, ya impone su ley férrea de reducir el salario al nivel de la subsistencia. Hodgskin no se limita a denunciar, como hiciera Hall, sino que aboga por un sindicalismo obrerista y en sus escritos se halla abiertamente expresada la doctrina de la lucha de clases entre productores y capitalistas.

Marx pudo surtirle sobradamente de materiales para su tesis en el seno de las corrientes economistas inglesas. Owen, Ricardo —como antítesis—, John Bray, William Thompson, John Minter Morgan, George Midie. Como se surtiera de Karl Johann Rodbertus, quien escribiera en 1837 «Los Derechos de las Clases Trabajadoras» y de Karl Marlo, dos alemanes de garra que también se anticiparon a Marx en los enfoques clasistas.

«El desarrollo de las teorías económicas anticapitalistas —dice G.D.H. Cole— tuvo generalmente la forma de revisión crítica de las doctrinas de los economistas clásicos, y en lo esencial era el mismo punto de partida que más tarde empleó Marx en su ataque expuesto en «La Crítica de la Economía Política» y en los primeros capítulos de «El Capital». Realmente Marx, en este respecto, recogió y lo incorporó a su más amplio sistema, una doctrina que sus antecesores habían desarrollado en forma de crítica de la doctrina de Ricardo.» (6)

Por la parte obrera tampoco se esperó a que en 1847 apareciera «El Manifiesto Comunista» para reivindicar la lucha de clases. En 1836 aparece en un periódico inglés, «The Constitutionalist», un «Llamado de los obreros de Londres a las clases obreras en Bélgica», llamado reproducido por «L'Observateur» de Bruselas del 19 de noviembre del mismo año, y en donde se lee, entre otras cosas: (7)

(4) P.J. Proudhon.— «*Qu'est-ce que la Propriété*», pág. 213 y 214.— Marcel Rivière. París, 1926.

(5) «*Labour Defended against the Claims of Capital*» (1825), «*Popular Political Economy*» (1827) y «*Natural and Artificial Right of Property Contrasted*» (1832).

(6) G.D.H. Cole.— «*Historia del Pensamiento Socialista*», tomo I, pág. 111. (Esta obra consta de siete tomos, en español, y la casa editora es el Fondo de Cultura Económica de México, 1957-1963.)

(7) Este manifiesto se halla íntegramente transcrito en la reciente obra de Hem Day «*L'Internationale de 1864*», pág. 13, 14 y 15.— «*Les Cahiers Pensée et Action*».— Bruselas 1965.

«¡Compañeros productores de la riqueza! Nuestra opinión es que éstos, en el país que sea, producen la riqueza verdadera, es decir el alimento, el vestido, la vivienda y todos los objetos esenciales al bienestar del hombre, y no tienen más, en realidad, que un gran interés común... Convencidos pues, que los intereses de la universalidad de las clases obreras en todas las partes del mundo son idénticos y que los principios de una amistad fraternal nos conducirían al mantenimiento de la paz, la industria, un intercambio útil de sentimientos y de acciones, inspirados por una buena voluntad recíproca, hemos buscado el por qué, desde tiempos inmemoriales, las disposiciones contrarias han sido fomentadas contra nosotros... Hermanos, este examen nos ha enseñado que la causa de estas fuertes disensiones se halla en que ignoramos nuestra posición verdadera en el estado social; de ahí que creamos que hemos nacido para trabajar, mientras que otros tendrían, solamente, el derecho del disfrute... Las gentes que nos gobiernan han usurpado el poder para su propia ventaja, no para la nuestra; el mantenimiento de su potencia, depende de la ignorancia, de los prejuicios, del egoísmo de la multitud...» y en los párrafos finales asoma algo que Marx y Engels endurecieron en la expresión y lo convirtieron en el grito de todas las clases menesterosas del mundo: «¡Proletarios de todos los países, Uníos!». En el llamado a que hacemos referencia se lee: «Uníos cordialmente contra el enemigo común...» Y como en sociología también es aplicable el «Nihil novum sub solem» bueno es recordar que el cura Meslier, otro precursor ignorado del anarquismo, ya había dicho a fines del siglo XVII, comienzos del XVIII, en su célebre Testamento (8), «¡Uníos, pues pueblos!».

Cuatro años antes del «Manifiesto Comunista» aparece en Francia la «Unión Ouvrière», un pequeño libro escrito por una inquieta peruana, Flora Tristán, que se consideraba descendiente de Huayna Capac y era ascendente (abuela) de Gauguin. En este libro se plantea abiertamente, también, la lucha de clases. «La aparición y la actividad de Flora Tristán, unos meses antes de la llegada de Marx a París (octubre de 1843) —dice Maximilien Rubel (9)—, y durante la estancia de éste en la capital francesa ¿intervienen en algún aspecto en este descubrimiento de Marx (Es en París que Marx **descubre** al proletariado y que llega a la conclusión de que su emancipación sólo puede llevarse a cabo bajo la forma de auto-emancipación) y en la convicción que de la misma ha sacado?»

«Este postulado ético —la constitución de los proletarios en clase— no ha sido, pues, inventado por Marx —señala Hem Day—, sino tomado de Flora Tristán, sin mencionarlo...» (10), costumbre muy arraigada, como ya hemos tenido ocasión de señalar, en el autor de «El Capital».

Abundan pruebas en favor del criterio que señala la formulación de la «lucha de clases» como hecho anterior al «Manifiesto Comunista» y ello es asequible sin necesidad de verse incluido, necesariamente, entre los que Edgar-Emilio Rodríguez califica peyorativamente de «historiadores, eruditos y ratas de biblioteca».

Con estas primeras exposiciones se puede pretender, por lo menos, una negación argumentada al enunciado repetidamente expuesto por EER y según el cual la C.N.T. «interpreta la revolución desde un punto de vista marxista», que «la C.N.T. ha hecho siempre marxismo quizás a pesar suyo» y que en la C.N.T. «se negaba el marxismo... pero de hecho se actuaba de una manera claramente materialista».

No es que con esto nos demos ya por satisfechos. Pretendemos, como anarquistas, refutar el clasismo, pero nos interesa ir por partes y la primera de ellas estriba en negarle a Marx la paternidad de la «lucha de clases». Esta acepción es anterior al «Manifiesto Comunista» de 1847 y en consecuencia, aun en el caso de que la C.N.T., en tanto que sindicato, sea catalogada como una organización clasista, como indudablemente lo es, la misma no es deudora al marxismo en nada ya que Carlos Marx no inventó y se limitó a ordenar los materiales dispersos que a manos llenas

(8) Este «Testamento» ha sido editado por primera vez en castellano, en toda su extensión, por el Grupo «Tierra y Libertad» de México, en 1963.

(9 y 10) Pág. 20 y 21 de la obra de Hem Day ya citada.

le ofrecieron los economistas ingleses, los socialistas pre-marxistas alemanes y los revolucionarios franceses descollando, entre estos últimos, el anarquista Proudhon (11).

Las amalgamas en las que interviene el hombre como material de fusión no pueden dar resultado. Servirse de Fourier, de Proudhon, de Owen, de Rodbertus, de Marlo, de Hall, de Hodgskin, de Flora Tristán para hacer con todo ello un plato único tenía que entrañar resquebrajaduras de inmediato en una doctrina que pretende ser monolítica. En el «Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea» Erich Fromm dedica todo un capítulo a analizar el socialismo y criticar a Marx a quien le atribuye tres errores —la «subestimación de la complejidad de las pasiones humanas»; «la grotesca equivocación... en lo que se refiere a las probabilidades de realización del socialismo» y «la idea de que la socialización de los medios de producción no sólo era condición **necesaria**, sino condición **suficiente**»— así como «el olvido total del hombre». Erich Fromm va más lejos en la vivisección de Marx: éste «y Engels fueron pensadores mucho más **burgueses** que hombres como Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Landauer. Aunque parezca paradójico, el desenvolvimiento leninista del socialismo representa una regresión a los conceptos burgueses del Estado y del poder político, y no el nuevo concepto socialista, que expusieron mucho más claramente Owen, Proudhon y otros.» (12).

Por su lado, Martín Buber, que reconoce en Marx una «metódica maestría» para lo económico, dirá que «sólo raras veces —por absurdo que esto parezca a un marxista incondicional— abordó más de cerca el social, que nunca fue determinante para él (13).

Empero, y volviendo a la «lucha de clases» ¿es que la interpretación marxista es la misma que pueda existir en los medios del anarcosindicalismo?

G.D.H. Cole, que ha estudiado detenidamente el pensamiento de Marx y procede él mismo del marxismo, no estima que el «Manifiesto Comunista» —donde las loas a la «lucha de clases» alcanza su punto culminante— sea lo más expositivo de este gran teórico, «de ningún modo puede considerarse como una exposición equilibrada de las ideas de Marx. No puso de su filosofía fundamental, más que lo que pensaba que podían digerir los miembros, actuales o futuros, de la organización bajo cuyos auspicios se publicó» (La Liga Comunista) (13). Más adelante, en su extensa obra analítica, Cole añadirá «Después de 1850, Marx había dejado de pertenecer a la extrema izquierda del movimiento revolucionario.» (14)

El Marx del «Manifiesto Comunista» pasaría a ser, de esta manera, un Marx efímero que habría dado paso al intelectual encerrado en su habitación y aislándose de la gente en busca del ambiente propicio que iba a permitirle la gestación de «El Capital», «Me agrada este aislamiento público, esta soledad auténtica en la cual nos sumergimos los dos —le escribe a Engels en cierta ocasión—. Ello corresponde

(11) En «La Sagrada Familia o Crítica de la Crítica», libro editado en 1845 y que no ha visto traducciones ni mereciera una segunda edición alemana por parte de los socialistas teutones, Marx dice en el comienzo que «ha sido la suya —la de Proudhon—, la primera investigación enérgica, considerable y científica al propio tiempo. En esto consiste el notable progreso científico que revolucionó la economía nacional, creando la posibilidad de hacer de ella una verdadera ciencia. «¿Qué es la Propiedad?» de Proudhon tiene para la economía la misma importancia que la obra de Say «¿Qué es el Tercer Estado?» ha tenido para la política moderna». Y más adelante, en la página 52, añade «Proudhon no solamente escribe en favor de los proletarios, sino que él es también un proletario, un obrero; su obra es un manifiesto científico del proletariado francés.»

(12) Erich Fromm.— «Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea»,—, pág. 214 al 221.— Fondo de Cultura Económica.— México, 1960, 3ra. Edición.

(12) Martín Buber.— «Caminos de Utopía», pág. 133.— FCE, México, 1955.

(13) G.D.H. Cole. Op. cit. tomo I, pág. 261.

(14) G.D.H. Cole. Op. cit., tomo II, pág. 93.

a nuestros principios y a nuestra situación...». La manera cómo Marx procedió para que el Congreso de La Haya en 1872 fuera el enterrador de la Asociación Internacional de los Trabajadores no deja dudas sobre el abismo existente entre las actas que abogan por la «lucha de clases» y los actos que, destrozando el mejor instrumento que han tenido los trabajadores, conducen a las masas menesterosas a la orfandad organizativa. Nueve años más tarde —el 22 de enero de 1881— le escribía a Domela Nieuwenhuis que «estoy convencido que el momento de la oportunidad crítica para una nueva Asociación Internacional de los Trabajadores no ha llegado todavía y por esta razón considero todos los congresos obreros... no solamente inútiles sino hasta peligrosos», repitiéndose en lo que le había escrito a Sorge, el americano que se había «llevado» la Internacional a los Estados Unidos, que «en las condiciones actuales en que Europa se desenvuelve, sería muy útil hacer pasar en último término, por el momento, la organización formal de la Internacional...» (27 de septiembre de 1873).

Ninguna «lucha de clases» descubrió Anselmo Lorenzo cuando fue a la Conferencia de Londres en 1871: «Puede asegurarse que toda la substancia de aquella conferencia se redujo a afirmar el predominio de un hombre allí presente, Carlos Marx, contra el que se supuso pretendía ejercer otro, Miguel Bakunine, ausente.» (15)

«La lucha de clases», bajo el punto de vista marxista, se concibe mayormente en el seno del partido político y no dentro de la organización obrera. En La Haya, después de la expulsión de los anarquistas, quedó así aprobado en la resolución sobre la **Acción política de la Clase Obrera**: «En la lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras el proletariado no puede obrar como clase, sino constituyéndose él mismo en partido político...»

«Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objeto supremo, la abolición de las clases.»

Lenín, que ha dedicado bastante texto a esta cuestión, no usa tapujos para señalar que el obrerismo es secundario e instrumento que debe ser manipulado por el partido: «No se puede, en verdad, confundir al Partido, como destacamento de vanguardia de la clase obrera, con toda la clase..., existen diferencias en el grado de conciencia y en el grado de actividad.» (16) y hay, dentro de la clase proletaria, otra discriminación que arrincon a al campesinado que debe ser dirigido, a su vez, por el obrero de la ciudad «sólo una clase determinada, a saber, los obreros urbanos y en general los obreros industriales de fábricas y talleres, están en condiciones de dirigir a toda la masa de trabajadores y explotados.» (17). Es decir que, acudiendo a la expresión de Orwell, el marxismo afirma que «todos somos iguales pero unos somos más iguales que otros» declarándose al efecto una discriminación de subclases en la propia clase del proletariado en la que los «omegas» pasan a ser el «lumpen-proletariat» y los campesinos, viene luego un grado superior al «omega» en el que se ubica a los obreros en general, siguen los obreros **dirigentes** y, por último, los miembros del partido.

Ni forzando la historia de la C.N.T. con calzador se podría ver reflejada en España la estrategia marxista. De ahí que sea incierto lo de que la C.N.T. «ha hecho siempre marxismo», expresión tan desplazada como la de asociar el fanatismo con Freud («más fanáticos que Freud») y la intransigencia con Tolstói («más intransigentes que Tolstói»), expresiones ambas de EER.

Y vayamos ahora a otra fase del «clacismo». Marx, que entre los muchos fallos

(15) Anselmo Lorenzo. «El Proletariado Militante», México, Vértice, s/d. pág. 165.

(16) Lenín. «Un paso adelante, dos atrás», pág. 106, Buenos Aires. Ed. Problemas, 1941.

(17) Lenín. «Una gran iniciativa», pág. 214, tomo XXIX de «Obras completas», ed. Cartago. Buenos Aires, 1960.

cuenta con el de mal profeta, predijo que se acentuaría la presencia de dos clases antagónicas en detrimento de otras intermedias. Llegaría un momento en que se encontrarían frente a frente, habiendo absorbido a las demás clases, los capitalistas, en poca cantidad porque una concentración «inevitable» de la industria y el capital habría liquidado a los pequeños y habría convertido a unos pocos en los poseedores de toda la riqueza, y los proletarios, cada vez en mayor número y cada vez más sumidos en una mayor miseria. Esta situación, predecía Marx, llevaría a la revolución final en la que los explotados se adueñarían de la riqueza social y, previo un período de transición llamado «La Dictadura del Proletariado» se llegaría a la abolición de las clases definitivamente.

La realidad ha sido muy distinta. Hoy en día resulta imposible enumerar la cantidad de clases que, arrancando desde el gomero analfabeto de la selva amazónica y malaya, asciende hasta los Rockefeller y los Rothschild. Acudir a una definición como la dada por Lenin: «Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo del otro, en virtud de los diferentes lugares que uno y otro ocupan en un régimen determinado de economía social» (18), no nos saca de ningún apuro. El ejecutivo de la «American Telephone & Telegraph Company» en los Estados Unidos rebasa, en remuneración, la cifra de 100.000 dólares anuales y sin embargo, teóricamente, su trabajo se lo «apropian» los 2.000.000 de accionistas que tiene la compañía que son, en su mayoría, trabajadores comunes y corrientes devengando salarios que están lejos de alcanzar, al año, los 6.000 dólares.

En el país que levantó las horcas para los Mártires de Chicago hay, en la actualidad, unos 15.000.000 de accionistas, alrededor del 9 por ciento de la población, de los cuales, la inmensa mayoría, pertenecen al grupo cuyo «trabajo es apropiado por otro». Asumen, en consecuencia, una posición híbrida de explotados-explotadores y sus más recónditas ambiciones son las de poder dejar la primera de las categorías. La revista «U.C. News & World Report» publicó, el 17 de mayo de 1965, una relación de lo que ganaban los máximos representantes de los trabajadores, presidentes o secretarios de los diversos sindicatos norteamericanos que son verdaderos agiotistas en la bolsa americana en base a las fortunas amasadas mediante las cotizaciones de los afiliados. Allí aparecía Joseph Curran, presidente de la «National Maritime Union» ganando 105.823 dólares anuales; James R. Hoffa, presidente de los «Teamsters», con 91.208 dólares y una nómina de treinta y seis «genuinos» representantes de la clase menesterosa en la que el más humilde, George Burdon, presidente de la «Rubber Workers», «sólo» ganaba 22.114 dólares. Con el dinero de las cotizaciones se crean bancos como el «National Bank of Washington» fundado por la «Unión Minera» y este dinero sirve a adquirir yacimientos carboníferos desde los que se explota a los trabajadores mineros que trabajan a sueldo en sus entrañas. Para ser miembro de un sindicato no basta con ser trabajador, hay que contar con una buena reserva en dólares ya que hay que pagar «el derecho de ingreso» que puede llegar hasta 250 dólares en los obreros de metal laminado, 200 en los yeseros, 180 en los albañiles, etc.

De acuerdo con Marx, los países más cercanos a la revolución deben ser aquellos más industrialización, y los más alejados de la magna gesta los infradesarrollados. Todo lo contrario de lo que la historia nos ha ofrecido: la industrializada Alemania, la niña de sus sueños, retrocedió a la barbarie del fascismo y al genocidio de su raza, la judía, mientras que Rusia, retrasada en la economía y viviendo todavía bajo un régimen semifeudal, realizaba la revolución, como ocurría treinta años después con otro país industrialmente infradesarrollado, China. Los Estados Unidos, los más industrializados del orbe son, analizando bien sus actos, reaccionarios y se hallan, en la ley de probabilidades, inmensamente alejados de una probable revolución.

El «clasicismo», repito, se hace cada vez más difícil de precisar debido a la pluralidad de los estratos sociales ¿Pueden codearse como «hermanos de clase» el obrero común y corriente de Nueva York con el obrero común y corriente de la India con un salario veinticinco veces inferior, en cuanto al poder adquisitivo? ¿Es

(18) Lenin. «Una gran iniciática» ya cit., pág. 413.

un explotador privilegiado el campesino que en la siega y en la trilla tiene que contratar después de haber penado durante todo el año en el terruño, los servicios de un peón, convirtiéndose en «usurpador» temporal del «trabajo de otro», frente al «explotado» rector de la Universidad Central de Venezuela J.M. Bianco que gana la «humilde» suma de 26.000 dólares anuales?

¿En qué filas ubicaremos a la mayoría de técnicos que, todo y siendo asalariados fungen de clase verdaderamente emancipada aproximándose mucho más al «salario de la vigilancia» —acudiendo a un término de Marx— que es un eufemismo de «guardián de los intereses patronales»? ¿Acaso no han constituido sus propios sindicatos, completamente antagónicos a los de los obreros manuales? ¿No desean todos ellos, con honrosas excepciones, no ser confundidos con el obrero común y aspiran a merecer la confianza del patrón?

Cuando los hechos niegan los vaticinios de Carlos Marx, los deseos de Edgar Emilio Rodríguez tendientes a ver una aproximación del anarcosindicalismo hacia el marxismo resultan palmariamente anacrónicos. «Se puede hablar legítimamente de un final del marxismo —escribe Pierre Fougeyrollas (19)— en tanto que el mismo no alcanza a subsumir bajo sus categorías los procesos anunciadores del porvenir». La humanidad se desenvuelve en un medio de mayor promiscuidad cada vez. El deslinde de clases se hace cada vez más ilusorio. Los caracteres esenciales de clase quedan diluidos.

Del Marx original ya queda muy poco para ser salvado. De no haber mediado los exégetas, afortunados unos y desgraciados otros, desde Bernstein y Kautski hasta Mao Tse Tung, pasando por Malon, Berth, Andler y, sobre todo, Lenin, Marx pasaría por un recopilador vulgar de teorías económicas con menos trascendencia revolucionaria que Bakunín el cual, intentado ser enterrado por el Kremlin desde 1917, resucita a cada momento por el vigor de sus enunciados. Por algo señala Fromm que Marx es el verdadero «pequeño burgués». En los años actuales, donde el «marxismo» ha vencido en numerosos países, se pueden perfilar cuatro comunismos bien diferentes entre sí, el moscovita, el chino, el polaco y el yugoslavo, y ello sin contar los «comunismos» menares como son los de Cuba, Bulgaria, Checoslovaquia, etc. ¿Qué afinidad puede hallarse entre el régimen vivido por estos países y Marx? Todos ellos se abrazan a la «dialéctica» para explicar los desvíos. Grandioso «tour de force» de la dialéctica fue, por ejemplo, el justificar el pacto Molotov-Ribentrop en 1939 gracias al cual la Rusia comunista se abrazaba a la Alemania fascista. La dialéctica, inventada por Zenón de Elea, según Aristóteles, sería el arte de la discusión, pero los comunistas suelen esgrimirla para imponer un artículo de fe indiscutible, como son los dogmas. La dialéctica marxista, tan corrientemente cacareada, no asume función de escudriño o de búsqueda, sino que viene a imponer una «verdad» a la que no se puede tocar, una verdad dogmática, en consecuencia. «La lucha de clases» ha pasado a ser una de estas **realidades dogmáticas** consagradas por la dialéctica.

Así pues, en tanto que anarquistas, rechazamos el saldo deudor que con Marx tendríamos si a Edgar-Emilio Rodríguez escucháramos. Repetimos que Marx fue un recopilador y, en todo caso, de tenerse que reconocer deuda alguna, sería con los que lo precedieron en los enunciados que luego se hiciera suyos. Empero, hay todavía más en favor de nuestra actitud de rechazo a lo que Marx propugnara y es, como hemos tratado de demostrar, lo nebuloso que hoy en día resulta el afincar una lucha revolucionaria en la «lucha de clases» cuando éstas, por su multiplicidad, se escurren de toda clasificación. El «¿Acaso existe otra clase, además de la obrera y la campesina, susceptible de dar el impulso necesario a una revolución...?» como se pregunta excitadamente Rodríguez, o lo que sigue más adelante: «los intelectuales, los estudiantes, la pequeña burguesía, son y serán incapaces de concretar un descontento ocasional en movimiento auténticamente revolucionario», también de su cosecha, nos parece fuera de toda tesis formulada seriamente. Las revoluciones las hacen los

(19) Pierre Fougeyrollas. *«Le Marxisme en question»*. Ed. du Seuil, Paris, 1959.

hombres, indistintamente de su condición clasista, y las tiranías también. Stalin, Mussolini, Hitler y Mao Tse Tung, para no nombrar más que los más descollantes tiranos, provienen de la clase trabajadora mientras que Kropotkin, Bakunin, Reclus, Malatesta tienen árboles genealógicos con heráldica y pergaminos consagratorios. Los burgueses, mal que pese a muchos, fueron capaces de «hacer una revolución», la de 1789-93, y en ello coinciden, en una de las raras ocasiones en que esto ha sucedido, Marx y Bakunin. Negar condición revolucionaria a los estudiantes los cuales, por el mero hecho de ser jóvenes ya lo son biológicamente, a los intelectuales, clase de la que proviene Marx precisamente no tiene fundamento.

De acuerdo en que «El anarquismo es una síntesis de teorías y aportaciones que exige, ante todo, una actitud abierta y crítica», de ahí que no seamos coto cerrado, como estaríamos obligados a serlo de calificar nuestro ideal de «bakuninismo» o «kropotkinianismo» como sucede con el «marxismo»; pero una «actitud abierta» no puede llevarnos a dejar entrar las teorías del apóstol de Estado totalitario a no ser que firmemos previamente nuestro certificado de defunción como antiestatales. «Las conclusiones positivas de cualquier pensador» no lo serán para nosotros si conllevan el Estado como condición *sine qua non* y esto parece no tenerlo en cuenta EER.

Kropotkin dijo, poco tiempo antes de su muerte, que «los bolcheviques nos enseñan cómo **no** debe hacerse una revolución». El anarquismo nos enseña «cómo **no** debe ser el socialismo» cuando pone todo su énfasis a negar el clasismo como condición revolucionaria. «La creación del socialismo —escribe Max Nettlau— no es tan simple, es difícil; pero el resultado será bello. No surgirá de una clase, no podrá ser comenzado más que por los elementos de toda la humanidad, capaces de sentimiento libre y solidario, de iniciativa inteligente y generosa, de acción tan valerosa como reflexiva, bien pensada» (20).

El anarquismo es un ideal de hombres y no simplemente un ideal de obreros y campesinos. Inobjetable que estos son los desheredados del mundo y que, en consecuencia, los anarquistas luchan para manumitirlos de su condición. Empero, la lucha social la enfocan, los anarquistas, muy diversamente a como lo hacen los marxistas aunque la práctica nos muestra que los partidos marxistas, sin excepción, patean el concepto de la «lucha de clases» sonriendo cortesanamente a los «compañeros de camino» ubicados profusamente en el seno del intelectualismo y la burguesía. La dialéctica de Mao Tse Tung explica cómo la burguesía china —representada por una de las cinco estrellas de su bandera— es un aliado del comunismo de los Han.

La C.N.T. no existe —no ha existido sería más apropiado visto el panorama actual— «por haber hecho siempre marxismo» en el sentido clasista sino por, dentro de la condición clasista en que obligadamente se ubica el sindicalismo, haber rebasado siempre esta estrechez clasista. Los ateneos culturales creados en profusión por toda España por los sindicatos confederales no estaban enmarcados dentro de una «obligación» imprescindible de la «lucha de clases», de la misma manera que el dar techo y comida a los hijos de los huelguistas en el seno de aquellos hogares no castigados por la huelga no es capitulado de los «cajas de resistencia» sindicales. La C.N.T. fue factor determinante el 19 de julio de 1936 por no ser, precisamente, marxista. Aquella revolución, en aquellos apartados donde la C.N.T. podía imprimir su marchamo libertario, iba mucho más lejos que las «revoluciones marxistas» y lo prueba el interés que después de 30 años todavía despierta en la intelectualidad inquieta internacional que no cesa de proporcionar nuevas obras al mercado del libro tratando un sujeto que, a los ojos fríos de la historia, fracasó. Nunca una revolución «fracasada» —la fuerza bruta empleada en su contra fue descomunal— suscitó tanta febrilidad peñolera. Ello obedece, innegablemente, a la ausencia de clasismo que aquella gran gesta revolucionaria demostrara.

Víctor GARCIA.

(20) Max Nettlau. «El Socialismo de Clases». Unión Socialista Libertaria». Buenos Aires, 1947, pág. 23.

MITO Y REALIDAD REVOLUCIONARIA

Uno a uno, los mitos se derrumban sometidos a la crítica de la razón, como si la humanidad llegada a un punto, en el que la información sensibiliza obligatoriamente al individuo, entrase en un proceso de revisión de los valores espirituales. Efectivamente, el mito, expresión de una interpretación del mundo y de la vida, parece cuando las condiciones reales de la vida entran en contradicción con el mito o parte de él. La idea de revolución social entra en la categoría de los mitos. Su declive y su casi completa desaparición, en todos los lugares donde la sociedad capitalista evoluciona hacia la abundancia, plantea el problema del cuándo, cómo y porqué la revolución ha dejado de ser un polo de atracción para las masas trabajadoras.

El capitalismo ha sobrevivido a dos guerras, a una grave crisis económica, a la «emancipación» de sus colonias y a las presiones revolucionarias, mediante la aplicación de sabias técnicas, abandonando a las clases desfavorecidas una parte de sus prerrogativas cada vez que el equilibrio de las fuerzas amenazaba de serle fatal; así aceptó la legislación del trabajo, la coestión obrera, la existencia de un bloque comunista y la aparición del llamado «Tercer Mundo». Pero al hablar de capitalismo, quizás conviniera evidenciar qué potencia organizada se halla oculta detrás de esa palabra. Hoy en día apenas se concibe el dualismo patrón-obrero y su generalización capitalismo-proletariado en las sociedades desarrolladas del Occidente. La empresa cada día más compleja, los puestos de trabajo multiplicados y especializados, la introducción del automatismo, y tantos otros factores, que responden fundamentalmente a la necesidad de acrecentar los provechos, empiezan a revolucionar el sistema en su totalidad. Todo se desarrolla como si, por encima de los que detentan el capital, naciera una fuerza extraña, tendiente a unificar el sistema de producción, no ya en función de los intereses de una clase, pero sí de un principio general de producción-consumición. Las estructuras económicas estallan y se reconstituyen de una forma racional en base a un criterio de eficacia máxima. Las decisiones escapan de más en más a los capitalistas que deben referirse a los especialistas científicos, estadísticos, economistas; de ahí que el capital quede sujeto al proceso que él mismo ha engendrado y que su influencia política decrezca; simultáneamente debe componer con las fuerzas vivas que dirigen la economía, la tecnocracia y el sindicalismo. No es por azar que las comisiones de expertos funcionan paralelamente a los gobiernos, que las representaciones sindicales participan a la elaboración de programas económicos.

«Despojado de la hipoteca revolucionaria, y en la medida en que el campo comunista y el llamado «Tercer Mundo» (seguirán) esta pendiente «raciocinadora», el Occidente evolucionará hacia la abundancia; y la producción, satisfaciendo las necesidades del consumo, traerá consigo la supresión del provecho arbitrario, nivelando los salarios y las condiciones de vida, integrando el personal de la empresa a su buena marcha, desarrollando el máximo la responsabilidad de cada trabajador en su radio de actividad, dejando al hombre suficiente tiempo libre para dedicarlo a su cultura o a sus placeres.» He ahí el nuevo mito: el bienestar en la abundancia.

Los partidos «revolucionarios» y los sindicatos dan su caución a tal transformación de las condiciones de vida intentando, sólo acelerarla. De ahí que los fines del socialismo, tal como se le interpreta hoy, se confundan exclusivamente con la obtención del bienestar para todos: el paraíso de la abundancia. Partiendo de esta situación ¿porqué las masas comprometerían su relativo bienestar, su vida, por un suplemento que pueden obtener por vías más fáciles, puesto que el propio sistema se lo va dando?

Esta inclinación ideal hacia el socialismo se manifiesta ya a través de la Asociación Capital-Trabajo. El movimiento sindical, dividido por ideologías bien diferentes, se unifica por encima de las querellas políticas de antaño para adoptar el modelo inglés, americano y alemán; esta evolución acelerada por el acercamiento entre sí de los políticos comunistas, socialistas y cristianos progresistas, responde al deseo confuso de los trabajadores de transferir la acción sindical del plan político a una actuación más directa y cotidiana. La consigna «Proletarios de todos los países, uníos» ya no encuentra eco. El internacionalismo del proletariado pertenece al pasado, y como consecuencia directa la solidaridad obrera también. Para convencerse de ello, es suficiente analizar las diversas huelgas locales o corporativas de estos últimos años que fracasaron por falta de extensión. Ayer, internacionalista y revolucionario, hoy, el sindicalismo actúa al nivel de la empresa, se ramifica en un sistema corporativo, participa en el poder, sea directamente, sea indirectamente. Al nivel de la empresa, los sindicatos representan a los trabajadores en los diversos Comités, ya sea para regular los conflictos del trabajo como para influir en el funcionamiento de la empresa, la gestión de las obras sociales, interesar el personal en los beneficios. También es el sindicato quién a la escala vertical discute las convenciones colectivas para cada profesión, cada categoría jerárquica con su homólogo patronal. Está también presente en las diversas comisiones económicas y sociales, al mismo tiempo que cauciona al gobierno por una intervención directa en la vida política y parlamentaria...

Reducido, por su propia voluntad, a refutar la sociedad capitalista por vías reformistas, el sindicalismo llega a una tal dependencia y correlación con el capitalismo que si aquél no existiera éste tendría que inventarlo para garantizar su seguridad. Admitido, respetado, subvencionado por el Estado, el sindicato tiene toda facultad para defender **en la legalidad** los intereses de sus adherentes. El margen de maniobra que se le permite es proporcional a su buena voluntad de actuar en el marco de la ley (ejemplo: la limitación del derecho de huelga en Alemania, etc.).

Esta inflexión hacia la colaboración de clases coincide con la constitución de las clases «estabilizadoras»: burócratas, tecnócratas, obreros especializados; con la disolución de la clase obrera en un complejo de trabajadores jerarquizados, más o menos instalados en el confort, la seguridad y, finalmente, con la transformación de las relaciones humanas en el trabajo y la responsabilización colectiva de los empleados de un mismo servicio como antídoto de la especialización extrema.

Los trabajadores se adaptan al capitalismo en la medida en que obtienen de éste una mínima satisfacción en la mejora del nivel de vida, las posibilidades de promoción (promoción jerárquica, cursos de formación profesional, facilidad de ascender a los estudios superiores), la cultura popular, la tolerancia de una libertad mínima de pensar y actuar, etc. No obstante, una fracción importante de los trabajadores está sometida a estas condiciones de vida sin aprobarlas. Es esta fracción, animada por un cierto grado de rebeldía latente, la que constituye el proletariado actual: es el conjunto de los obreros «trabajando a la cadena», de los «especializados», de todos los que tienen conciencia de la absurdidad de su labor, quiénes en el trabajo se sienten frustrados en sus capacidades creadoras. Sin posibilidad de expresarse concientemente esta rebeldía conduce al desinterés, al egoísmo, a la compensación inmediata, y es una fuente de neurosis. Absorbido por sus deseos de distraerse, preocupado por las vacaciones, el proletariado moderno dimite de sus responsabilidades, hallando una evasión en la vida fácil. La civilización técnica engendra la civilización de masas.

El capitalismo favorece todas estas actividades recreativas y de esa manera embrutece al proletariado, saturándolo con necesidades físicas y síquicas (deporte, espectáculos, erotismo comercial, arte, cultura de masa). En una segunda fase, «educa» (propaganda, publicidad). Toda forma de pensar o creación original es «condicionada», ofrecida al público entre tres banalidades y dos anuncios publicitarios, creando así una confusión entre los falsos y los verdaderos valores.

El esquema siempre es el mismo: información, propaganda, condicionamiento. Así se halla el pueblo compartimentado entre la grande masa embrutecida y resignada

y la Intelligentsia de vocación dominadora; y bajo este ángulo el Occidente difiere bien poco de los países comunistas. En todas partes el poder se apoya en la división entre obreros manuales e intelectuales, despreciando los primeros, valorizando los segundos.

¿Qué lazos unen pues el Poder, el Capital y la Inteligencia?

Una constatación se impone: la decadencia de la burguesía clásica, incapaz de dominar la evolución económica. Ante su incapacidad, una tercera clase emerge, constituida por el conjunto de individuos que «caminan al paso de la historia», preparados, dinámicos, inteligentes y capaces de crear, modificar, orientar situaciones en el necesario equilibrio producción-consumición.

El capitalismo en su fase de acumulación confiaba en la fuerza. Hoy, establece contratos con la inteligencia; los economistas chocan con los militares, las políticas gubernamentales oscilan entre la llamada de la inteligencia y el temor a la fuerza ejército, policía).

Así la mutación del capitalismo se efectúa como una síntesis de contradicciones que se resuelven dos a dos (responsabilidad-desinterés; especialización-cultura; estado policíaco-libertad individual) para llegar al equilibrio producción-consumo. Por otras vías, el comunismo parece desembocar en las mismas perspectivas tan pronto alcanza un cierto desarrollo económico. Todo conflicto interno a ese sistema sólo puede acelerar o frenar ese proceso sintético. Sólo una energía exterior, que obre fuera de esta finalidad estrictamente materialista desvirtuará este «movimiento histórico». Esa energía sólo puede ser la insurrección del espíritu, el rechazo del individuo de confundirse en el universal anónimo del «hombre-masa» de una sociedad despersonalizada que olvida, de más en más, al hombre...

El mito del «socialismo moderno» es la caricatura del mito revolucionario; precisamente porque extrae sus raíces de un terreno conocido y bien pobre: la humanidad actual expurgada de la injusticia. Cuando los revolucionarios soñaban en algo más que la justicia: la transformación completa de la vida, en la cual el individuo se expresaría en su totalidad y no más como aditivo de un trabajador y de un ciudadano. La diferencia entre esas dos concepciones del socialismo, la degradación del espíritu de rebeldía en optimismo «realista», sólo se explica por una influencia extranjera al movimiento revolucionario que es fácil de determinar: el «realismo» que es precisamente el principio director de la burguesía. Es en nombre de la «eficacia» que los partidos y sindicatos han copiado los modelos burgueses, instituido los «revolucionarios profesionales», los «burócratas sindicales», parcelando así la labor revolucionaria, introduciendo métodos de división del trabajo. La defección general de los jefes revolucionarios ante su responsabilidad en 1914, la estatización de los soviets en Rusia y de las colectividades en España, en Cuba, en Argelia medidas adoptadas en nombre del «realismo» por las élites de los partidos revolucionarios—hicieron abortar cada vez la revolución.

La degeneración del movimiento revolucionario coincide con la degradación del espíritu de rebeldía que lo alentaba en provecho de un realismo que, haciendo abstracción de todo subjetivismo, pretende abarcar y modificar la totalidad de los fenómenos bajo el sólo ángulo económico.

Para impedir que esta degeneración avance hasta un límite que haga imposible el continuar el proceso revolucionario para la transformación de la sociedad capitalista, es necesario sensibilizar la «masa productora», en la que se integran burócratas, tecnócratas, obreros, campesinos, funcionarios, maestros, estudiantes, etc., orientando la crítica sobre la alienación común de los individuos por la división del trabajo y las consecuencias que de ello se derivan: especialización, inadaptación, búsqueda de compensaciones, irresponsabilidad. Y, sobre todo, evidenciar las relaciones de causa a efecto entre la división del trabajo y la existencia de un Estado coercitivo.

Actualmente, ya se manifiestan movimientos espontáneos de rebelión contra el orden mental y material: la crítica de la sociedad tecnológica es realizada por algunos intelectuales que se levantan contra la civilización de masas en nombre del espíritu; en los sectores de la economía condenados a desaparecer, por el avance tecnológico, surgen «huelgas salvajes» y la juventud rechaza institivamente

LA AUTOGESTION CONTEMPORANEA

La derrota de la Revolución española privó al anarquismo de su único baluarte en el mundo. De la prueba salió aplastado y dispersado y, en cierto modo, desacreditado. La Historia lo ha condenado severamente y en algún sentido, injustamente. El anarquismo no fue el verdadero, o en todo caso principal, responsable de la victoria franquista. La experiencia de las «colectividades rurales e industriales» ha dejado un balance ampliamente positivo. Pero esta experiencia fue desconocida, menospreciada, calumniada. Durante muchos años el socialismo autoritario, por fin desembarazado de la indeseable concurrencia libertaria, quedaba, por este mundo, dueño del territorio. La victoria militar alcanzada por la U.R.S.S. en 1945 contra el hitlerismo, incontestables e inclusive grandiosas realizaciones en el plan técnico, parecieron, en un momento dar la razón al socialismo de Estado.

Pero los excesos mismos de éste régimen no tardaron en engendrar su propia negación. Los excesos dieron nacimiento a la idea que la centralización estatal paralizante debía ser suavizada, las unidades de producción disponer de mayor autonomía; si los obreros participaban en la gestión de las empresas, estos trabajarían más y mejor. En uno de los países vasallizados por Stalin se engendraron lo que se llama en medicina anti-cuerpos. La Yugoslavia de Tito se sacudía un yugo pesado, que hacía de ella una especie de país colonizado. Yugoslavia procedió a una revaluación de dogmas cuyo carácter anti-económico los vemos hoy. Estudió, de nuevo, los maestros del pasado. Descubrió y leyó discretamente la obra de Proudhon, y extrajo de las obras de anticipación. Exploró igualmente las zonas libertarias, demasiado desconocidas, del pensamiento de Marx y de Lenin. Estudió detenidamente, entre otras cosas, la noción de la «desaparición del Estado», que en verdad no había sido totalmente suprimida del vocabulario político; pero que sólo era una fórmula ritual, privada de toda substancia. Remontándose a un periodo de corta duración, cuando el bolchevismo se identificaba con la democracia proletaria por la base, con los soviets, descubrió una palabra, muy pronto olvidada por los conductores de la Revolución de Octubre: la de autogestión. No dejó de prestar atención a los embriones de los consejos de fábrica que, al contagio revolucionario, había hecho surgir en la misma época en Alemania, Italia y, más recientemente, en Hungría, y se pre-

las estructuras rígidas de esta sociedad, a través de manifestaciones aparentemente incoherentes...

Se impone, como tarea de urgencia de los revolucionarios, el polarizar el descontento de estas capas sociales que no se integran fácilmente al sistema. En resumen, se trata de unir la rebelión específica y parcial de cada fracción al rechazo generalizado de participar a la explotación del hombre.

Unión que debe realizarse a través de una organización, no ligada al poder, y que sea capaz de substituir en la vida cotidiana al sistema estatal, desarrollando el proceso económico y social mediante el cooperativismo, la autogestión y otras acciones revolucionarias, hasta converger en la toma de la totalidad de los medios de producción por la clase trabajadora, acabando con la alienación capitalista y estatal.

GILBERTO.

guntaba también, como lo escribió en «Arguments» el Italiano Roberto Guiducci (1), si «la idea de consejos, que el stalinismo por razones evidentes había ahogado» no «podía ser de nuevo considerada en términos modernos».

Cuando la Argelia descolonizada alcanzó la independencia y sus nuevos dirigentes trataron de institucionalizar las ocupaciones espontáneas de los bienes dejados por los europeos, a las cuales habían procedido los campesinos y los obreros, se inspiró del precedente Yugoslavo y trazó su legislación en la materia.

La autogestión es, incontestablemente, si las alas no le son cercenadas, una institución de tendencias democráticas, vease libertaria. Al ejemplo de las colectividades españolas de 1936-1937, tiende a confiar la gestión de la economía a los productores mismos. A tal efecto instaló en cada empresa, por vía electiva, una representación obrera, en las tres escalas: la asamblea general soberana, su abreviado deliberativo, el consejo obrero, y en fin el órgano ejecutivo: el comité de gestión. La legislación prevee ciertas garantías contra la amenaza de burocratización: los elegidos no pueden prolongar indefinidamente su mandato, deben, además, participar directamente en la producción, etc., etc. En Yugoslavia, los trabajadores, además de las asambleas generales, pueden igualmente ser consultados por referendum. En las empresas muy grandes, las asambleas generales se celebran por unidad de trabajo.

En Yugoslavia, como en Argelia, se asigna a la comuna una función importante; por lo menos en teoría o en tanto que perspectiva futura, en la que se presume hacer prevalecer la representación de los trabajadores autogestionarios. Siempre en el plano de la teoría, la gestión de los asuntos públicos debería tender a la descentralización, ejercerse de más en más en el plano local.

Pero la práctica se aleja sensiblemente de esas intenciones. En los dos países en cuestión, la autogestión hace sus primeros pasos en el marco de un Estado dictatorial, militar, policiaco, cuya osamenta está formada por un partido único; el gobierno en manos de un poder personal y paternalista escapando a todo control, o toda crítica. Hay pues incompatibilidad entre los principios autoritarios de la administración política y los principios libertarios de la gestión económica.

A lo que debe añadirse la coexistencia de la autogestión y de un sector privado muy considerable: en Yugoslavia, exclusivamente rural; en Argelia, no solamente rural, sino inclusive y sobre todo industrial, comercial, bancario: las bancas privadas se muestran poco dispuestas a financiar la autogestión. En ausencia de una Banca de la autogestión, en vano reclamada por los autogestionadores y negada por el gobierno, la banca central utiliza los fondos líquidos que las empresas autogestionadas están en la obligación de confiarle, para conceder créditos al sector privado. De esta suerte la autogestión finanza su temible concurrente capitalista. Por lo demás, el comercio al por mayor, mantenido privado, deduce de la autogestión beneficios considerables. Las empresas privadas disponen de cuadros técnicos y de una mano de obra especializada mejor retribuida, lo que les permite tomar los mejores obreros del sector socializado. Tiene, además, el favor del aparato del Estado que de preferencia les pasa sus pedidos.

Por lo demás, y a pesar de las precauciones tomadas por el legislador, se manifiesta una cierta burocratización en el seno mismo de las empresas. La mayoría de los trabajadores no está todavía lo suficiente madura para una participación efectiva en la autogestión. Le falta de instrucción, conocimientos técnicos, no se ha despojado suficiente de la vieja mentalidad salarial, abdica fácilmente su poder entre las manos de sus delegados. De ello resulta que una minoría reducida asume la gestión de la empresa, se atribuye toda suerte de privilegios, actúa a su antojo, se perpetúa en la función dirigente, gobierna sin control; pierde el contacto con la realidad, se aleja de la vida obrera, a la cual trata e menudo con desdén y orgullo, lo que desmoraliza a los trabajadores, y los indispone contra la autogestión.

(1) «Arguments», junio-septiembre 1957.

Contra estas tendencias, los trabajadores a veces reaccionan de una manera que sus censores califican de «primitivismo» o de «obrerismo». Se reclaman de un «igualitarismo desmesurados». Y tratan en bloque a los cuadros dirigentes de «burócratas».

Finalmente, el control del Estado se ejerce de forma tan discreta y a la par tan opresiva que la verdadera gestión escapa a los «autogestionarios». El Estado coloca directores al lado de los órganos de autogestión sin preocuparse demasiado de su consentimiento, el cual, según los términos de la ley, debería ser solicitado. La ingerencia de los funcionarios en la gestión es a menudo abusiva y en ciertas ocasiones se comportan con la misma mentalidad arbitraria que sus antiguos patronos. En las empresas yugoslavas muy grandes la nominación de los directores es exclusivamente un asunto de Estado: estos puestos los distribuye el mariscal Tito a su vieja guardia.

Además, la autogestión depende estrechamente del Estado en el plano financiero. Esta vive de los créditos que éste le viene a bien consentir. La autogestión dispone de una parte mínima de los beneficios, el resto es ingresado a título de renta en el tesoro público.

En teoría, la remuneración de los trabajadores debe componerse de dos partes; un anticipo tarifario y una participación a los beneficios. Pero, en la práctica las dos entregas tienden a confundirse; sea que la empresa, suponiendo los resultados futuros suma el anticipo y la «participación» en cada hoja de paga, sea transformando la «participación» en gratificación de una «prima» o de un treceavo mes de salario. De esta forma, el trabajador tiene siempre la impresión de ser un asalariado y lo que debiera formar el atractivo psicológico esencial de la autogestión, a saber: la «desalienación», la desaparición de la mentalidad salarial, es entorpecida.

El Estado no se sirve solamente de los beneficios de la autogestión para desarrollar los sectores más retrasados de la economía, lo que es muy justo, si no que los afecta a la retribución del aparato gubernamental, de una burocracia pletórica, al Ejército, a las fuerzas del orden, a los gastos de prestigio, a veces desmesurados. La sub-remuneración de los autogestionadores compromete el ímpetu de la autogestión contradiciendo los principios.

Además, la empresa esta sometida a los planes económicos del poder central, establecidos arbitrariamente y sin consultación de la base, de lo cual resulta una limitación considerable de la libertad de acción. En Argelia, la autogestión debe, por añadidura, abandonar completamente al Estado la comercialización de una parte importante de su producción. Además, en el caso de Argelia, está sometida a un vasallaje por «órganos de tutela», los cuales so pretexto de una asistencia técnica y contable desinteresada, tienen la tendencia de substituirse a ella y a convertirse ellos mismos en gestionarios.

La «tutela» invade igualmente en la autogestión reagrupando las colectividades agrarias autogeridas en dominios demasiado vastos, sin que las asambleas generales hayan sido consultadas, y las distancias entre las diversas unidades de un dominio unificado de esta forma hacen imposible el control efectivo de su gestión por los trabajadores. Centraliza al exceso el material agrícola, transfiriendo las máquinas a su antojo o enviándolas a centros estatizados de reparación, demasiado alejados, donde quedan inmobilizadas mucho tiempo y cuyas tarifas son prohibitivas. Tiende, finalmente, a acrecentar el poder de los cuadros en detrimento de las prerogativas de los órganos obreros de la autogestión (2).

De una forma general la burocracia del Estado totalitario ve con malos ojos la pretensión a la autonomía de la autogestión. Como ya lo percibiera Proudhon,

(2) Desde agosto 1963, Michel Raptis metía en guardia a Ben Bella contra los excesos de «tutela» que amenazaban la autogestión. Su informe acaba de ser publicado en el número de septiembre 1965 de «Sous le Drapeau du Socialisme».

ésta no tolera otro poder al margen del suyo propio. Tiene la fobia de la socialización y la nostalgia de la nacionalización, es decir de la gestión directa por los funcionarios del Estado. Tiende a invadir sobre la autogestión, a reducir sus atribuciones, inclusive absorberlas.

El Partido único no mira la autogestión con menos desconfianza. Tampoco éste puede tolerar un rival. Si la abraza es para mejor asfixiarla. Tiene secciones en la mayor parte de las empresas. Para éste, la tentación de inmiscuirse en la gestión es poderosa, de hacer doble empleo con los órganos elegidos por los trabajadores o de reducirlos al rol de instrumentos dóciles, de falsificar las elecciones confeccionando de antemano las listas de los candidatos, de hacer ratificar por los consejos de obreros las decisiones que ha tomado de antemano, de manipular y desviar los congresos nacionales obreros.

Contra esas tendencias autoritarias y centralizadoras, ciertas empresas autogeridas reaccionan por la manifestación de tendencias autárquicas. Se comportan como si estuvieran compuestas de pequeños propietarios asociados. Entienden funcionar para el beneficio exclusivo de los trabajadores que emplean. Se inclinan por la reducción de los efectivos de manera a repartir el pastel en menos partes. Manifiestan un desdén egoísta hacia los trabajadores temporeros (que en Argelia, por lo demás, la ley excluye de la autogestión). Quisieran producir un poco de cada cosa, en lugar de especializarse. Se ingenian en arreglar los planes o formas de pago que tome en consideración el interés de la colectividad. En Yugoslavia, donde la libre concurrencia ha sido mantenido entre las empresas, a la vez a título de estimulante y para proteger al consumidor, la tendencia a la autonomía conduce a desigualdades patentes en el resultado de explotación de las empresas, a la par que producía irracionalidades económicas.

De esta suerte la autogestión está animada de un movimiento pendular que la hace oscilar continuamente entre dos comportamientos extremos: exceso de autonomía, exceso de centralización, «autoridad o anarquía», «obrerismo o caudillismo», según la expresión del ex-presidente Ben Bella. Yugoslavia, particularmente, en el curso de los años, ha corregido la centralización por la autonomía; después la autonomía por la centralización, moldeando sin cesar sus instituciones, sin lograr alcanzar todavía un «justo medio».

La mayor parte de las debilidades de la autogestión serían evitadas o corregidas si existiera un movimiento auténticamente sindical, independiente del poder y del partido único, emanante de los autogestionadores a la par que los encuadraba. Pues, no es menos cierto que la autogestión difícilmente puede bastarse a sí misma, por lo menos a sus inicios. El particularismo de empresa, la tendencia a la burocratización de los electos, exigen un organismo que los enderece y que tenga en cuenta de forma exclusiva los intereses de clase del conjunto de los trabajadores y capaz a la par de hacerlos coincidir con el interés general. Este rol indispensable, de solidaridad, de coordinación, de planificación fue asumido, en la experiencia de las colectividades españolas de 1936-1937, por el anarco-sindicalismo.

Pero, en Yugoslavia como en Argelia, el sindicalismo obrero, juega o bien un papel secundario o de pantomima inútil en la administración, o está demasiado subordinado al Estado, al partido único. No asume, y, si la asume, de forma muy imperfecta, la función de conciliación entre autonomía y centralización; función que debiera corresponderle y que asumiría mucho mejor que los organismos políticos autoritarios; en la medida, naturalmente, que emanara estrictamente de los trabajadores, que se reconocerían en él, éste sería el órgano más apto para armonizar las fuerzas centrífugas y las centripetas y, equilibraría, como decía Proudhon, las contradicciones de la autogestión.

No obstante, el cuadro no debe pintarse tan negro. Ciertamente es que, la autogestión, posee adversarios poderosos y tenaces, que no han renunciado a la esperanza de hacerla fracasar, pero, hay un hecho innegable; su propia dinámica,

que ha mostrado en ambos países donde tiene curso. La autogestión ha entreabierto a los obreros nuevas perspectivas y les ha restituido un cierto placer en el trabajo. Ha empezado por operar en su mentalidad una verdadera revolución. Ha hecho penetrar los rudimentos de un socialismo auténtico, caracterizado por una desaparición progresiva del asalariado, la desalienación del productor, su acceso a la libre determinación. Ha contribuido, de esta suerte, a aumentar la producción. A pesar, de los balbuceos inevitables en un período inicial, tiene en su activo resultados apreciables. Sus deudas —cuando las tiene en su pasivo— no guardan mayor relación a escala de los productores que a niveles situados por encima de ellos: la parálisis, la impericia o la corrupción de los aparatos burocráticos.

Los pequeños círculos de anarquistas que de lejos siguen la autogestión yugoslava y argelina la miran con una mezcla de simpatía y de incredulidad. Sienten que en estas experiencias toman realidad retazos de su ideal. Pero la experiencia apenas se desarrolla según el esquema ideal previsto por el comunismo libertario. Por el contrario se experimenta en el marco «autoritario» que repugna al anarquismo. Ese marco le confiere, sin lugar a dudas, un carácter de fragilidad; es siempre de temer que el cancer autoritario no la devore. No obstante, si se escudriñase la autogestión más atentamente y sin prejuizar, sería posible entresacar indicios alentadores.

En Yugoslavia, la autogestión es un factor de democratización del régimen. Gracias a ella el reclutamiento se efectúa sobre bases más sanas, en los medios obreros. El partido se convierte en animador en lugar de director. Sus cuadros son portavoces mejores de las masas, más sensibles a sus problemas y a sus aspiraciones. Como lo observara recientemente Albert Meister, un joven sociólogo que se ha tomado la molestia de estudiar el fenómeno en su lugar (3): la autogestión posee un «virus democrático», cuyo contagio, a la larga, se ejerce inclusive sobre el partido único. Este contagio es para el partido como un «tónico». Solda sus escalones inferiores con la masa obrera. La evolución es tan neta que conduce a los teóricos yugoslavos a emplear un lenguaje que un libertario no desautorizaría. Tan es así que uno de ellos, Stane Kavcic, proclama: «La fuerza de choque del socialismo en Yugoslavia no podrá ser en el futuro un partido político y el Estado actuando de la cúspide a la base, si no el pueblo, los ciudadanos en poder de unos estatutos que les permitan actuar de la base hacia la cúspide.» Y de proclamar intrépidamente que la autogestión libera «de más en más de la disciplina rígida y de la subordinación que son características de todo partido político» (4).

Sin duda alguna, hay una parte de demagogia y de «bluf» en este lenguaje, pues, el autor no tarda mucho en añadir, como si quisiera arrepentirse: «el rol del partido debe ser decisivo». Por lo demás, cada vez que en las fábricas, la intromisión excesiva del partido provoca las protestaciones de los autogestionadores, el régimen zahiere inmediatamente las «tendencias anarquizantes», es decir «la desconfianza o la negativa sistemática de los principios predicados por el partido».

No es menos evidente que hace quince años el lenguaje antiautoritario de Stane Kavcic era indispensable, y a pesar de las reservas que es prudente formular sobre el particular, marca un paso incontestable hacia delante.

En Argelia, la tendencia es menos neta, la experiencia demasiado reciente, además en peligro hoy en día, de ser puesta en causa. Antes de la caída del régimen de Ben Bella, los «tutores», ellos mismos sentían la necesidad de protestar contra la palabra «tutela». Si el vasallaje les parecía inevitable en un período embrionario, «éste no será siempre indispensable» afirmaban. Es una función que

(3) «Socialisme et autogestion, l'expérience yougoslave», 1964.

(4) «L'autogestion en Yougoslavie», 1961.

será progresivamente asumida por los propios comités de gestión, cuando estos poseerán sus cuadros» (5). El entonces responsable de la comisión de orientación del FLN, Hocine Zahouane, no dudaba, a fines de 1964, de publicar en los periódicos cotidianos un artículo en el cual denunciaba las tendencias de los órganos de tutela en colocarse por encima de los trabajadores y en capitanear: «En cuyo caso no hay más socialismo. Hay solamente cambio de forma en la explotación de los trabajadores». El autor de este artículo oficioso pedía, en conclusión, que los productores «sean realmente dueños de su producción y no manipulados para fines ajenos al socialismo».

Una ala izquierda del FLN y del sindicalismo obrero denunciaba en voz alta la intromisión de la burocracia estatal en la autogestión. Se esforzaba por ensanchar esta última estableciendo mecanismos previstos por el legislador, pero que aún no habían sido puestos en aplicación: tales como el de autonomía financiera de las empresas autogestionadas y el funcionamiento al nivel de la comuna, de los consejos comunales de animación para la autogestión. El objetivo confesado por estos militantes de vanguardia era la fusión de la municipalidad y de los consejos comunales, el día en que los dos organismos estuvieran en las manos de los trabajadores. De la «reestructuración» del partido único, anulada después del congreso de abril 1964, se esperaba un saneamiento por medio de un reclutamiento mayor en el seno de las masas obreras y campesinas, y como en Yugoslavia se esperaba una revigorización, por el contagio del «virus» democrático.

El ala negociadora de la autogestión esperaba también ensanchar considerablemente el campo de aplicación, de una parte, por el control obrero en las empresas del sector privado, etapa hacia la gestión obrera; por otra parte una reforma agraria que socializara la gran propiedad autóctona, todavía existente. Una especie de conflicto de clases se sostenía cotidianamente en el interior del régimen argelino en torno de la autogestión. Provisionalmente ha conducido a la victoria brutal del conservadurismo anti-socialista, consumado por el golpe de estado militar del 12 de junio, el rapto de Ben Bella, la arrestación de los líderes de la izquierda socializante: Mohamed Harbi y Hocine Zahouane, seguida por millares de militantes. Empero, a pesar de la dictadura y el terror, los sindicatos de la U.G.T.A. continúan a luchar resueltamente por salvar la autogestión, contra los dos peligros que la amenazan; la estatización de las empresas o su restitución al capitalismo privado.

El éxito, aún que parcial, de la autogestión, particularmente en Yugoslavia está conduciendo a los dirigentes de la URSS a una reevaluación de sus métodos de gestión económica. Kruchef, antes de su caída, el 15 de octubre de 1964, parecía haber comprendido, aunque tardamente y tímido, la necesidad de una descentralización industrial. Ya desde 1955, con ocasión de una visita a Yugoslavia, admitía ante un auditorio reducido, de un consejo obrero, «que el sistema de gestión de la economía soviética había sensiblemente envejecido y que en la actualidad se estaban buscando formas menos caducas. En el XXIIº Congreso del Partido Comunista Ruso (1961), se volvió de nuevo a hablar de «la autogestión de las masas». Al finalizar 1962, la plenaria del Comité Central del Partido adoptó una resolución llamando la atención «sobre la necesidad de incrementar aún los principios democráticos de la participación de los trabajadores a la gestión de la producción». En el curso de un nuevo viaje en Yugoslavia, en agosto de 1963, «K», reconociendo el éxito logrado en ese país por la autogestión obrera, prometió enviar a ese país una comisión de expertos con el objeto de intentar el restablecimiento de la autogestión obrera en Rusia y su inclusión dentro de la nueva constitución. En el Congreso de los sindicatos soviéticos (28 octubre-4 noviembre 1963), el presidente de la Central Sindical, Grichine, declara: «El desarrollo del Estado socialista conducirá poco a poco a su transformación en

(5) Parecer expresado por el Office National de la Réforme Agraire en «Le Peuple», Alger, 29 mayo 1964.

autogestión social comunista que asociará los soviets, los sindicatos, las cooperativas y las otras organizaciones de masa de los trabajadores». A principios de diciembre 1964, bajo el título «El Estado de todo el pueblo», la «Pravda» publicó un largo artículo intentando definir los cambios de estructura gracias a los cuales la forma del Estado «dicha del pueblo todo entero» difiere de aquella de la «dictadura del proletariado», a saber: progreso de la democratización, participación de las masas en la dirección de la sociedad por la vía de la autogestión, revalorización de los soviets y de los sindicatos, etc.

Bajo el título: «Un problema mayor: la liberalización de la economía», Michel Tatu, en «Le Monde», ha puesto al descubierto los males más graves «de que sufre toda la máquina burocrática soviética, y en primer lugar la economía». El nivel técnico alcanzado por ésta vuelve de más en más insoportable el yugo de la burocracia sobre la gestión. Los directores de empresas no pueden, en el estado actual de las cosas, tomar una decisión en ninguna materia sin referirse, al menos, a una organismo y frecuentemente a media docena. «Nadie niega el considerable progreso económico, técnico y científico que ha sido realizado durante los treinta años de planificación staliniana. Pero el resultado es, precisamente, que esta economía se sitúa hoy dentro de las categorías de economías desarrolladas, y que las viejas estructuras que han permitido alcanzar este estadio se revelan totalmente, y cada vez más gravemente, inadaptadas». «Para conseguir el fin de la enorme fuerza de inercia que reina de arriba abajo de la máquina, será necesario hacer más que simples reformas de detalle; un cambio espectacular de espíritu y de método, una suerte de nueva desestalinización» (6). A condición, sin embargo, como lo ha hecho remarcar Ernest Mandel, en un reciente artículo de «Temps Modernes» (junio 1965), que la tendencia a la descentralización no se detenga en el estadio de la simple autonomía de los directores de empresa, sino que desemboque en una verdadera autogestión obrera. Ahora bien, aún no estamos ahí. Las últimas reformas económicas anunciadas a fin de septiembre 1965 no aflojan más que a la mitad el torno del poder central e inauguran una suerte de «derecho al provecho» de los managers. Los obreros no tendrán apenas voz en este capítulo; salvo en lo que concierne a una vaga promesa de «participación en los beneficios».

Mientras tanto, en un pequeño libro publicado recientemente, Michel Garder, pronostica, en Rusia, una «inevitable» revolución. Dejando de lado sus tendencias, visiblemente antisocialistas, el autor duda, probablemente con disgusto, que la «agonía» del actual régimen pueda conducir a un retorno del capitalismo privado. Bien al contrario, piensa que la revolución por llegar podrá relanzar el viejo slogan de 1917: Todo el poder a los soviets. Esa revolución podrá así apoyarse sobre un sindicalismo despertado y de nuevo auténtico. En fin, ella podrá suceder a la estricta centralización actual una federación más descentralizada. «Por una de esas paradojas que abundan en la historia, es a nombre de los Soviets que peligra de desaparecer un régimen falsamente llamado soviético» (7).

Esta conclusión se acerca a la de un observador de izquierda, Georges Gurvitch, para quien el posible éxito, en la U.R.S.S. de las tendencias orientadas hacia la descentralización y mismo hacia la autogestión obrera, bien que sólo han comenzado, mostrarían «que Proudhon ha visado justo más alto que lo podíamos creer» (8).

También en Cuba, en donde el estadista «Che» Guevara ha tenido que abandonar la dirección de la industria, poco antes de su misteriosa desaparición, se abren al parecer nuevas perspectivas. En un libro, igualmente reciente, René

(6) «Le Monde», 16 febrero 1965.

(7) Michel Garder, «L'Agonie du régime en Russie soviétique», 1965, p. 201-203.

(8) Georges Gurvitch, «Proudhon», 1965, p. 58-59.

Anarquía y democracia

Afrontemos esta objeción: ¿Si los individuos pueden obrar libremente con espontaneidad, si no conocen otra autoridad que la suya, el resultado inevitable no será la anarquía? En la medida en que esta palabra evoca irresistiblemente la imagen de un egoísmo sin freno o de un revolucionario que ya no existe con los bolsillos llenos de bombas, es a nuestra comprensión de la naturaleza humana que debemos hacer confianza. Podría limitarme a recordar todo cuanto ha sido dicho a propósito de los mecanismos psicológicos de evasión: que la vida tiene una tendencia natural a realizar todas sus virtualidades. Por lo tanto, si las condiciones sociales le ofrecen la posibilidad, si el hombre puede expansionarse plenamente, sus impulsos asociales y agresivos, desaparecerán junto con sus causas. Sólo el individuo enfermo o anormal será aún un peligro.

Tal grado de libertad no ha sido, jamás, alcanzado por la humanidad; pero ha sido un ideal hacia el que ella se ha orientado siempre: lo mismo del fondo de los calabozos que a través de formas abstrusas e inconscientes. No es, pues, asombroso que la historia haya sido a menudo escrita con letras de sangre y por fanatismos limitados y crueles. Es la

Dumont, especialista de la economía castrista, ha deplorado la «hipercentralización» y la burocratización. Ha señalado, en particular, los errores «autoritarios» de un departamento ministerial que busca a administrar él mismo las fábricas y que ha llegado a un resultado inverso: «A querer realizar una organización fuertemente centralizada, se termina prácticamente (...) por dejar hacer todo, faltos de poder controlar lo esencial». La misma crítica en lo que concierne al monopolio estatal de la distribución: el parálisis que resulta de ello podría haber sido evitada «si cada unidad de producción hubiese guardado la facultad de aprovisionarse directamente». «Cuba recomienza inútilmente todo el ciclo de los errores económicos de los países socialistas», señala un colega polaco, bien situado para saberlo, a René Dumont. El autor concluye adjurando al régimen cubano de volver a la autonomía de las unidades de producción y, en la agricultura, a las federaciones de pequeñas cooperativas de producción agrícola. Dumont no vacila en resumir, en una palabra, el remedio al mal: La autogestión, una autogestión que se puede conciliar perfectamente con la planificación (9).

En pocas palabras, son los factores exteriores a él mismo los que sitúan de nuevo al anarquismo al orden del día; a saber, de una parte, sobre el plan económico, el atascamiento burocrático al que conduce el capitalismo de Estado y la parálisis de la producción que de ello resulta; sobre el plan político, el aplastamiento de la individualidad, del pensamiento libre, de la búsqueda libre por el aparato del Estado totalitario, el conflicto entre este régimen cuartelario y las aspiraciones humanistas de las jóvenes generaciones; de otra parte, la tentativa de los países recientemente desestalinizados o descolonizados por descubrir una forma de gestión, tanto agrícola como industrial, que no sea ni capitalista ni estatal. Esta doble evolución concurre a devolverle al pensamiento libertario una actualidad y una juventud que él no parece haber sabido conservar, o reencontrar, únicamente por él mismo.

Daniel GUERIN.

(9) René Dumont, «Cuba, socialisme et développement», 1964.

persistencia de las fuerzas opuestas lo que nos llena de admiración y nos anima. Es el hecho de que la raza humana haya salvaguardado, pese a todo, el precioso tesoro de sus cualidades infinitas. Es gracias a que a través de tantas matanzas, de guerras, de persecuciones, y a pesar de las hogueras encendidas por el odio, nuestros padres hayan conservado intacta la dignidad, el coraje, la honestidad, la bondad y la posibilidad de perfección, que nos podemos aún reconocer en innumerables de nuestros contemporáneos —sus hijos.

Si por anarquía se entiende el rechazo de no reconocer ninguna autoridad, recordemos que existen dos tipos de ella : la nacional y la que no lo es de ninguna manera. La primera se da por objetivo la expansión integral del hombre. Por lo tanto ella no puede, en principio, entrar en conflicto con las aspiraciones auténticas y no-patológicas del ser humano.

El porvenir de la democracia depende de la realización del individuo tal como ha sido el propósito psicológico del pensamiento moderno después del Renacimiento. El persistente malestar político, social y cultural de nuestra época no es debido al hecho de que haya demasiado individualismo dentro de nuestra sociedad. Es, más bien, al contrario, la traducción de los mil síntomas que rebelan que nuestro humanismo ha devenido una concha vacía.

Si la democracia progresa hacia una sociedad cuyo objetivo es la expansión y el bienestar del hombre, si la vida no está obligada a excusarse por el éxito o la entrega social, si el ciudadano no está sujeto o no es utilizado por el Estado o el Moloc económico ; en fin, si su conciencia y sus ideales cesan de ser la proyección interior de consignas sociales para devenir realmente las suyas —sólo entonces se podrá celebrar la victoria de la libertad, pues entonces si que ella estará verdaderamente adquirida.

No hay duda que estas condiciones no pueden ser completamente satisfechas por ningún periodo precedente de la historia moderna. Para muchos estas condiciones han quedado como objetivos psicológicos, puesto que la base material faltaba para el desarrollo de un humanismo auténtico. Hoy, el problema de la producción, está resuelto —en principio al menos— y se puede preveer un porvenir de abundancia en el que la lucha por las ventajas materiales no estará ya más dirigida por las privaciones. El problema que hay que abordar de urgencia es el de la organización de las fuerzas económicas y sociales, de tal suerte que el ciudadano cese de ser el esclavo y devenga el dueño de la máquina ciega y anónima.

La realización de una libertad positiva está ligado a los cambios económicos y sociales que permitirán al individuo alcanzar su plenitud.

Declaremos, ex-abrupto, que no debe ser cuestión de dejar perder ninguna de las conquistas fundamentales de la actual democracia : ya sea la del gobierno elegido por el pueblo y responsable delante de él o ninguno de los derechos garantizados a cada ciudadano. No se puede, tampoco, poner en cuestión el principio más reciente que hay que dar a cada uno la posibilidad de subsistir, que la sociedad es responsable de todos sus ciudadanos ; que nadie podrá ser obligado a la sumisión y a la pérdida de su dignidad por el miedo del paro forzoso o del hambre. Estos derechos primordiales no deben consistir solamente en una simple convención teórica, sino ser de inmediato real y constantemente aplicados, y, enseguida, ampliados.

El progreso de la democracia depende de la extensión de la libertad positiva, de la iniciativa y de la espontaneidad del individuo ; no sólo dentro de ciertos dominios privados y espirituales, sino sobre todo en la actividad principal de cada uno : en su trabajo.

¿En qué condiciones este último perderá su carácter de castigo? La incoherente organización de la sociedad moderna debe ser reemplazada por una economía planificada orquestando los esfuerzos de todos. El problema social puede ser resuelto de manera razonada y, para comenzar, por la eliminación del gobierno que no se atreve a decir su nombre. Quiero referirme al pequeño número de magnates que disponen de un poder enorme sin que sean responsables de la multitud de aquellos cuya suerte depende de sus decisiones. Se podría llamar este nuevo orden de socialismo democrático, si el nombre tuviera alguna importancia en la materia. Lo que interesa es establecer un sistema económico inteligente e inteligible que esté al servicio de los ciudadanos y no inversamente.

No solo éstos, los ciudadanos, no poseen ningún control sobre la locomotora que deben nutrir con su fuerza, sino que ¿cuándo pueden tener una pequeña oportunidad de hacer prueba de iniciativa y de espontaneidad en su trabajo? Son « empleados » y todo lo que se espera de ellos es que llenen su función de eslabón en la cadena de la producción. Es, pues, de primera importancia el restituir al individuo su identidad y su poder creador en el servicio económico. Es conveniente asociar al ser humano a su ocupación, de suerte que no sea sólo un anónimo inmatriculado dentro del gran ejército de trabajadores, sino que devenga en un elemento responsable y cooperador. Para esto, convendrá extender al dominio económico el principio democrático del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

En nuestra época se percibe claramente que la cuestión social no puede ser resuelta por medios políticos y económicos solamente. La piedra de toque es la participación activa del ciudadano en la determinación de su existencia y de la marcha de la sociedad. El acto formal de meter un boletín de voto dentro de una urna guarda su valor ; pero es nuestra actividad cotidiana, nuestro trabajo y nuestras relaciones con el mundo que hay que revalorizar. Si la democracia se reduce al dominio político solamente, ella no podrá jamás reaccionar suficientemente contra los efectos desastrosos de la dictadura del ogro económico. En cuanto a las concepciones puramente técnicas, como la socialización de los medios de producción, han devenido también insuficientes.

No pienso, de ninguna manera, en el uso malhonesto que se ha hecho del vocablo socialismo con el objetivo de abusar del pueblo por motivos de oportunismo táctico. Pienso en la U.R.S.S., en donde el socialismo ha devenido una palabra engañosa. Ciertamente, los medios de producción están nacionalizados ; pero una burocracia poderosa manipula la gran masa de la población. Y lo mismo si el gobierno controla efectivamente la economía con el interés de favorecer a la mayoría del pueblo, esta situación impide el desarrollo de la libertad del individuo.

Jamás las palabras no han sido, tanto como hoy, empleadas para disimular la verdad. Los términos democracia, libertad, pueblo, socialismo, han sido literalmente desposeídos de su significado real con fines abusivos. No obstante, existe una balanza para conocer los pesos de la democracia y sus falsificaciones. La democracia verdadera es una organización que crea las condiciones necesarias para el pleno vuelo realizador del hombre. Sus falsificaciones son sistemas que, poco importan los nombres con que se camuflen o los colores de las banderas que ellas agiten, subordinan el hombre a fines extraños a él mismo y debilitan el desarrollo de su auténtica personalidad.

Es evidente que la dificultad mayor, para la realización de una verdadera sociedad humanista, reside en la contradicción entre una economía planificada y la cooperación activa de cada ciudadano. A la escala de las

industrias gigantes un plan económico exige una parte importante de centralización y, en consecuencia, una burocracia para administrar la máquina centralizadora. Por contra, la asociación activa de cada trabajador y el control por las más pequeñas unidades del conjunto del sistema, reclama una acción descentralizadora intensa. A menos que la planificación en la cumbre no sea compensada por una activa participación de la base, a menos que el cauce de la vida social no discurra continuamente de abajo hacia arriba, la economía planificada conducirá a una nueva manipulación del pueblo.

Resolver este problema por la combinación del centralismo y de su contrario es una de las tareas capitales de nuestra sociedad. Pero su solución no es, ciertamente, más difícil que la de muchos de los problemas técnicos que han sido resueltos de una manera sorprendente y que nos han permitido en una larga medida dominar la naturaleza. No obstante, el obstáculo no será superado más que si admitimos la urgencia de hacerlo y si depositamos la confianza en los hombres y en su preocupación de tomar cuidado por sus intereses reales.

De esta manera nos encontramos de nuevo frente al problema de la iniciativa individual. Esta fue una poderosa levadura para la economía y el desarrollo personal en el tiempo del capitalismo liberal. Pero la iniciativa individual reviste dos aspectos: ella favorece únicamente las cualidades escogidas del hombre, su voluntad y su eficacia, todo y dejándolo prisionero del Minotauro económico. Era un principio que funcionaba bien durante la fase individual de la concurrencia, cuando aún había lugar para innumerables independencias. Hoy, el comercio al detalle, el artesanado y la pequeña industria se encogen cada día en un proceso irreversible. Solo una minoría puede aún hacer prueba de iniciativa. ¿Deseamos verdaderamente meter este precepto en aplicación en este tiempo en que la concentración parece una fatalidad en todos los dominios, y queremos a pesar de todo liberar la totalidad de la personalidad? Esto no puede ser más que sobre la base del esfuerzo inteligente y concertado del conjunto de la sociedad y por un grado de descentralización que garantice una cooperación real y un control activo por la base.

Es sólo en la medida que la sociedad se humanizará y subordinará la máquina irresponsable y en donde el ciudadano participará como asociado a la evolución social, que él podrá vencer el sentimiento de que no le queda ya ningún puesto en este mundo absurdo.

El hombre de hoy no sufre ya tanto de la pobreza como de la amargura de no ser más que un diente del engranaje de una máquina monstruosa; un autómatas para el que la existencia ha perdido sentido y sabor.

La victoria sobre los sistemas totalitarios y los movimientos autoritarios, cualesquiera que sea la máscara bajo la cual camuflen sus apetitos de dominación, no será posible mas que si la democracia cesa de ser una casa en la que mudan los muebles delante de la nariz y las barbas del propietario, en la que la techumbre amenaza ruina y en la que los ciimientos están minados por las termitas, mientras que el propietario se regocija beatamente de su adquisición.

Para parafrasear una frase histórica, podríamos exclamar:

— ¡Democracia! dónde se ha ido tu aroma...!

Erich FROMM (1)

(1) Autor de las conocidas obras « El miedo a la libertad », « Psicoanálisis y Religión » y « Psicoanálisis de la sociedad contemporánea ».

El porvenir del Movimiento Libertario

NUESTRAS GRANDES OPCIONES

EL presente español engloba, incuestionablemente, el futuro inmediato. Que es el porvenir detectable por su soldura con el presente. El porvenir remoto está bajo el dominio de la horoscopia o la buenaventura.

El presente español no escapa al contexto internacional. Ambos imponen a todas las corrientes una opción de vida o muerte. La autocritica sincera con vistas a un reajuste táctico. Sin pulverizar principios substanciales. A menos que meros reajustes conlleven subversiones de fondo. Pues ciertas remociones de base pueden desmoronar el edificio desde los cimientos a la cúspide. Tanto mejor si los cimientos eran falsos.

Nos sabemos de memoria que las trastiendas revisionistas que son trampolines premeditadas para la apostasia camuflada. Pero no podemos negar a nadie la legitimidad del acto autocritico ni su llevar a la última consecuencia. So pretexto de abuso de ella no podemos someter la critica a régimen de libertad vigilada.

En las academias científicas se es muy reticente en pronunciarse sobre los descubrimientos revolucionarios. Pero se estimulan y auspician todas las audacias experimentales de los investigadores. Y si se es estrecho en otorgar el prejuicio favorable al pretendido descubrimiento, se es ancho de reconocer el derecho a la conspiración contra la verdad en auge.

¿Qué el movimiento libertario no es asimilable a una academia de ciencias? Cabalmente si falta a su verdadero cometido. La ciencia médica no sólo trata con arreglo al estado de sus conocimientos. Sino que se aplica con codicia en el campo de la investigación.

Opción crucial es resolver si somos sólo una escuela filosófica intrascentente. Sin angustias ni urgencias. Fuera del tiempo y del espacio. O una corriente militante realizadora. Por correr estas dos liebres a la vez, azoradamente, nos quedamos cortos. En eficacia y en continuidad. Bien está poner los bueyes delante de la carreta. Pero sin perder de vista que el doctrinarismo crudo se compone de elementos de erudición estáticos. Los principios están llamados a ser confrontados constantemente con la realidad dinámica y dinamizante. Sólo el dinamismo es vida. Lo contrario es pose. Esfinge sin secreto. Todo empacho doctrinario es decadente.

¿Qué sería del cerebro reducido a la satisfacción de su propia vanidad contemplativa, ombliguista? El cerebro vale por su fluido nervioso. Por los nervios y las fibras musculares que lo prolongan. Por los miembros del cuerpo que actúan a su servicio. Es decir, por sus actos. No menos que por sus órganos de los sentidos. Que le sirven de enlace con el exterior con sus informaciones.

« Pienso, luego soy », afirman los cartesianos. Sólo se es completamente por la función realizadora física. El exterior no es sólo el medio de actuar del pensamiento. Es también su medio nutritivo.

No vale la pena optar entre una actitud dogmática y una acción dinámica dogmatizada. Hay un dinamismo monótono, de noria, de tío-vivo.

El temor a verse desbordado por los imponderables lleva muchas veces a recluirse en la concha. O a un dinamismo de rulo de trilla. Una actitud dogmática simple implica que no hay nada nuevo bajo el sol. Que el arcano ya no tiene secretos. Que todo ha sido anunciado por los profetas. Que estamos en posesión de la verdad absoluta. El epíteto libertario no salva a este doctrinarismo, de buena vecindad con el escolasticismo eclesiástico, la fría razón de Estado o la vieja o nueva teología dialéctica. No importa si la coexistencia es a tiros de metralleta.

No nos proponemos hacer almoneda de la herencia de nuestros mayores. Las mayores verdades pierden su sentido regional y humano si nos reducimos a repetir las como un rezo. Andando el tiempo ya no se repiten siquiera. Se dan por sobre entendidas. Al fin se ignoran completamente. Sin haberlas sustituido con ventaja ni de ningún modo.

El estropicio no para aquí. El repetidor de rezos que no entiende es un ser pasivo a medias. Tiene sobresaltos de histerismo cuando quiere dormir y no lo dejan. No dormirá en diez años para conseguir que le dejen dormir a pierna suelta. Peleará sin tregua. Se hará montaraz, mercenario o voluntario en cien campañas para que le dejen tranquilo de una vez. El mundanal ruido le saca de quicio. El abúlico aguerrido es un torbellino sirviendo la causa del inmovilismo. Hay sólo diferencia de matices entre un mameluco imperial, un fraile guerrero, un esbirro chequista y un cuerpo franco de la anarquía.

Con respecto al frente antifranquista hay rasgos comunes entre la vieja oposición del exilio y la de las catacumbas. He aquí un terrible obstáculo. Que nos incapacitará a la hora de ponerse en marcha España. De no haber remedio, nuestra inhibición completa. ¿No sería el mejor servicio que pudiéramos hacer unos y otros a los inéditos?

El principio sagrado de la herencia y la tradición sacrosanta tiene sus más y sus menos. Todo es relativo. América es un continente sin fuertes tradiciones. Por lo mismo, las que hizo las olvidó fácilmente. De ahí la psicología superficial, simplista, que se atribuye a sus ciudadanos. Pero ¿se quiere mayor calamidad que el lastre de la tradición en el llamado viejo Continente?. No tener historia podrá ser un inconveniente. Tenerla abundante es un traumatismo incurable. Entre los pueblos jorobados por el impacto histórico figura España.

La historia deja un vivero de complejos a flor de piel. Siempre en el disparadero. La gran víctima de estos complejos es la evolución del temperamento. No hay evolución verdadera de cualquier suerte con mentalidades encadenadas. Sin capacidad de vuelo. La incapacidad de evolución mental agria y malogra todas las demás evoluciones.

Se cree que las grandes catástrofes sociales hacen las veces de mutaciones biológicas en las sociedades. El hombre mismo debería a una mutación (no a la evolución) su sobresalir del acervo animal. Según esta teoría las catástrofes sociales rompen los moldes recalcitrantes a cualquier evolución. Ejemplo: el derrumbamiento del imperio romano. Tras el cual se refundieron las sociedades galorromana e hispanorromana según nuevos moldes...

En lingüística hubo la rica gama de las lenguas romance. Más sencillas y más flexibles que el latín universal. Una lengua es tanto más complicada cuanto más arcaica. Entre los elementos lingüísticos retrógrados están la literatura clásica y, sobre todo, las academias. Antes subirá un mártir a los altares que admitirá la academia un neologismo popular. Y cuesta la Santidad siglos de transmisión a la curia romana. El papel de la academia de la lengua estriba en cerrar al artifice popular el acceso a la gramática y al diccionario. Los modismos no tienen más remedio que imponerse por asalto. El profesor Fritzgibonn ha escrito en un interesante libro lo que le debe el inglés moderno a las catástrofes y al pueblo.

En España se ha producido una catástrofe social de grandes proporciones. Simultáneamente el mundo circundante entraba en una loca carrera de transformaciones. No acaban de tomar pie unas que ya son desplazadas por otras. Este empuje y zarandeo ocurre en las técnicas de todo orden. La inestabilidad es de vértigo. ¿Estaremos al borde de un caos creador de nuevo cuño?

El gran cataclismo privativo nuestro no ha hecho sino empezar. Media España destruyó a la otra media. Sin que consiguieran los victoriosos asegurarse la sucesión. Tampoco los supervivientes del bando derrotado. Ni en el exilio ni en las catacumbas. Más de un cuarto de siglo neutralizados. Neutralizados ahora por la edad avanzada. En edad avanzada ya se está neutralizado de oficio.

Saltará la última ballena del corsé ortopédico franquista. Y habrá que improvisarlo todo. Los improvisadores serán estas mismas generaciones sin tradición. ¿Será la gran oportunidad? ¿Vamos hacia una España libre de complejos históricos? ¿Sin hipoteca de los partidos y organizaciones clásicos?

La catástrofe romana liberó el mundo de Occidente del corsé ortopédico absolutista decadente. Aquella caída produjo desbordamientos torrenciales. Y creación de nuevas formas armoniosas. ¡Pero a qué precio! ¡A costa de qué barbarie! ¡De cuánta sangre! ¡De qué miseria! ¡Todo no fue ir adelante a zancas y barrancas! En los diez siglos de Edad Media todas las contradicciones se dieron cita. Tratándose de una experiencia de laboratorio, ¿hubiera valido el resultado?

Hay que perderle la afición al comodín de que la historia no se repite. No se ha repetido Atenas y si muchas veces Esparta. Hubo la gran revolución francesa. Y siguió una decadencia del pensamiento liberal de la que todavía no nos hemos recuperado. La serie negra de los cataclismo nefastos en consecuencias no se ha terminado. La Comune parisina. La primera guerra mundial. La revolución rusa. El fascismo, el nazismo. Y otra vez la guerra. Y otra vez el mito de Sisifo.

En el siglo XV nos agarramos como a un clavo al renacimiento grecorromano. Y florecieron las artes, la ciencia y la filosofía. En la excavación encontramos también el derecho romano, padre del Fuero Juzgo y el Código de Napoleón. Ciertamente no dejamos de hacer buena jurisprudencia. Pero la avalancha dictatorial moderna también ha hecho jurisprudencia. Al revés; por procedimientos galopantes.

Ya no se puede proclamar doctoralmente que las revoluciones son para las sociedades decadentes lo que la sangría bienhechora para los apopléticos. Ya no regeneran sino las viejas células del despotismo. A quien dan una nueva virginidad. Una mística popular. Que lo popular, si no lo da la naturaleza, se fabrica por procedimiento sintético o poco menos. Se encarga de ello el Estado omnipotente mediante la escuela, la Prensa, la Televisión. Esta ha violado el más sagrado de los fueros. El del hogar. El de la vida privada. Aquende y allende la cortina de hierro el Estado está en todos los hogares.

Nuestra juventud universitaria odia la dictadura franquista con todos los sentidos. Preferimos el antifranquismo de los sectores de opinión sedimentados. El sector universitario forma una especie de población inestable. Flotante. En

1930 asestó el último puntillazo a Primo de Rivera padre. Otra promoción estudiantil respaldó a Primo de Rivera hijo.

No es pan comido el renacer de una España nueva de las cenizas del franquismo. Es un gran inconveniente tener historia. No lo es menos no tenerla. Hacer gala de iconoclastas metiendo en el mismo saco a gúelfos y gibelinos. Contemplar oblicuamente a los profetas del exilio y beber los vientos por Ortega, Gáimvet y Unamuno. Que fueron emisores de ideas-fuerza que no son hoy operacionales.

El movimiento libertario le será difícil abrirse paso en esos medios intelectuales. Tenemos en ellos un prejuicio desfavorable. Lo popular y obrero es teatral y comparsa en el neomarrismo recauchutado que gana puntos en esos medios. Los proletarios del marxismo clásico eran eco de un mundo distante y destefido. Personaje de opereta es también el militante libertario popular poniéndose moños postizos intelectuales. Bienvenidos los intelectuales en nuestros medios. Deseable una cabeza de puente nuestra en los suyos. Por nuestra parte no se improvisa ese salto si se quiere evitar una pirueta ridícula. Hay en esos medios mucha espuma. Que aumentaría con unas burbujas irisadas más.

El movimiento libertario español debe lo mejor de sí mismo a su contenido popular. No por haber ido al pueblo sino por serlo. Seguiremos siéndolo o no seremos nada. No se trata de una sentencia escrita en los astros. Si hay injerto de la militancia vieja en el organismo nuevo; como si hay generación espontánea. Será en lo popular que se producirá nuestra puesta en marcha. Que si hay una tradición perecedera en el individuo, hay otra profunda que cabalga en la especie. Nuestro pueblo seguirá siendo receptivo a nuestras ideas. O será espontáneamente fermentable en virtud de subconscientes reminiscencias.

Hoy es incuestionable que la punta de lanza de la oposición antifranquista es intelectual y universitaria. Pero el mañana le está prometido al sindicalismo. Quien hoy cuenta con ocho millones de amontonados mañana puede convertirse en el estamento más poderoso del país. Periódicamente, en estas dos décadas, ha dado ya la medida de su garra. Evidencia suficiente para ser clasificado primero entre los factores futuros constantes.

Esta realidad ya ha sido detectada por propios y extraños. Hay una preocupación sindicalista en los economistas liberales bulliciosos de la España de Franco. No puede hablarse todavía de una mística. Pero en terreno mojado no precisa que llueva mucho. La batalla por los sindicatos oficiales ya ha comenzado. Hará más por su rescate el más hábil, el más inteligente y quien esté más cerca del corazón del pueblo.

Las posibilidades del Movimiento libertario dependerán de su capacidad de evolución. No necesita acercarse al pueblo. Está en el mismo corazón. Habrá que adaptarse con agilidad. Habrá que anticiparse a los hechos irreversibles. Resistirse al último momento, a sabiendas de que hay que ceder, será perder contacto con el pelotón de cabeza. Quedar arrumbados en la cuneta.

En este futuro que ya puede llamarse hoy, nuestras grandes opciones son optar por la vieja tesis revolucionaria excluyente o por una nueva óptica que ve la dictadura en todo exclusivismo revolucionario. En aferrarse al milagro de la revolución liquidadora o comprender que no hay saltos en la historia gratuitos. En seguir practicando la lucha de clases con rigideces, inconsecuencias y sofismas, o con planteamientos más flexibles. Teniendo en cuenta que al enemigo se le crece con la amenaza de exterminio tanto como se le disminuye por superación ética y por capacidad de maniobra. Que la legislación social del Estado, mal que nos pese, es irreversible. Ni regalo gracioso ni vituperable en bloque. En fin, no confundir las realidades con los deseos. Saber realizarnos en ambos. No abandonar nuestra iniciativa constructiva ni echar nuestra dignidad a los perros.

José PEIRATS.

ACTUALIDAD ESPAÑOLA - ACTUALIDAD ESPAÑOLA

RADIOACTIVIDAD

En Palomares se han visto cosas chuscas estos últimos días. La más cómica ha sido, sin duda, la inmersión obligada de nuestro ministro de la Información y del Embajador americano, junto con sus hijos respectivos, en las aguas marinas almerienses. Media hora de baño radioactivo para probar e «informar» al mundo que la «bomba perdida» no había dejado contaminadas las aguas en que, millares de turistas, tenían que venir a remojarse este año. Los compromisos del Régimen franquista con las fuerzas invasoras yanquis le han de haber hecho pasar un buen trago a nuestro flamante ministro «informador».

cho entusiasmo su comedia jurídica. Como en tantos otros casos el Régimen pretende dar la sensación de que es respetuoso de las Leyes y su correcta aplicación. Dicho Juez ha enviado, con mucha publicidad, a la Justicia italiana y portuguesa, comisiones rogatorias para interrogar a un número determinado de personas y policías que se tiene por sospechas de participación directa o indirecta en tan nefasto crimen. Mucha publicidad en torno al caso; pero ni unos ni otros acuden ante el juez, que se conforma con proseguir su estudio... Demasiada comedia para esclarecer lo que es demasiado claro: la responsabilidad de la Dictadura salazarista en el asesinato del líder de la oposición democrática portuguesa.

VIAJES

Mientras Franco acaba de decidir quien o quienes le van a suceder en la alta Jefatura, envía a los príncipes Juan Carlos y doña Sofía de viaje por el Asia. En cambio, de manera poco diplomática, obliga a nuestro príncipe a quedarse en casa el día que su padre, el pretendiente don Juan, lo esperaba en su villa de Estoril para jurarle fidelidad y respeto en sus derechos legítimos de sucesión. De seguir este cuento mucho tiempo Franco es capaz de empezar a jugar la carta monárquica con los descendientes del príncipe Juan Carlos sin llevar al trono a ninguno. Por su parte los carlistas siguen esperando el milagro y no renuncian a quedar fuera de juego...

ECUMENISMO CATALAN

El Gobierno del general Franco, para demostrar su amplio respeto por las conclusiones del último Concilio, ha nombrado a monseñor Marcelo González Martín como coadjutor en el arzobispado de Barcelona. Los catalanes están sumamente disgustados porque el recién nombrado ni es catalán ni habla dicha lengua. Comprendemos el juego político del Régimen; pero nos sorprende el nacionalismo catalanista de última hora de una parte del clero de Cataluña que tan abiertamente había apoyado al franquismo.

¡POR FIN...!

Los últimos despachos de prensa procedentes de Palomares anuncian que el alto mando americano ha anunciado, por enésima vez, que la «bomba perdida» —una bombita termonuclear capaz de arrasarse una ciudad como Barcelona o Madrid— ha sido por fin localizada y que se va a proceder a su inmediata recuperación...

COMEDIA JURIDICA

El Juez de instrucción, José María Crespo, que está encargado del caso sobre el asesinato del general Delgado en territorio español por los esbirros de la PIDE portuguesa, continúa con mu-

Viento del oeste...

Mientras la alta oficialidad sudamericana se agita y se organiza para terminar con los últimos focos, de muy relativa democracia, que aún quedan después de la instauración de la «Alianza para el Progreso y la Cultura», sigue con intensidad ascendente —escalada— la guerra de exterminio contra el pueblo vietnamita. Las piadosas amonestaciones de Pablo VI no logran enternecer el corazón de las enfurecidas ovejas de su Excelencia el cardenal Spellman.

Siguen las matanzas en Indonesia a cargo de los militares que, por fin, han despachado a Soekarno. Maniobrero de primer orden y «excelente» actor condenado a un retiro honorífico...

El Ejército de India, movilizado ya en permanente quehacer violento, ahoga en sangre todo brote de protesta o de rebeldía: sean los hambrientos amotinados de Calcuta o las tribus Mizo que reclaman la autonomía. Qué pronto se evaporó la ideología de la no-violencia, preconizada por Gandhi, en un país en donde se la utilizó conscientemente como arma de dominio y de diversión diplomática en manos de la clase dirigente.

Pero estos países están demasiado lejos para conmover la conciencia del hombre europeo. La prensa burguesa, hasta la más liberal o pretendida de izquierda, no puede dedicarles mucho espacio; los problemas de esos pueblos no son nuevos, hace ya demasiados años que duran: explotación, colonialismo, miseria, hambre, matanzas religiosas y políticos, rebeliones de pueblos oprimidos por castas y clases todopoderosas y de una soberbia sin límites.

Africa está más cerca. Su despertar es más reciente. Su folklore político resulta un poco más divertido, pese a que el ritornello militarista, golpista, está adquiriendo la misma cadencia latinoamericana y asiática.

Hagamos, pues, como los demás: ocu-

pémonos de Africa. ¿Qué sucede? Los golpes de Estado, los pronunciamientos —todos triunfantes—, con los consiguientes cambios de equipos gubernativos y el no menos inevitable y no menos deseable «saneamiento y puesta en orden» de la administración de cada país, se suceden unos a otros.

Desde la muerte, en enero 1963, del Presidente de Togo, Sylvanus Olympio, derrumbado por un grupo de militares formados en cuarteles europeos, a la destitución de Kwame Nkrumah, Presidente de la república de Ghana, catorce insurrecciones militares han dado al traste con la pseudo-democracia parlamentario, situando al continente negro a la hora del sable, supremo ordenador.

Descontando los casos del ex-Congo francés, Zanzibar y Sudán, donde los movimientos subversivos tenían una orientación izquierdista, en todos los demás países los golpes militares son claramente pro-imperialistas. El fenómeno escapa indiscutiblemente, descaradamente, al simple azar y a la «auto-determinación» concedida por las potencias colonizadoras. Poco importa si es tal o cual capital europea la responsable o si en todos los casos están presentes y activas las tres iniciales fatídicas: C.I.A. (servicios americanos).

El gran capitalismo —con los E.E.U.U. a la cabeza— afianza posiciones seguras y reconquista económicamente países tentados por la aventura de la independencia real. Para conseguir sus objetivos todos los procedimientos son lícitos. Desde el soborno de los militares, en donde éstos son la fuerza determinante, hasta el empleo de los mercenarios —residuos nazis y de aventureros sin escrúpulos— con la excusa de salvar a unos cuantos colonos o misioneros blancos en peligro. Y cuando no hay ya ni colonos ni misioneros que salvar, entonces basta con descubrir una «conspiración tramada en Pekín» para im-

poner un régimen de fuerza, dictatorial, que salve la situación y asegure «la libertad y la independencia nacional».

Esta lamentable situación permite calibrar la naturaleza de la «independencia» acordada a estas Repúblicas africanas después del reciente proceso de luchas contra el colonialismo. La necesidad de conservar lo esencial de sus intereses económicos y la preocupación de solventar el problema de la descolonización sin poner en peligro el equilibrio político de la metrópoli, impusieron a las potencias coloniales el traspaso de «poderes y soberanías» a sus antiguos colonizados. Pero tuvieron buen cuidado de seleccionar a estos entre los que más se habían destacado en las escuelas y los cuarteles de las respectivas metrópolis.

¿Qué tuvo de efectivo esta soberanía concedida?

En el orden de la política exterior, aparte algún traspás debido a la «inexperiencia» y a la voga del nacionalismo género «tercer mundo», hemos asistido a un alineamiento progresivo y descarado de la diplomacia africana a las directrices de la antigua potencia tutelar.

En el orden interior, dependencia monetaria, sumisión cultural y ordenación de la economía en función de los intereses globales de la potencia «protectora». Todo ello debidamente legalizado mediante buenos, tratados llamados de «asistencia». Sin faltar los Tratados militares de «defensa recíproca».

El gobierno de los países africanos está en manos de una minoría indígena, mezcla de las élites formadas en las universidades europeas, de militares formados en los cuarteles colonialistas y de caciques autóctonos, con poderes locales ilimitados. Esta minoría administra el país según los intereses exteriores, y los suyos propios muy bien entendidos. El despotismo, la corrupción y la ostentación son normas regulares de esta nueva clase dirigente frente a la miseria extrema de la mayoría de la población.

A título ilustrativo, veanse algunos testimonios: «Un diputado gana men-

sualmente 185.000 francos C.F.A... Cuando un ministro sale al extranjero recibe 10.000 francos a título de indemnización diaria» (Henri Favrod, en «Africa solar»). Esto en Camerún, donde el nivel de vida medio es diez veces inferior a Francia. Y esto son ganancias «lícitas». René Dumont, en su libro «L'Afrique Noire est mal partie», dice: «Esta evolución de tipo sudamericano... crea una clase privilegiada que piensa ante todo en aprovecharse del poder». Por otra parte, véase lo que la misma prensa francesa decía respecto al abate Fulbert Youhi, Presidente del Congo-Brazzaville, derrocado en 1963 por una insurrección popular: «Los rumores populares acusan a Youhi y a sus partidarios de haberse apropiado cientos de millones... El abate poseía dos hoteles en Brazzaville, propiedades aquí (en el Congo) y en Francia y dinero en Suiza.»

En Mali, durante el VIº Congreso de la Unión Sudanesa, partido en el poder, uno de sus dirigentes decía: «Desde algún tiempo asistimos a una carrera por el lujo, a una acentuación de los caracteres exteriores de riqueza cuya ostentación acentúa la diferencia entre niveles de vida, le da un carácter ofensivo y desnaturaliza la acción del Partido. A distintos niveles, la acción militante es asimilada a un medio puramente táctico de fortalecer o de adquirir una situación material, y el Partido, si no tomamos cuidado, arriesga transformarse, en los años venideros, en una vulgar asociación de intereses».

Estos son los beneficiados de la independencia concedida al Africa negra. Frente a ellos hay, abstracción hecha de los comerciantes y del artesanado rural, un campesinado que abarca a las tres cuartas partes de la población y cuyos medios de vida no han variado. (Medios de vida que se cifran en 10.000 francos C.F.A. por año y por persona, o sea 200 francos franceses o 2.500 pesetas).

Para defender a esta masa campesina hay unas organizaciones sindicales, mediatizadas por los Partidos únicos, que se limitan a «consolidar la indepen-

«Canto público ante dos sillas eléctricas»

EL PROCESO «SACO Y VANZETTI»

EN EL «TEATRO NACIONAL POPULAR» FRANCES

23 de agosto de 1927: en la prisión de Charlestown, cerca de Boston, dos obreros italianos —Sacco y Vanzetti— mueren en la silla eléctrica.

¿Su crimen? : se les acusa de ser los autores de dos atracos a mano armada que en 1920 y en 1921 hicieron dos muertos en las afueras de Boston.

El 5 de mayo de 1920 ingresan en la cárcel: al cabo de siete años de reclusión el zapatero Nicola Sacco y el pescadero Bartolomeo Vanzetti mueren electrocutados.

Al día siguiente de su ejecución el «Herald», diario de Boston, les dedica su editorial y comenta, aliviado: «La flecha ha sido lanzada. Volvamos de nuevo o las responsabilidades de la vida de cada día, determinados a mantener nuestro sistema de gobierno actual y el orden social existente».

Mary Donovan, amiga de Vanzetti, pronuncia sobre sus féretros, el día del entierro, estas palabras: «Os han asesinado porque erais dos anarquistas italianos... Habéis sido víctimas de la plutocracia más estúpida que el mundo haya conocido desde la Roma antigua»...

En el mundo entero la ejecución de Sacco y Vanzetti provoca una oleada de manifestaciones: al anuncio de su muerte corre la sangre en Génova, Berlín, Londres, México y París...

Para los hombres que vivieron su tragedia y su muerte el nombre de los dos emigrantes italianos se ha convertido en un símbolo permanente. ¿Pero qué representan sus nombres en 1966?

Precisamente el teatro Nacional Popular francés ha inscrito esta temporada en su repertorio la obra de un joven autor, Armand Gatti,

cia nacional e incrementar la industrialización...»

No obstante, cunde la conciencia de la irrisión que representa tal situación. Algunos focos de rebelión se van manifestando. La incipiente industrialización va formando concentraciones de trabajadores con conciencia de clase que, unidos al descontento del campesinado, crean situaciones peligrosas para las castas dirigentes y para los intereses europeos.

Perdiendo la fuerza moral que llevaba la idea de independencia nacional, por

los resultados visibles que ha aportado, los equipos civiles instaurados por decreto no sirven ya. El capitalismo necesita mantener intocables sus intereses, de ahí pues que, quitándose la máscara democrática, impone equipos de mano dura, eficaces y obedientes.

Muchos años de duras luchas serán necesarios para que en África, el grito de libertad tenga un contenido real. De la solidaridad que contraigamos con quienes se reclamen de ella dependerá, en mayor o menor medida, el curso de esa marcha hacia la libertad real.

ULTIMA HORA

En la frontera franco-belga ha sido detenido por las autoridades francesas el anarquista español Francisco Abarca, sobre el que pesa una demanda de extradición del gobierno suizo por actividades antifranquistas. Se ha iniciado una campaña para obtener su liberación.

—«Canto público ante dos sillas eléctricas»— que pone en escena el proceso de Sacco y Vanzetti.

Hemos tenido ocasión de interrogar a una joven espectadora de dieciséis años, A.M..., residente en París, hija de padres españoles, sobre esta obra. Nos ha parecido interesante recoger su opinión, conocer el impacto de esta obra, el carácter ejemplar que ha podido conservar el destino trágico de los dos anarquistas italianos.

- P. —¿Qué evocaban para ti los nombres de Sacco y Vanzetti antes de haber visto el «Canto público...»?
- R. —Mi padre me había hablado de ellos: sabía solamente que eran dos anarquistas italianos ejecutados por un crimen que no habían cometido.
- P. —¿En qué época situabas la ejecución?
- R. —En 1917 aproximadamente...
- P. —Te has equivocado sólo de diez años... Recientemente has visto la obra de Gatti. Has podido conocer mejor a esos dos hombres, al hombre Sacco y al hombre Vanzetti, has podido apreciar las circunstancias del proceso, has conocido la sociedad y el contexto histórico en que éste tuvo lugar. ¿Qué has retenido de todo esto?
- R. —Yo creo que he retenido sobre todo el drama humano. He descubierto que Sacco y Vanzetti eran dos personas corrientes, dos personas como hay tantas. El encierro y sus sufrimientos fue lo que les hizo llegar a ser más perfectos...
- P. —¿Según tú, por qué la vida de estos dos hombres y su muerte nos siguen conmoviendo e indignando?
- R. —Quizás porque nada ha cambiado desde su época. La sociedad es casi la misma. A pesar de ciertas apariencias más libres...
- P. —¿Cómo juzgas a la sociedad que los condenó y ejecutó?
- R. —Sobre todo egoísta.
- P. —¿Por qué egoísta?
- R. —Porque para ella la vida de esos dos hombres carecía de valor. Porque su muerte era necesaria para conservar los principios de esa sociedad... amenazados por otras ideas.
- P. —¿Cómo te imaginabas a Sacco y Vanzetti? ¿Embalsamados? ¿Cómo a dos santos del martirologio libertario? ¿O como a dos hombres de carne y hueso que podrías tropezarte ahora mismo en la escalera?
- R. —No. Al principio debieron ser dos hombres normales, con sus defectos, sus cualidades y sus ideas. Sabían que eran inocentes... y debieron sufrir muchísimo. Pero acabaron aceptando su sacrificio. Sabían que sería útil.
- P. —Fue Vanzetti, creo, quien afirmó que «su muerte sería su triunfo». Efectivamente vencieron con su muerte su destino oscuro de trabajadores anónimos... Se convirtieron en un símbolo para millones de trabajadores. ¿Crees que fue así?
- R. —Sí. Me parece que lo que les ayudó a soportar su calvario fue el saber que no estaban solos en su celda, que otros hombres les sostenían.
- P. —Una última pregunta. ¿Te parece útil una obra como «Canto público ante dos sillas eléctricas»? ¿Para qué hablar de Sacco y Vanzetti cuarenta años después de su muerte? ¿No hay otros problemas más actuales?
- F. —Yo creo que es útil. Así recordamos cosas que tenemos tendencia a olvidar... A pesar de que se siguen produciendo hoy día.
- P. —¿Crees que este tipo de teatro puede provocar una toma de conciencia en la gente, despertarla?
- R. —¿...despertar a la gente? Eso lo veo ya más difícil.

Sergio DANIEL.

Poco a poco la censura va permitiendo, a las casas editoriales, la edición de obras literarias y sociológicas hasta hace algún tiempo puestas en el índice. Está « liberalización », en lo cultural, permite a los editores dar a conocer libros de inestimable valor político y social que, hasta ahora, era muy difícil el procurárselos en nuestros país.

Conscientes de la utilidad de este esfuerzo editorial y de las dificultades, aún persistentes, para la libre circulación de las ideas sociales avanzadas, nos proponemos en esta sección dar a conocer todos aquellos libros que, editados en España — y, por lo mismo, fáciles de adquirir —, puedan servir para ampliar el acervo cultural y social de nuestros lectores, a la vez que ayudamos a consolidar un esfuerzo orientado hacia la conquista de una auténtica libertad de expresión.

Así también daremos a conocer aquellas obras, editadas en el exterior, que puedan ser de interés para el lector español para comprender los problemas, las inquietudes y las esperanzas de un mundo en permanente y acelerada transformación.

La Redacción.

« EL FEDERALISMO » Editorial TECNOS, S.A. Madrid, 1965.

Con el número 41 de la Colección de Ciencias Sociales, la Editorial Tecnos, S.A. presenta un volumen dedicado al estudio del federalismo, en el que se incluyen diversos trabajos de catedráticos franceses, y algunos españoles, que abordaron este tema en « la sesión de Ciencias Políticas celebrada en Niza en 1954 ».

Junto a los textos de los conocidos escritores franceses, Gastón Berger, Georges Vedel, J.J. Chevalier, Alexandre Marc, Maurice Duverger, Charles Durand, André Mathiot y Jean Sigmann, figuran los ensayos de Raúl Morodo, sobre « La integración política europea », y de Gumersindo Trujillo Fernández, sobre « Pi y Margall y los orígenes del federalismo español ».

Este volumen que, según reza el prefacio, « inaugura una colección creada bajo los altos auspicios del ministro de la Educación Nacional para permitir la difusión de los cursos y trabajos de diversos Centros de Estudios Superiores Especializados », resulta un buen compendio, de estudios sobre el federalismo, digno de tener una más amplia divulgación popular que la de los simples « especialistas » en la materia. De ahí la importancia y el valor de su edición por la Editorial Tecnos, S.A.

Por nuestra parte no vacilamos en recomendar su lectura a todos los que, en España, buscan anhelosamente lecturas « extranjeras » —porque en España, hasta ahora, eran prohibidas— para ampliar su acervo cultural y social.

Agradecemos su envío y, en el futuro, nos comprometemos a comentar los libros que, como éste, traten temas de tanto interés con el debido rigor y honestidad.

«NO HAY MILAGRO ESPAÑOL»

LA renta nacional de España ha aumentado de un 10 por ciento en 1965; tasa ésta la más elevada de Europa. Pero los expertos de todos los organismos internacionales son categóricos: la prosperidad española es un sub-producto de la expansión de Europa; esta prosperidad no prepara al país a entrar en el vasto concierto de las sociedades industriales, ésta amenazada a corto plazo.

El general Franco se sublevó en 1936 en un país que no había realizado su muda. ¿Sus riquezas minerales?: Hierro, cobre, zinc, y plomo habían sido explotadas por el extranjero para su provecho y sólo quedaban en el país los yacimientos pobres. ¿La industria?: Localizada en el País Vasco y en Cataluña producía a precios demasiado elevados. ¿La agricultura?: Estaba estancada en vastas propiedades mal explotadas (4,600 propietarios con más de mil hectáreas representando el 20 por ciento de las tierras cultivables) y pequeñas parcelas incapaces de nutrir a una familia (800,000 explotaciones de menos de una hectárea). ¿Qué ha hecho hasta 1959 el régimen actual? Pocas reformas. Pero en ese país arcaico, ha instalado, con los capitales del Estado y en un trust de Estado, una industria de armamento, en la expresión amplia que se daba a esta palabra antes de 1939. Su finalidad era la independencia nacional...

Así los primeros turistas de los años 1950-1955 han visto surgir fábricas de armamento, de aviación, de construcciones navales, de explosivos y de vehículos, con infraestructuras de electricidad y del petróleo. España se industrializaba —pero mal— para hacer la guerra que había terminado desde 1945.

1959: por fin el General Franco comprendía en el impase que se hundía. Levantaba la «cortina de púrpura y oro» que aislaba a España. Todo cambiaba en apariencia.

Los obreros agrícolas de los grandes dominios dejaban su miseria a una cadencia de 100,000 por año. Treinta por ciento iban a Francia, otro tanto a Alemania, un 20 por ciento a Suiza y un 10 por ciento a Bélgica. Estos trabajadores enviaban al «país» una buena parte de sus salarios.

Los turistas afluían, gastando mucho en hoteles, en alquileres primero, comprando después terrenos y pisos. Igualmente acudían en masa inversiones extranjeras.

Era la abundancia de las divisas. La España de hoy posee reservas que equivalen al 30 por ciento de las de Francia.

Pero ¡ay! como esta se ha explotado poco, los antecedentes no han cambiado. Los yacimientos mineros quedan pobres. La industria nueva está en manos extranjeras, la cual no es mucho más competitiva. La agricultura sólo exporta «productos de desierto», severamente concurrenciados por todos los del Mediterráneo, mientras el país debe importar carne y leche. España vende al extranjero el tercio de lo que le compra. Desde el año pasado, descuenta sobre sus reservas de cambio para hacer frente a sus necesidades.

No, no hay «milagro Español».

Nota de la Redacción: Bajo este titular, el periódico francés «Le Figaro», publica un artículo de uno de sus especialistas en economía, Roger Priouret, que hemos considerado conveniente reproducir por su clara y rotunda objetividad. Sobre todo, tomando en cuenta la posición conservadora y de simpatía hacia el Régimen franquista de dicho periódico.

L A revista *Presencia* quiere ser una tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy.

PRESENCIA quiere colaborar prácticamente, en la creación de una nueva conciencia revolucionaria, con todos cuantos sepan hacer dejación de prejuicios dogmáticos para resolver los problemas que plantea la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y la emancipación del hombre.

presencia

tribuna libertaria

SUMARIO

- ¿Aggiornamiento o libertad conquistada?

REDACCION

- Política social y desarrollo económico en España

Macrino SUAREZ

- Donde se habla de estrategia, de ratas, de socialismo derechista y de curas mártires

Edgar-Emilio RODRIGUEZ

- Vispera de entierro

José BORRAZ

- Personalidad del anarquismo

José PEIRATS

- Chile y la democracia-cristiana

Victor GARCIA

- Breves apuntes sobre la literatura soviética contemporánea

PASAMAR

- «Los amores de una rubia» de Milos Forman

Sergio DANIEL

presencia

tribuna libertaria

présence (tribune libertaire)

Director :

L. PASAMAR

Redacción :

**24, rue Ste. Marthe
Paris, X**

Administrador :

Amador ALVAREZ

Administración :

**87, rue de Patay
Paris, XIII**

Giros : C.C.P. 15.712.51, Paris

Precio ejemplar : **3 F**

Bimestriel

Bimestral

**Con motivo de las próximas vacaciones, el
número 5 de PRESENCIA que debía aparecer en
agosto, aparecerá en setiembre.**

Suscripción anual : **15 F**

INDICE

	pág.
¿AGGIORNAMIENTO O LIBERTAD CONQUISTADA? (Redacción)	1
DOS CARTAS PARA LAS QUE NO HUBO LIBERTAD DE PRENSA	11
POLITICA SOCIAL Y DESARROLLO ECONOMICO EN ESPAÑA (Macrino Suárez)	13
DONDE SE HABLA DE ESTRATEGIA, DE RATAS, DE SOCIALISMO DERECHISTA Y DE CURAS MARTIRES (Edgar-Emilio Rodríguez) ..	19
VISPERA DE ENTIERRO (J. Borraz)	24
PERSONALIDAD DEL ANARQUISMO (José Peirats)	26
CHILE Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA (Victor García)	31
BREVES APUNTES SOBRE LA LITERATURA SOVIETICA CONTEM- PORANEA (Pasamar)	37
«LOS AMORES DE UNA RUBIA», DE MILOS FORMAN (Sergio Daniel) ..	43
ACTUALIDAD ESPAÑOLA	45
ACTUALIDAD INTERNACIONAL	47

ANTE LA SUCESION:

¿Aggiornamiento o libertad conquistada?

EL régimen franquista entra en un periodo de crisis caracterizado por la falta de estabilidad de las estructuras políticas y jurídicas heredadas de la guerra civil.

Si resulta excesivo hablar de «descomposición del régimen», palabra-comodín utilizada abusivamente desde hace más de veinticinco años por los partidos y movimientos clásicos de la oposición, si puede afirmarse que la necesidad de una adecuación de las instituciones españolas a la actual fase de desarrollo industrial, impone al régimen una auténtica reconversión del sistema y crea automáticamente las condiciones necesarias para una nueva fase, más politizada, de la lucha anti-régimen.

En esta etapa es posible que aparezca una complementaridad más estrecha entre la lucha de la Universidad, la oposición de los sectores más avanzados del catolicismo español —algunos de ellos en pugna abierta contra la propia jerarquía— y las acciones reivindicativas de la clase obrera.

Por su parte, la nueva burguesía española y la generación de «managers» que hoy ocupa los puestos-clave del gobierno, intentará substituir los viejos mecanismos inservibles, para perpetuar su dominación económica y política, dentro de un marco inspirado de los sistemas al uso en las sociedades industriales europeas: el derecho «condicional» de huelga, la nueva Ley de Prensa, los proyectos de reforma de los sindicatos oficiales, son el complemento natural de la reorganización de la economía iniciada en 1959 con el Plan de Estabilización y proseguida más tarde con el actual Plan de Desarrollo que marca la renuncia definitiva a la autarquía de la postguerra.

Simultáneamente, el «despegue» de la economía, al favorecer ciertas capas de la sociedad española —puede representar, a pesar de que contribuya a acentuar las enormes disparidades regionales, un factor de estabilización gracias al acceso de estos grupos sociales a un nivel económico superior y a ciertos tipos de consumo de estilo «occidental»: televisión, nevera, coche, etc.

Léase a este respecto el artículo de Emilio Romero, publicado en «Pueblo» bajo el título: «El rapto de un Monseñor y la Autopista Madrid-Villalba»; admitiendo implícitamente que España ha entrado en un periodo de inseguridad política incita a los españoles «a huir de la utopía» (léase a renunciar a una experiencia de transformación revolucionaria de la sociedad española), y a disfrutar plácidamente del maná que la sociedad de abundancia del «milagro español» se dispone a derramar sobre los españoles, sociedad cuya símbolo más claro sería la autopista Madrid-Villalba «congestionada de coches los días festivos».

El proyecto de colaboración con antiguos elementos sindicalistas —proyecto fallido momentáneamente gracias a la réplica directa del grupo de cenetistas «Primero de Mayo»— constituye asimismo un intento, a los que seguirán otros, de encuadramiento de la clase obrera.

Hemos creído interesante analizar sucintamente los acontecimientos de estos dos últimos meses, acontecimientos que prueban que se ha entrado en una fase decisiva del problema político español: el Gobierno, sin renunciar a ejercer su acción represiva sobre los elementos más dinámicos de la oposición, va instalando progresivamente los mecanismos reguladores que han de asegurar la transición «sin dolor» hacia el postfranquismo. Por su lado la oposición se manifiesta en esta nueva coyuntura a un nivel de conciencia política cada vez mayor: lo testimonia la recrudescencia de la agitación estudiantil, las huelgas obreras, las manifestaciones (algunas de ellas de claro cariz político como las del primero de Mayo), ciertas formas de acción directa que muestran la determinación de las nuevas generaciones de militantes de desear tanto el oportunismo claudicante como la pasividad y el derrotismo de los viejos aparatos burocráticos del exilio.

LAS CONVERSACIONES DE MADRID. DECLARACIONES DE LUIS EDO. EL BAUL DE LOS TRUENOS Y LA AUTOPISTA DE DON EMILIO. LA LEY DE PRENSA: PRIMEROS EFECTOS. RECRUDESCENCIA DE LOS CONFLICTOS SOCIALES. NUEVOS CAMINOS DE LA ACCION DIRECTA: EL RAPTO DE MONSEÑOR USSIA. CIENTO VEINTE ECLESIASTICOS «EN COLERA».

CONFERENCIA EN MADRID DE LUIS EDO

EL 6 de abril de 1966 Luis Edo, secretario de la Federación Local de París de la C.N.T., da una conferencia de prensa clandestina en Madrid. Su declaración, remitida a varios corresponsales extranjeros, condena los contactos establecidos a partir del mes de abril de 1965 entre un grupo de antiguos militantes cenetistas y varios dirigentes de los sindicatos «verticales» en la sede del Instituto de Estudios Sindicales, con vistas a proyectar una reforma de dichos Sindicatos, reforma que tendería a la incorporación de elementos anarco-sindicalistas, y posteriormente de ugetistas y cristianos.

Del resultado de estas conversaciones —a las que asistieron entre otros dirigentes sindicales el profesor Muñoz Alonso, Emilio Romero, director de «Pueblo», José Lafont Oliveras, presidente del Consejo Nacional de Trabajadores, Fernández Sordo, delegado Nacional de la Prensa del Movimiento, etc., y por parte de los «militantes libertarios», Eduardo de Guzmán, Luis Orobón Fernández, Lorenzo Iñigo, Francisco Royano, etc., da fe un documento firmado en Madrid el 4 de noviembre de 1965 en el que ambas partes se declaran dispuestas a abordar conjuntamente la tarea de «articular las nuevas estructuras y normas de acción del sindicalismo español» y acuerdan «retener esta resolución durante un mes para dar tiempo a que contesten los sectores invitados antes de presentarla por vía legal a la sanción oficial de los poderes públicos». No cabe duda que los poderes, en la ocurrencia el Ministro Solís, el vicepresidente del Gobierno general Muñoz Grandes y el Jefe del Estado aprobaron dichas conversaciones.

PRIMEROS ECOS EN LA PRENSA FRANQUISTA

CON la intención evidente de facilitar el éxito de la operación, dichos contactos permanecieron secretos durante varios meses.

La conferencia de prensa de Luis Edo al denunciar el carácter de provocación de esta maniobra (dentro del sindicato único proyectado, afirmaba el documento ya mencionado, «los problemas ideológicos que podrían separar los trabajadores serían marginados»), confirmaría con su difusión en la prensa extranjera, los rumores que venían circulando en España sobre la realidad de dichos contactos, rumores que provocaron la alarma de los círculos «integristas» enemigos de toda reforma de tipo «evolucionista».

Posteriormente, la agencia Logos afirmaría que «en septiembre y en octubre de 1965 circularon por Madrid boletines clandestinos de la U.G.T., la F.A.I. y «otros antiguos movimientos sindicalistas, incluso de los que se llaman fieles a los principios de la C.N.T.» que condenaban la actitud colaboracionista del grupo de Madrid.

En nombre de los Sindicatos, el diario «Pueblo» saldría al paso de estos rumores el 18 de abril. En su habitual sección, simbolizada por el gallito, emblema de su ya famosa agresividad «controlada», su director admite «la posibilidad de dichos contactos». Y precisa en primera plana: «No hubo conversaciones a nivel de las organizaciones. No es la primera (ni será la última) que los Sindicatos hablen con grupos de variadas tendencias».

Romero desea visiblemente tranquilizar a los opositores de la derecha «troglodítica». Pero se dirige al mismo tiempo a los partidarios de «una libertad descompuesta», a «los núcleos irreductibles de la empresa anti-régimen», que se oponen a la operación de remozamiento de la fachada sindical y que visiblemente aspiran «al logro de una libertad» por vericuetos incompatibles con «la paz y la grandeza de España». Don Emilio precisa: «La finalidad de tales contactos es la de quitar rigidez al sistema, ir madurando un sistema político que, en su día, pueda suceder con eficacia y garantías, a la histórica personalización del poder». Y les recuerda, con evangélica persuasión, «que el Estado de cualquier modo tiene el correctivo de la fuerza». Concluyendo con una fórmula que tiene al menos el mérito de la transparencia (y que nos recuerda ciertas declaraciones de un enlace sindical referidas recientemente en «Ruedo Ibérico»: «unos cuantos lo mueven todo. Los demás siguen como borregos. Pero que se anden con cuidado, que no nos asusta otro millón de muertos»): «Todos más o menos —dice Romero— estamos en condiciones de abrir el baúl de las sorpresas».

El 19 de abril Gerardo G. Martín pregunta en el diario barcelonés «Telexpress», aludiendo al artículo de «Pueblo»:

«¿Se conversó o no se conversó? Si hubo conversaciones Organización Sindical-C.N.T. lo correcto es que, en tas supuesto, entonces y hoy, se diera a conocer a todos los españoles».

El 21, este mismo diario recoge la información difundida por la agencia Logos que afirma en síntesis: «Efectivamente —aunque el hecho queda un poco atrasado—, de él no se dió información a la opinión pública y por eso se ha ignorado, la reunión tuvo lugar el 27 de julio del pasado año.» (Precisemos que las conversaciones se habían iniciado ya en el transcurso del mes de abril).

El «Correo Catalán», en esa misma fecha, aporta un correctivo a la aspereza del «progresista» Romero proponiendo que en vez

de abrir el baúl de las sorpresas, léase el de los truenos, se abra «el de las auténticas esperanzas». Ni que decir tiene que no cambiamos este baúl por aquél.

En días sucesivos la prensa nacional da amplia publicidad a la noticia, presentando a los antiguos cenetistas como un grupo de «ideólogos humanistas» deseosos de incorporarse a la vida nacional y preocupados por impedir que «al final del proceso evolutivo que se ha iniciado caigan los Sindicatos bajo la hegemonía del Partido Comunista».

Es preciso, a propósito de esta última frase, denunciar la burda maniobra de división lanzada por la prensa, maniobra evidentemente «inspirada», que tiende a resaltar el «tradicional» antagonismo C.N.T.-comunistas: así el 4 de mayo «Pueblo» publica las declaraciones oficiales de la Organización Sindical sobre el problema de los contactos, y alude «a la reacción de los sectores comunistas», reacción que probaría «no solamente la preocupación por este diálogo, sino una nueva oportunidad de ajuste de cuentas con sus más tradicionales enemigos dentro de la clase obrera».

El 3 de mayo insiste sobre este tema recordando a los anarcosindicalistas «que sus enemigos mortales son los comunistas, y que sobre este disenso histórico hay ríos de letra impresa y muertos por todas partes».

El 25 de abril Carlos Sentis en el *Teleexpress* comenta, en un artículo que contiene los peores relentes de la cocina tradicional fascista, la noticia de las conversaciones y explica lo que la sigla C.N.T. —y «su tinte fatídico»— evocan para un hombre de su generación. (Léase a este respecto la carta, incluida en este número, que Luis Edo dirigió a Sentis desde Madrid).

LA LEY DE PRENSA ENTRA EN APLICACION. PRIMEROS EFECTOS

EL sábado 9 de abril la nueva Ley de Prensa entra en aplicación. El diario francés «Le Monde» señala que esta ley supone un paso adelante en la liberalización del régimen, pero que «es más exacto hablar, a propósito de ella, de libertad vigilada», teniendo en cuenta las numerosas restricciones que contiene.

Los primeros efectos visibles de su puesta en marcha se advierten en dos diarios: A.B.C. publica una carta de Dionisio Ridruejo en contestación a un artículo del gobernador civil de Avila que atacaba la revista «Mañana» publicada en Paris y una crítica de «Ya» dirigida a los Sindicatos oficiales. En cuanto a la prensa extranjera sigue sometida a la censura previa: el 29 de abril es retirado de la circulación el diario católico francés «La Croix», culpable de haber publicado una encuesta sobre España de su colaborador Christian Rudel. Señalemos también la recogida y destrucción del semanario católico «Juventud Obrera».

Dentro de los límites estrechos impuestos a esa libertad «otorgada» se advierten algunas iniciativas; el diario «Madrid» lanza una encuesta bajo la pregunta; «¿Sobre qué líneas fundamentales ve usted viable la monarquía en España?», encuesta a la que contestan entre otros Francisco Labardie Otermin y Alberto Martín Artajo, ex-ministro de Asuntos Exteriores: el primero, tras declararse de formación «joséantoniana», estimando que la figura de Franco es históricamente «irremplazable» (lo cual equivale a arrinconarle al trastero, como un mueble de «estilo», pero inservible),

se declara partidario de una solución de tipo monárquico, a condición de que « ésta obtenga la adhesión del pueblo », con el correctivo de una Constitución « que garantice los principios jurídicos del orden político y asegure las bases de una convivencia de nuestro país ».

Artajo, por su parte, estima « que a España le iría bien la sabia conjugación de una monarquía y un régimen presidencial ». Señalamos asimismo una entrevista de Miguel Maura publicada en « La Vanguardia », el 14 de abril, y que provocó, como el artículo de Ridruejo, violentas reacciones en la prensa (« ¿Como es posible que se deje hablar a un hombre que trajo la República? ») A.B.C. le dedica un editorial intitulado « Sobre la forma del caos » con la siguiente conclusión: « Robustecer cuanto nos une es el principal deber ». El semanario « SP » publica una biografía de Ridruejo y le consagra un editorial cargado de agresividad.

La espita, aunque abierta con parsimonia, provoca una serie de reacciones que muestran que el futuro político español cristaliza las oposiciones latentes y que la nueva Ley de Prensa, contiene un dinamismo y crea, a pesar de todas las limitaciones y trabas impuestas, las condiciones de una situación nueva de consecuencias imprevisibles.

Por otro lado el problema de la Sucesión, tema tratado ampliamente en la Prensa, preocupa —por no decir obsesiona— a los dirigentes del Régimen. Así el Consejo Nacional del Movimiento se reúne para estudiar las futuras leyes institucionales bajo la presidencia de Solís Ruiz. Alonso Vega, ministro de la Gobernación, declara que la Ley de Sucesión está en curso de elaboración, contrariamente a ciertos rumores que indican que en el transcurso de un banquete un ministro del Gobierno, a una pregunta formulada por uno de los comensales, declaró « que no había nada previsto ».

RECRUDESCENCIA DE LOS CONFLICTOS SOCIALES

SIMULTANEAMENTE la oposición se manifiesta en varios frentes —universitario, religioso y obrero— contribuyendo a crear un clima de efervescencia social: la pluma de Romero (fiel barómetro de la temperatura política española) comenta: « Se trata —dice— de un período inicial que corresponde a los primeros asaltos del boxeo. Es un período de expectación y tanteo... en el que se tanea la capacidad de nuestro pueblo para un consumo de libertad, con un estómago no habituado a platos fuertes. »

Los conflictos que han venido sucediéndose a ritmo acelerado estas últimas semanas habrán probado a don Emilio que el pueblo español, tras un largo período de ayuno, va camino de recobrar un apetito que se anuncia sólido.

La agitación universitaria, circunscrita durante un tiempo a la Universidad de Barcelona, siendo el incidente del convento de Sarrià el « detonador » que ha provocado esta nueva ola de manifestaciones, es calificada en un principio por Fraga Iribarne de « simples incidentes carentes de interés ». Algo así como un sarampión juvenil, como esas « explosiones primaverales que se desarrollan actualmente en Roma, México y Bogotá ». Los hechos en la ocurrencia, la represión brutal ejercida contra la Universidad, contradicen las declaraciones del Ministro de la Información: arrestación de nueve delegados universitarios y del Profesor Bohigas, clausura de la Universidad de Barcelona por orden del fascista

García Valdecasas, posteriormente multiplicación de las Asambleas Libres de estudiantes y manifestaciones de solidaridad con los estudiantes catalanes en las Universidades de Madrid, Pamplona, Bilbao y Valencia.

Asimismo el primero de mayo, día de la Fiesta del Trabajo, se desarrollan en seis ciudades españolas importantes manifestaciones a pesar del enorme despliegue de fuerzas de policía: cinco mil personas manifiestan en Barcelona, varios millares en Bilbao, San Sebastián, Vitoria y Las Palmas de Gran Canaria. Señalemos también la reciente huelga de doscientos médicos del hospital-clínica de la Universidad de Madrid.

LOS JOVENES SACERDOTES «EN COLERA»

La oposición al régimen se manifiesta con vigor hasta en el propio seno de la Iglesia. El conflicto entre la alta jerarquía eclesiástica, partidaria del «statu quo», dócil y comprometida con el sistema, y ciertos sectores del catolicismo español, acusa la distancia que separa hoy día dicha jerarquía de los jóvenes clérigos, inquietos del corte —cada vez más profundo— existente entre la Iglesia y el pueblo español, y sinceramente deseosos de participar al movimiento en curso de transformación de la sociedad española.

Naturalmente estas manifestaciones quedan por ahora circunscritas a núcleos minoritarios. Señalemos no obstante la importancia del documento firmado por sesenta y dos capellanes pertenecientes al movimiento de apostolado social y dirigido a Monseñor Guerra Campos, secretario de la conferencia episcopal española: «Estimamos, declaran, que el orden jurídico-político en vigor en España no corresponde a la enseñanza de la Iglesia». «La lucha clandestina, afirman, es lícita cuando se opone al grave abuso de autoridad de un orden injusto».

Reviste igualmente gran importancia el incidente que opuso a la policía el 12 de mayo en Barcelona un grupo de ciento veinte jóvenes sacerdotes que manifestaban en favor de la liberación de los estudiantes detenidos recientemente y en contra de las brutalidades de que fué objeto Joaquín Boix, delegado del «Sindicato democrático de estudiantes» de la Escuela de Ingenieros.

La prensa extranjera, comentando el incidente, señala que la brutal represión ejercida por la policía contra los eclesiásticos «no podía haber tenido lugar de no haber recibido las fuerzas del orden instrucciones precisas del gobernador civil». Según un experto, el gobernador civil de Barcelona y los policías culpables de esta acción han sido automáticamente excomulgados en virtud de artículo 2343 del derecho canónico. La prensa, la televisión y la radio comentaron profusamente la noticia, generalmente de manera tendenciosa, recordando especialmente el treinta y cinco aniversario del incendio de los conventos ocurrido a las pocas semanas de proclamarse la República.

«Solidaridad Nacional», órgano falangista, critica violentamente a los religiosos, culpables de haber olvidado «la dignidad sublime de su estado y su gran misión espiritual». «Telexpress», escribe: «No solamente han escandalizado a la policía, sino a todos aquellos que han asistido a la increíble manifestación.» Trás de aplicarles el calificativo de «lamentables bonzos», afirma que dieron un «espectáculo digno de una película neorrealista italiana».

Retengamos a modo de conclusión el comentario publicado en «Le Monde», de Robert Escarpit, hombre poco sospechoso de complacencias clericales, y que escribe una crónica intitulada «A mi amigo el curita»: «Amigo, era preciso recordarlo: en España el cura no siempre está situado del lado bueno del palo, aunque sea con frecuencia la propia Iglesia quien maneje el garrote. Cuando cures tus heridas consuélate pensando que los que ahora te apalean en nombre de Cristo en Cataluña, como fusilaron en su tiempo tus mayores en el País Vasco, no te perdonan el haber aplicado al pie de la letra los preceptos divinos y el haber tomado en serio tu papel entre los hombres. (...) No ignoras que el Espíritu Santo se olvidó de soplar sobre mí. Ignoro si es él quien te inspira, pero no ignoro que tu boca es de las que la voz del pueblo en cólera ha escogido para gritar su rebeldía y exigir sus derechos».

EL RAPTO DE MONSEÑOR USSIA

EL viernes 29 de abril desaparece Monseñor Ussia, prelado español, consejero eclesiástico de la Embajada de España en Roma ante la Sante Sede. Durante cuarenta y ocho horas la policía italiana, alertada, trata de esclarecer el misterio de su desaparición.

Se especula primero sobre la posibilidad de un secuestro efectuado por los comunistas o los nacionalistas vascos y se excluye, afirma un diario español, «en forma rotunda», «la posibilidad de una doble vida, en un hombre de hábitos regulares que nunca tuvo síntomas de cansancio mental».

Cuarenta y ocho horas más tarde la clave del rapto de Monseñor Ussia viene de Madrid: Luis Edo, tras indicar que reaparece después de un mes de acción clandestina en la capital de España, transmite al corresponsal de la agencia France-Presse una declaración en nombre del Movimiento Libertario Español, reivindicando la responsabilidad de este acto; «Dicha operación, señala, tiene por objeto el desenmascarar las maniobras del régimen franquista, que trata de desacreditar a la C.N.T.» (alusión a la maniobra de incorporación de antiguos elementos anarcosindicalistas en los sindicatos verticales).

Luis Edo precisaría que el Movimiento Libertario Español exigiría «la liberación inmediata de todos los presos políticos españoles a cambio de la libertad de Monseñor Ussia», proclamando «su solidaridad con los obreros y los estudiantes cuya acción acelera la caída de la dictadura», y reclamando «la acción conjunta de todos los sectores auténticamente democráticos para derrocar el régimen franquista y establecer un sistema de convivencia social».

La prensa extranjera, que comenta ampliamente la noticia, evoca el rapto de Isu Elias, vice-consul de España en Milán, rapto llevado a cabo por estudiantes anarquistas italianos hace tres años con el fin de obtener el indulto de un estudiante libertario catalán, Jorge Conill Valls, condenado a muerte por un tribunal militar.

El día 3 de mayo la prensa aporta una precisión suplementaria: los secuestradores tenían, en principio, intención de secuestrar al embajador Garrigues. Una carta de Monseñor Ussia confirma «que ha sido raptado «por compatriotas». El diario «Avanti», órgano del partido socialista italiano, publica la siguiente carta, reproducida en España por A.B.C.: «Somos un grupo de anarquistas españoles

que se han visto obligados a servirse de esta estratagema para que el embajador de España ante la Santa Sede dirija una petición al Papa, a fin de que éste, a su vez, solicite públicamente al gobierno del general Franco que libere a los demócratas españoles condenados a varias penas en las prisiones de la dictadura. Nuestro objetivo es solamente obtener esta pública declaración para que la dictadura se vea obligada a acoger la petición de la Iglesia...».

El «Osservatore Romano», mucho menos presto en otras ocasiones a denunciar los atentados a la libertad, publica la siguiente nota: «El episodio no admite muchas palabras de comentario: vuelve a presentarnos métodos y sistemas no compatibles con la libertad y dignidad que, con meras palabras, tanto se invoca».

En días sucesivos, se asiste a la movilización del contraespionaje italiano y de importantes fuerzas policíacas a las que el embajador español Garrigues presta su concurso personal. El embajador hace además presión sobre el Vaticano para que intervenga cerca del Gobierno italiano y «ponga fin a las actividades de los grupos antifrancistas que pululan en Italia».

La prensa española, que da a la noticia amplia publicidad, admite que «la difusión que ha tenido el criminal hecho ha sido enorme». Fanfani, ministro italiano de Asuntos Exteriores, entra a su vez en juego señalando al embajador de España ante el Quirinal «su condena y dolor por lo ocurrido». En el Vaticano «el hecho ha producido el más vivo dolor en las altas esferas de la Santa Sede», sin que la suerte de los presos políticos de España merezca sin embargo más comentario que el ya mencionado del «Osservatore Romano» en el que el órgano oficial del Vaticano expone su curiosa concepción de la libertad.

El diario francés «France-Soir» revela el 3 de mayo que Royano e Iñigo, dos de los «responsables» de las conversaciones de Madrid, han recibido una protección discreta de la policía franquista que teme sean objeto de un atentado. Al mismo tiempo la policía intensifica sus búsquedas: «la captura de Luis Edo, afirma este periódico, es cuestión de horas».

En Italia «Il Messaggero» emite la hipótesis de una complicidad entre el prelado volatilizado y sus raptos. «Hipótesis sin fundamento, replica el «Osservatore Romano»; Monseñor Ussia es un sacerdote de una gran discreción que se consagra desde hace quince años al servicio de la Embajada.»

El 4 de mayo el ultraconservador diario francés «L'Aurore» publica las declaraciones de los responsables de la C.N.T.: Germinal Esgleas, secretario general, y Miguel Celma, secretario de Cultura y Propaganda. En Toulouse, sede de la C.N.T. en el exilio, afirman: «No estamos al corriente de este asunto. Si los autores de este rapto son miembros de la C.N.T. lo han hecho sin el consentimiento del Secretariado Intercontinental y, en lo que nos concierne, consideramos que se trata de una operación puramente negativa. En efecto no es este el momento indicado, cuando en España se está realizando la alianza de los elementos antifrancistas, para tomar iniciativas que pueden contrariar los esfuerzos de unión que se manifiestan en importantes sectores de la opinión española».

Ni que decir tiene que esta declaración constituye un nuevo argumento abundantemente utilizado por la prensa franquista y el órgano del Vaticano en esos días para desacreditar el alcance moral y político de la operación y para lanzar una violenta campaña de descrédito contra la C.N.T. y contra los autores del rapto.

En 6 de mayo el diario «Avanti» recibe una nueva misiva. El grupo «Primero de Mayo» precisa el significado que ha querido dar a su acción: «Nuestro objetivo, dicen, consiste únicamente en obtener una declaración de la Santa Sede en favor de los demócratas españoles encarcelados».

El miércoles, después de haberse revelado falsas varias pistas, de haber dado la policía italiana grandes batidas en Roma y sus alrededores, tras haber movlizado los servicios conjugados de la Interpol y de una pitonisa, una carta —la última de la copiosa correspondencia emitida por los raptos— anuncia a la Agencia France-Presse que el prelado sería liberado en uno de los grandes jardines públicos de Roma. «Para demostrar, afirman, el profundo respeto que nos inspira la libertad ajena, tenemos intención de dar un paso hacia adelante liberando a Monseñor Ussia, confiados en que el actual gobierno español, que con tanto énfasis se proclama cristiano, demuestre rápidamente por su lado su voluntad de apaciguamiento liberando a los demócratas españoles encarcelados.»

Después de doce días de detención Monseñor Ussia es liberado el 11 de mayo, a unos cincuenta kilómetros al norte de Roma. En su primera conferencia de prensa el prelado español relata las condiciones en que fué efectuado el rapto, señalando que no había sido objeto de violencia alguna por parte de sus secuestradores y que estos eran visiblemente «hombres cultivados y militantes políticos».

La prensa española daba inmediatamente la noticia de la liberación de Monseñor Ussia y la televisión, en comentario difundido el miércoles 11, insistía sobre la ineficacia de la policía italiana en sus pesquisas para hallar a los responsables del rapto.

El «A.B.C.» del 15 de mayo, en una nota fechada en Roma, anuncia que «Los secuestradores de Monseñor Ussia han abandonado Italia». «Así lo afirma un periodico romano».

ESPAÑA EN LA ENCRUCIJADA

Los últimos acontecimientos de la actualidad política española prueban que, tras un periodo de hibernación de más de un cuarto de siglo, nuestro país se halla de nuevo ante una encrucijada histórica.

La radical revisión efectuada por el propio régimen de las bases económicas de la sociedad española ha provocado —en un país caracterizado por la falta de fluidez de sus estamentos sociales— una serie de transformaciones que han dado al traste con su estabilidad.

El Estado totalitario de tipo fascista surgido de la guerra civil no tenía más objeto y más justificación que la de asegurar, con su peso coercitivo, la permanencia de una «paz social» que permitiera a la gran burguesía realizar impunemente sus grandes beneficios e imponer su dominación clasista. A partir de 1956 el Estado no se contenta con este papel de «gendarme»: aliado al capital monopolístico influye directamente en los procesos económicos y pone al servicio de aquél sus recursos y su fuerza de intervención.

Con evidente desfase —que prueba la rigidez superior de las estructuras políticas— los responsables del régimen inician, posteriormente, la transformación de las instituciones políticas al revelarse totalmente inadecuado para los nuevos objetivos del capitalismo español el marco institucional del viejo Estado totalitario.

El peligroso bache político que provocaría la desaparición de

Franco —obsesión no sólo de los dirigentes franquistas sino de los líderes de la oposición «respetuosa»— es el árbol que no debe hacernos perder de vista el hecho de que dichos dirigentes —con visión menos inmediata y más futurista de lo que sus declaraciones dejan suponer— tienen ya en cartera el marco institucional en que —con o sin Monarquía, con o sin Constitución, con o sin Parlamento y con o sin Sindicatos libres— seguirán imponiendo su dominación política.

Nos parece menos importante que enriquecer el anecdotario póstumo del dictador del Pardo el recordar que el monopolio del poder no lo ostentan hoy día los grupos malthusianos sino los tecnólogos «evolucionistas», los dirigentes sindicales y en general todos los grandes «commis» o alto funcionarios del Estado, así como los representantes de los influyentes «trusts» nacionales.

Ese «evolucionismo» inteligentemente propugnado por esta nueva capa de dirigentes no rehuye el diálogo y no vacila en practicar la política de la mano tendida con los enemigos de antaño.

Así el aumento progresivo del volumen de intercambios comerciales entre España y los países comunistas prefigura la reanudación —sugerida recientemente por el diario católico «YA»— de las relaciones diplomáticas con dichos países.

Así los ofrecimientos de diálogo de la C.N.S. con el cual el régimen pretendía alcanzar un doble objetivo: desacreditar una de las organizaciones de la oposición —en este caso la C.N.T.— y al mismo tiempo ir sentando las bases de un sindicalismo adaptado a las «realidades del sistema neocapitalista».

Así la Ley de Prensa que pone fin a la censura previa, pero que solamente permite a su propia prensa el ejercicio de la «libertad de expresión».

Así el traspaso a la jurisdicción civil de los juicios políticos, juzgados hasta ahora por tribunales militares, sin que por ello disminuya el rigor de la represión que sigue ejerciéndose contra los opositores al régimen.

Así tantas otras reformas emprendidas últimamente, cuyo carácter demagógico evidencia una voluntad de controlar eficazmente esta «evolución»: por ejemplo, la parodia de democratización del S.E.U. y la nueva legislación sobre las huelgas laborales...

En esta estrategia a largo plazo uno de los peones que juegan un papel decisivo en la maniobra es (como lo destaca E.E. Rodríguez, en su artículo) la Iglesia, que al disponer de antenas sensibles en todos los estratos del cuerpo social del país puede jugar simultáneamente la carta de la fidelidad al régimen y, al mismo tiempo —gracias a las acciones antirégimen del joven clero y de ciertos sectores del catolicismo español—, ir tomando posiciones de cara al futuro que aseguren la continuidad de su influencia y de sus privilegios.

En un momento en que el pueblo parece decidido a exigir derechos y libertades políticas que le fueron arrebatadas por la fuerza hace más de un cuarto de siglo, conscientes de esta situación y de la necesidad de denunciar unas maniobras que no tienden más que a integrar y a desmovilizar la clase obrera, creemos es preciso sumar todos los esfuerzos, todas las acciones que positivamente sirvan para acelerar la caída de la dictadura y el fortalecimiento de la voluntad popular; pero evidenciando todo cuanto pueda ser maniobra futurista de las fuerzas más directamente comprometidas con el régimen.

La flamante libertad de prensa, reservada por ahora a los opositores «blandos» al régimen, no ha permitido a los lectores españoles tomar conocimiento de dos cartas remitidas por Luis Edo, durante la estancia en Madrid, a Emilio Romero y a Carlos Sentís, cartas escritas en contestación a ataques directos contra la organización que representa. La copia de ambas cartas fue transmitida simultáneamente a la prensa del exilio, lo cual nos permite su reproducción en este número de «Presencia».

Sr. D. Emilio Romero.
Director de PUEBLO.

Sr. Director:

Ya me excusará usted que no encabeze estas líneas con el consiguiente «estimado compañero» con que, sin duda, le gratifica un grupo —afortunadamente reducido— de «nuevos amigos». Mi estado de «evolución», mi inexperiencia y la ausencia en mi existencia de historia militante «me impiden» aún de conferirle tal título.

Mas permítame, en honor a la dirección por usted ostentada de un «bien común», como es un órgano nacional de difusión e información, de usar del legítimo derecho de respuesta, por demás de actualidad acuciante con la flamante libertad de prensa.

Legitimidad que estoy en medida de esperar ver concretada con la publicación de estas líneas en su ya famosa «tercera página». Tanto más cuando ello depende de la decisión de quien, como usted, «combatió con denuedo» por la libertad de prensa.

Derecho de respuesta —digo— a un «puntillazo» aparecido en la «tercera página» de PUEBLO, con fecha 9 del corriente, bajo el título de «Nuevo viejo», firmado con seudónimo y redactado con eufemismo evasivo, en cuyo espíritu se percibe la inútil pretensión de salir al paso de la denuncia por mi hecha delante de un grupo de periodistas, el día 6 del mes en curso, con la cual queda al descubierto la desfachatez y la falta de representatividad orgánica y moral de unos cuantos ex-militantes de la C.N.T. que, bajo el denominativo de diálogo —tan en boga hoy— cubren un entreguismo vergonzoso, que de forma insuperable definió, hace ya algún tiempo, nuestro reconocido adversario y conocido falangista Sr. Suero, en las columnas de «ARRIBA».

Nuestra denuncia, no puede identificarse ni con los de la «cerrazón mental», ni con el «baúl de nuestros abuelos», ni «con ese comodo vivir a la sombra de un secretismo de cadáveres resucitados», que tiempo hace que todo eso lo venimos combatiendo, con dignidad y nobleza —como hacen los militantes— con nuestra actitud, nuestro entusiasmo y nuestra generosidad, a imagen y semejanza —oh! cuán modesta por nuestra parte!— de lo que otrora hicieron, fueron y representaron los «nuevos amigos» de Ud., hoy marcados por esa derrota espiritual, consecuencia del factor biológico. Es por ello que, parodiando el mismo «puntillazo» citado, estos amigos deberían haber acabado sus días apaciblemente y dignamente sin pretender salir del «baúl de nuestros abuelos». Como «carecemos de audacia» —así se dice en el «puntillazo»— y pese a que no poseemos en nuestro bolsillo el número de teléfono del Sr. Muñoz Alonso que no permita vernos impunemente, firmamos en Madrid y con nuestro nombre.

Madrid, 20 abril 1966.

Luis EDO.

Secretario General de la F.L. de París de la CNT en el Exilio.

Barcelona, 26.4.66.

Sr. Don Carlos Sentis.

Cuando se ejerce la profesión de periodista, cuando se pretende hacer labor de historiador, cuando, en fin, se lleva toda una vida «usando los codos» escribiendo para la opinión, debe uno hallarse siempre en medida de ofrecer más honradez profesional, más rigor objetivo y más honestidad intelectual que la que nos ha ofrecido Ud. en la primera página de «Tele-Express» en la tarde del 25 de abril.

Es evidente que cuando se aborda en historiador cualquier aspecto de la historia social y política de España no se puede ignorar la violencia, mas es hacer prueba de escasa probidad histórica y de un espíritu dogmático y partidista, no remontarse a las causas que originaron este fenómeno. Causas a las cuales una corriente cada vez mayor de personas en este país no quieren volver, pero desgraciadamente aún existen españoles que, como Ud. Don Carlos, están dispuestos a defender sus privilegios y sus intereses —creados en detrimento de los verdaderos intereses del pueblo— a sangre y fuego, bajo el manoseado encubrimiento de la «Cruzada» —mágica palabra— y en nombre de «la defensa de los valores permanentes de la Patria» que —¡Oh paradoja!— jamás en la historia se halló más a merced de los intereses y del peligro de los ejércitos extranjeros —Palomares— que hoy, bajo el mando de «insignes patriotas». Y no me venga Ud., Don Carlos, con la demagoga pamema de la «dominación roja», de la «bota de Stalin», del «peligro moscovita»; frases con las cuales se hace «cantar», con dólares sonantes, al Tío Sam, que todos sabemos aquí —y Vd. el primero— que el español por su ser natural y por convicción no aceptará jamás ese dogma... ni cualquier otro tampoco.

Pero donde nos ofrece Ud. botón desolador de indigencia intelectual —ya nos perdonará: estuvo Ud. muy violento, Don Carlos— es cuando desliza su pluma bajo el título de tres letras, C.N.T. Hubiera Ud. podido escoger otro título que cuadrara mejor con lo que ha escrito.

Cuando se aborda el tema de su título, la honestidad y la probidad de que hablábamos, obliga a referirse también a su contenido. Ud. ha pretendido limitarse a su continente, por demás, sin haberlo conseguido; como no fuese el haberselo librado de una ditirámica y violenta diatriba, que las escasas frases que reflejan objetividad no le salvan del ridículo.

En una época en que la sociedad por doquier se transforma bajo el signo del neo-capitalismo con sus métodos tecnocráticos de producción y en que la presión centralista y omnipresente del Estado, se alejan día a día del individuo, destruyendo los valores espirituales del hombre, universales y humanistas, las voces de infinidad de sociólogos, literatos, economistas, historiadores, juristas —en una palabra, todo hombre de conciencia—, se yerguen contra este peligro que pone en juego, bajo formas diferentes pero tan violentas y tan inhumanas, la existencia misma de la civilización. Y se alzan investigando y estudiando la «forma social» con que parar esa carrera en que la sociedad periclitada.

Era un tema en bandeja de oro que se le ofrecía a Ud., Don Carlos, ya que como decíamos, el contenido de su título —las tres letras— dan materia para esa investigación. Evidentemente la rémora que constituye su pasado ejerce tal influencia que le impide situarse a Vd. en el terreno de la objetividad.

Felizmente, existen en este país una pléyade de gentes, particularmente en las generaciones que no conocieron la guerra, que van entrándose en esta labor de investigación social.

Es con ellos que se puede entablar diálogo.

Uno que no conoció la guerra pero sí la postguerra,

Luis Edo, Secretario de la Federación de París de la C.N.T.

P. D. No me he atrevido a enviar estas líneas en carta abierta porque sé de antemano que no se publicarían a pesar de la flamante Ley de Prensa. A no ser que con su influencia, cubra Vd. a su colega y codirector de «Tele-Express».

POLITICA SOCIAL Y DESARROLLO ECONOMICO EN ESPAÑA

DE la observación de las diferentes experiencias económicas llevadas a cabo en diversos países y en épocas distintas, se deduce que el progreso social no es una consecuencia automática del desarrollo económico. Por eso, en la actualidad, cualquier política de desarrollo no tiene sentido si no tiene por objetivo final el progreso social. Y para que esto sea posible no es suficiente basar dicho desarrollo en variables económicas. Hay que utilizar también la política social que es necesaria para que el crecimiento económico se traduzca en un mejoramiento de las condiciones de vida del hombre.

Una prueba concreta de que el crecimiento económico no aporta por sí solo el progreso social lo tenemos en la evolución de la economía española en los últimos 30 años. Diferentes políticas económicas—todas ellas con el rasgo común de no tener un contenido social y de obedecer únicamente a las exigencias conyunturales de la oligarquía financiera, han llevado a una situación, como la actual, en la que la economía española se caracteriza por ser financieramente fuerte pero socialmente muy débil. Es decir, que el crecimiento económico no ha sido acompañado por el progreso social. En efecto no cabe ninguna duda de que el progreso social y económico de un país no consiste en tener unas reservas de divisas importantes, sino en el nivel de vida alto de su población, en el grado de instrucción de sus ciudadanos, en la labor de investigación científica y en la modernización de sus estructuras económicas.

¿Puede hablarse en España de progreso económico-social cuando la población trabajadora tiene que emigrar al extranjero para poder encontrar trabajo dignamente remunerado, cuando las cifras dedicadas a la educación son extremadamente bajas, cuando los salarios no cubren las necesidades vitales mínimas de la población trabajadora, cuando la estructura de la mayoría de las empresas agrícolas e industriales es antieconómica y anticuada? Evidentemente no. Y el hecho de que el crecimiento económico no haya dado paso al progreso social se debe a que la política económica no ha tenido en ningún momento un contenido social. Tanto en la época de la autarquía basada en la inflación —en la que los trabajadores vieron como sus salarios perdían su valor adquisitivo ante la carrera de los precios— como en la de la estabilización —en la que tuvieron que soportar en aras de las exigencias del «saneamiento financiero» la supresión de las horas extraordinarias, los despidos y el bloqueo de salarios— o en la de la reactivación —en la que tienen que escoger el camino de la emigración puesto que la «racionalización» de la economía así lo exige—, las clases trabajadoras han visto que la política económica se orientaba constante y unilateralmente en beneficio exclusivo de los intereses de la oligarquía financiera que domina al país. Por el contrario una simple ojeada a cualquier informe de uno de los cinco grandes bancos españoles muestra como los beneficios de la Banca Española han ido aumentando constantemente en todas y cada una de dichas etapas de política económica diferentes.

La puesta en marcha en 1964 de un Plan de Desarrollo Económico y Social pudiera hacer pensar que ahora sí la política económica española tiene un contenido social. Sin embargo, de la lectura de dicho Plan se llega rápidamente a la conclusión de que no tiene un contenido social.

El Plan tiene muchos defectos cuyo análisis no viene ahora al caso, pero quizás el más importante sea el gran desequilibrio que se observa entre los objetivos económicos —ampliamente detallados— y los objetivos sociales —despachados con una serie de declaraciones de carácter general—.

El Plan no prevé ninguna política concreta de redistribución de las rentas. No comprende ningún programa de reducción de la duración del trabajo, ninguna medida para racionalizar la seguridad social. Ni tiene en cuenta el papel que tienen que representar los sindicatos en cualquier esfuerzo de desarrollo. El Plan no define una política salarial y en general todas sus afirmaciones de carácter social se hacen de una forma tímida y claramente conservadora.

Parece claro, pues, que una vez más la política económica española carece de contenido social. Y esto, añadido al hecho de que el Plan no contiene tampoco una política de reforma de las estructuras agrarias, puede ser la causa principal del fracaso de la tentativa de desarrollar la economía española.

En estas condiciones, parece interesante examinar cual es la situación en los principales apartados a los que incumbe la política social. Es decir, la política salarial, la política de educación, la seguridad social y la acción sindical.

LA POLITICA SALARIAL

Desde 1939 la característica general de la política de salarios ha sido su regulación política. El Fuero del Trabajo (1938) ya preveía esta regulación que fue confirmada por la Ley de Reglamentaciones del Trabajo de 1942. Consecuencia de este control rígido de los salarios fue el que en la práctica no hubiese habido aumentos reales de los mismos, ya que cuando eran concedidos ya habían sido absorbidos por la subida mucho más rápida de los precios. Esta situación se agravó aún más con el desencadenamiento del proceso inflacionista. En 1956 y gracias a la primera ola de huelgas reivindicativas el Estado cede en su rigidez y reconoce por primera vez la posibilidad de que las empresas puedan establecer remuneraciones superiores a las mínimas fijadas por la ley. En 1958 para hacer frente a la creciente extensión de las huelgas se substituyó el sistema de reglamentaciones por el de convenios colectivos. La ley del 24 de abril de 1958 establece que los obreros y patronos encuadrados en un mismo sindicato pueden concluir convenios sobre cuadros y sistemas salariales, aunque todavía sin plena libertad, puesto que dicha ley dispone la necesidad de someter al gobierno la aprobación de aquellos convenios colectivos que podrían ocasionar un aumento de los precios.

Desde 1959 hasta la actualidad se han firmado más de 4.700 convenios colectivos que afectan al 17 % del total de la clase trabajadora. Dichos convenios colectivos sólo alcanzan el nivel de empresa, el local o el provincial. El control del Estado ha impedido que se firmen convenios colectivos a nivel nacional. Así se ha evitado que el convenio colectivo sea —como ocurre en las sociedades libres— una forma de lucha eficaz para conseguir sustituir la economía del beneficio y del dinero por la economía del interés general y que se convierta por el contrario en un factor de dominación de la clase obrera por el Estado. Como sucedió ya en la Alemania nazi y en la Italia fascista, al no existir unos sindicatos libres y al mediatizar el Estado las voluntades de ambas partes, el convenio colectivo no es un factor de liberación del trabajador, sino una pura ficción que sirve al Estado paternalista para cortar y canalizar las reivindicaciones obreras. Para que el convenio colectivo cumpla su función de estabilización del trabajo y de compensación de las desigualdades que existen en el sistema capitalista entre asalariados y empresarios es necesario que se negocie libremente y que no sea impuesto unilateralmente por el Estado. Claro que la negociación libre presupone la existencia de sindicatos libres y del derecho a la huelga, por parte de los obreros, y de la posibilidad del despido —con todas las limitaciones de carácter legal—, por parte de los patronos.

Más recientemente (17-1-63) se ha establecido en España el salario mínimo interprofesional que se fijó en 60 pts diarias. Este salario es manifiestamente insuficiente puesto que dado el alza del coste de la vida debiera ser por lo menos de 150 pts. Y aunque sólo es una parte de los obreros los que todavía tienen

por ingreso el salario mínimo hay que tener en cuenta que los retiros y pensiones se calculan para todos los obreros tomando como base el salario mínimo legal de 60 pts. Esto convierte en pura demagogia la afirmación tan aireada por la propaganda oficial de que la jubilación de los obreros españoles supone el 90 % de sus salarios.

El Plan de desarrollo establece que se ha de revisar el salario mínimo teniendo en cuenta el alza del coste de la vida. Pues bien, transcurridos dos años y pico de planificación el salario mínimo interprofesional sigue siendo de 60 pts, mientras que el coste de la vida ha aumentado en ese mismo período de más de un 23 %.

A esta insuficiencia hay que añadir la gran desigualdad de la distribución de la renta. En la actualidad las rentas salariales representan el 40 % de la renta nacional y si no se tiene en cuenta la parte del salario destinado a la seguridad social, el 36 %. Teniendo en cuenta que el tanto por ciento es en Inglaterra del 75, en USA del 71, en Francia del 62, en Irlanda del 54, en Italia del 52 y en Grecia del 46, vemos que España esta todavía muy lejos del nivel alcanzado no sólo en los países desarrollados sino también de el de aquellos cuyas estructuras económicas son más semejantes a las de nuestro país.

Esta débil participación de las rentas salariales en la formación de la renta nacional se debe al hecho de que la política de rentas españolas se limita a controlar los salarios dejando en plena libertad la evolución de las otras rentas no salariales (beneficios, intereses, dividendos, etc.) que además gozan de situaciones privilegiadas para su desarrollo, gracias al régimen monopolístico existente.

Se suele justificar esta orientación diciendo que el aumento de salarios es el principal, sino el único, factor causante de la inflación. Esta explicación dada frecuentemente por los medios oficiales y empresariales, silencia la responsabilidad de los otros factores de la producción —capital y empresa— en la generación de la inflación. La prueba está en que según datos oficiales los salarios reales han evolucionado por debajo de la productividad. (En 1964 la productividad del trabajo aumentó en un 14 % mientras que los salarios reales sólo lo hicieron en un 6 %). Por el contrario el rendimiento de los dividendos de la Banca, por ejemplo, ha crecido en los últimos seis años en un 133 % o sea un 22 % anual.

POLITICA DE EDUCACION

Es obvio que la formación educativa de los hombres es un factor determinante a la hora de realizar el desarrollo económico de un país. De ella dependen tanto el nivel profesional general de la población que ha de soportar el peso de la producción, como la labor de investigación científica necesaria para poner a la disposición de la industria y de la agricultura las innovaciones técnicas.

Por eso tiene un gran interés examinar cual es la situación de la educación en España en el momento en que se intenta planificar el desarrollo de su economía.

Según el último censo (1960) el 13 % de la población española es analfabeta (1).

Por lo que se refiere a la población activa el tanto por ciento de analfabetismo es del 10 %, siendo el sector agrícola el que cuenta con mayor número: 15 %. La formación recibida por la población activa española es la siguiente: el 1,7 % de la misma ha cursado estudios superiores, el 3,8 % estudios secundarios y el 85 % estudios primarios.

Este bajo nivel cultural se debe, principalmente, a la falta de escuelas y maestros, y al hecho de que una gran parte de la población obrera no puede permitir a sus hijos asistir a la escuela hasta el final del ciclo de estudios primarios, porque necesita enviarlos a trabajar prematuramente para que contribuyan al sostenimiento económico de la familia. En España hay en la actualidad, según fuentes oficiales, 135.000 niños —comprendidos entre las edades de 6 y 11 años— que trabajan.

La enseñanza primaria es «obligatoria» desde los 6 a los 11 años. Sin embargo, y por las causas que acabamos de exponer, el absentismo es muy grande. Según el director general de Enseñanza Primaria, el 80 % de los niños comprendidos

en el límite de la edad correspondiente a la enseñanza primaria obligatoria no termina sus estudios.

Ultimamente se estudia el paso de la obligatoriedad de la enseñanza primaria hasta los 13 años, pero ¿de qué servirá esta medida legal sino se construyen al mismo tiempo el número de escuelas necesarias y si no se solucionan las causas económico-sociales que impiden la asistencia de los niños a la escuela? Veinte años después de haberse promulgado la ley de Enseñanza Primaria que perseguía el objetivo de construir una escuela por cada 250 habitantes, nos encontramos con provincias como Sevilla en la que la densidad por escuela es de 497 habitantes o como Madrid donde es de 436.

En cuanto a la enseñanza media y la profesional la situación es muy semejante. Baste decir que el número de Institutos Nacionales de Enseñanza media es en la actualidad de 132. En 1936 con una población inferior en casi diez millones de habitantes a la actual ya existían 97 Institutos. Las necesidades actuales de alumnos de formación profesional para que España estuviese al nivel europeo se han calculado en 650.000. Pues bien, la realidad es que en 1964 el censo de matriculados era de 135.000 (comprendidos los alumnos de bachillerato normal).

La causa principal de esta situación es las escasas inversiones que se dedican a la Educación. En España sólo el 1,8 % de la renta nacional se invierte en Educación, lo que nos coloca en los últimos lugares de Europa.

La investigación científica se orienta más hacia el prestigio de fachada que hacia la eficacia. Además las inversiones en este apartado tan importante para el progreso de la nación, sólo suponen el 0,3 % de la renta nacional cuando la cifra que se estima como normal es la de un 3 %. Como consecuencia se observa una creciente emigración de los investigadores españoles al extranjero, principalmente a los EE.UU, y también el que la industria española tenga que acudir, cada vez más, a la utilización de patentes extranjeras, con el consiguiente gasto de divisas y no siempre con muchas ventajas, puesto que frecuentemente las patentes vendidas lo son porque ya han sido superadas en el país de origen y sustituidas por nuevas técnicas superiores. España ha gastado en 1965 8.000 millones de pesetas en «royalties», es decir en pagos por derechos de uso de patentes extranjeras.

El Plan de Desarrollo no analiza ni los defectos del sistema actual de educación ni estudia los métodos para subsanar sus deficiencias. Las inversiones públicas que prevé para la educación (22.858 millones de pesetas para los cuatro años, es decir una media de 5.714 millones anuales) contrasta con las que se gastan en otros capítulos: Ejércitos 28.346 millones de pesetas anuales, Ministerio de Gobernación (Policía) 17.499 millones de pesetas anuales (Cifras del presupuesto nacional para 1966/67).

Además no es muy seguro que se realicen, puesto que en 1964 —primer año de Plan— se presupuestaron para educación nacional 11.638,8 millones de pesetas y sólo se invirtieron 9.603 millones. Para la formación profesional el Plan prevé para 1964/67 la creación de 113.000 nuevos puestos de alumnos, lo que supone una media de 28.500 al año. Dejando a un lado el hecho de que la cifra programada para toda España corresponde a las necesidades de una sola provincia (Barcelona) la realidad es que en 1964 se crearon 9.300 puestos de estudios de formación profesional.

SEGURIDAD SOCIAL:

Según las últimas estadísticas disponibles (1960) la relación entre los ingresos obtenidos por la Seguridad Social y el producto nacional bruto colocan a España a la misma altura que los países más subdesarrollados del mundo. Incluso países como Malasia y Panamá presentan una relación más importante que la nuestra.

Además de su poca importancia global, la seguridad social española adolece de graves defectos de gestión y de no cumplir un fin social.

Al lado de la insuficiencia de muchas prestaciones que trae como consecuencia la proliferación de entidades privadas paralelas, se da el hecho increíble de que ciertos seguros obligatorios —Enfermedad y Accidentes— están controlados por

empresas privadas que utilizan la seguridad social con fines lucrativos. A esto hay que añadir el que la seguridad social en vez de ser un instrumento redistribuidor de la renta para beneficiar a las clases más desfavorecidas de la sociedad, es un medio que utiliza el estado para fomentar el ahorro forzoso. Así en 1958 (último año del que se conocen datos) las recaudaciones por cuotas ascendieron a 16.000 millones de pesetas, mientras que las prestaciones sólo supusieron 9.000 millones. Las inversiones públicas que se realizan con este superavit y que benefician a toda la nación son financiadas únicamente por las clases más modestas, puesto que la aportación de los empresarios a la seguridad social va incluida en el precio de venta y por lo tanto son los consumidores quienes la pagan.

ACCION SINDICAL

Tanto la política salarial, como la de educación y de seguridad social dependen fundamentalmente del Estado. Sin embargo una política de desarrollo económico-social no puede considerarse como tal si no se tiene en cuenta para su realización con la participación de los sindicatos.

Existen, en efecto, tres poderes cuyo acuerdo es necesario para llevar a cabo una política social: el gobierno, las empresas y los sindicatos. Podría decirse precisando más que en realidad existen dos poderes directos: gobierno y empresas, y uno indirecto: los sindicatos. Los dos primeros pueden por decisión propia cambiar, p. e., los salarios mientras que los sindicatos sólo pueden influir de una forma indirecta: ya sea por medio de presiones —huelga o amenaza de huelga— o por acuerdos —convenios colectivos—.

En el caso especial de España la situación es aún más simple, puesto que los sindicatos verticales no tienen ni siquiera este poder indirecto: al no representar a la clase obrera y al estar prohibida la huelga. Como además en nuestra patria en la práctica no hay independencia entre el Estado y las empresas, el resultado es que en nuestro país sólo existe un poder capaz de influir sobre la política social: las clases oligárquicas, cuya política se manifiesta por tres canales: el gobierno, los sindicatos verticales y las empresas. Al no tener ningún valor real como arma de defensa de los intereses obreros, los sindicatos verticales oficiales no han podido —si es que alguna vez lo intentaron— imponer a las empresas una política social avanzada. La clase obrera abandonada a sus propios medios se ha tenido que contentar con acciones reivindicativas aisladas, con todo el riesgo que esto supone en un país en el que la huelga está aún considerada como delito de sedición.

En consecuencia para que pueda llevarse a cabo una política social eficaz en España es necesario la existencia de sindicatos libres, lo cual supone una serie de premisas de carácter político.

Un sindicato no puede considerarse como tal si no es una representación real de los obreros que se han adherido al mismo libremente. Y sus dirigentes no deben ser los dueños absolutos de la organización, sino que deben actuar siguiendo la voluntad de las masas que representan. Única forma de que puedan garantizar una defensa real y leal de los intereses de la clase obrera frente a los de los patronos.

Un problema estrechamente relacionado con la existencia de unos sindicatos libres es el de la huelga. Esta es una de las formas más frecuentes de manifestarse el conflicto entre patronos y obreros —es decir entre el capital y el trabajo. También es la huelga, o la amenaza de huelga, la única forma de presión de que disponen los obreros en régimen capitalista para luchar por un acercamiento del salario percibido al máximo compatible con la situación económica. La historia y la situación actual comprueban que la subida de salarios nunca tiene lugar si se deja a la libre iniciativa de los empresarios, o en el mejor de los casos se concede mucho más tarde, cuando los salarios —en la carrera general de los precios— se han quedado mucho más atrás.

Como en España no existen sindicatos libres y la huelga está considerada por el Código penal como un delito contra la seguridad del Estado, los obreros españoles no disponen ni de las armas ni del derecho que sus compañeros tienen en el resto del mundo libre.

Esta situación contrasta con la necesidad que tiene España —como todos los países en vías de desarrollo— de que los sindicatos desempeñen un papel central para poder asimilar la aspiración legítima al bienestar de las clases trabajadoras con el imperativo de la construcción de la economía nacional. Pero unos sindicatos estatales o controlados por los intereses patronales no pueden representar este papel. No es pues inútil insistir en que para que el movimiento sindical pueda llevar a cabo una política social audaz, durable y constructiva hace falta que dichos sindicatos sean libres, única forma de que puedan tener la facultad de discutir las líneas generales de la política social gubernamental o empresarial para rechazarlas o aprobarlas, pero siempre con la facultad de tener libertad de decisión.

Hemos examinado brevemente los principales capítulos de una política social. Indudablemente dicha política comprende otras medidas cuyo examen sobrepasaría los límites de este artículo. Limitémonos pues a decir que la política social tiene que comprender además de la política salarial, de la política de educación, de la seguridad social y de la acción sindical, una política de la vivienda —para facilitar alojamiento asequible a las clases menos favorecidas económicamente— una política de mejora de las condiciones de trabajo: instalaciones salubres, duración del trabajo, etc., y una política de creación de puestos de trabajo para evitar la emigración.

Vemos pues como a pesar de la puesta en marcha del Plan de Desarrollo Económico y Social, la política económica española sigue sin tener una orientación social. Para que el Plan tuviese contenido social hubiera sido necesario que hubiese programado por lo menos las siguientes medidas:

—Una política de redistribución equitativa de las rentas, mediante la revisión periódica de los salarios y el establecimiento de la escala móvil de salarios y una política fiscal progresiva que permitiese una transferencia de rentas, precisamente a través de una seguridad social más perfecta;

—Una revisión de la seguridad social, unificando los distintos seguros sociales y suprimiendo la intervención de las compañías privadas que hacen del seguro social obligatoria una fuente de lucros comerciales. Aumentar las prestaciones, principalmente de los ancianos retirados y parados, extendiendo el seguro de paro al sector agrícola.

—Una política salarial que garantice, además del salario móvil, un salario mínimo suficiente para satisfacer las necesidades vitales indispensables de la familia obrera y que actualmente, dado el aumento del costo de la vida, no puede ser inferior a 150 pts diarias.

—Una política de educación que ponga fin a la desigualdad de posibilidades entre los españoles y que permita la promoción social de las clases más modestas, y que desarrolle la formación profesional, especialmente en el sector agrícola.

Indudablemente, para realizar una política social de este tipo, sería necesario que en la elaboración del Plan de Desarrollo intervinieran los representantes de todos los sectores de la nación, y principalmente los de los trabajadores que son la base principal de cualquier esfuerzo de desarrollo económico.

En las condiciones actuales esto es imposible puesto que dicha participación significaría que la elaboración del Plan fuese democrática. Y como las instituciones políticas españolas no tienen este carácter, mal lo pueden tener los planes económicos que aquéllas elaboren.

La falta pues de orientación social de la política económica se debe exclusivamente a factores políticos. Mientras siga habiendo en nuestro país una dictadura política, la economía seguirá orientándose en favor de las clases oligárquicas que la sostienen. Sólo cuando nuestro país esté gobernado democráticamente podrá elaborarse una política económica con contenido social. En ese caso su preparación será la obra de los representantes de los sindicatos libres y demás estamentos de la nación. Dichos representantes se encargarán, además, de controlar dicha política económica y hacer que se oriente en función del interés común nacional, y no como viene sucediendo hasta ahora en beneficio exclusivo de las clases oligárquicas.

MACRINO SUAREZ

¿La Iglesia en las barricadas?

DONDE SE HABLA DE ESTRATEGIA, DE RATAS, DE SOCIALISMO DERECHISTA Y DE CURAS MARTIRES

LA noticia de que, hace escasas semanas, una manifestación de sacerdotes fue dispersada violentamente por la policía armada barcelonesa, ha suscitado general emoción. El hecho cobra aún mayor relieve si se tiene en cuenta que el motivo de la manifestación era protestar contra los malos tratos de que había sido víctima, por parte de la policía, un delegado estudiantil.

No han faltado los comentarios —algunos de ellos conmovedoramente líricos y enternecedores—, que vienen a añadirse a los que provocaron, en su hora, otros dos hechos también recientes: el «asedio» del convento capuchino de Sarriá y el movimiento de protesta organizado por «la base» del catolicismo catalán contra el nombramiento del nuevo coadjutor del obispado de Barcelona.

¿Sopla en la Iglesia española un viento de fronda? ¿Nos hallamos quizás ante el nacimiento de una cruzada católica en pro de la libertad y el derecho? ¿Ha descubierto el catolicismo español una nueva vocación de justicia?

TAMBIEN LAS RATAS TIENEN SU ESTRATEGIA

No puede negarse que la táctica de la Iglesia católica, en el mundo entero, ha sido y sigue siendo hábil. Reaccionarias en regímenes reaccionarios, liberales cuando el liberalismo ocupaba el poder, intolerantes cuando la intransigencia se había erigido en principio político, las jerarquías católicas nacionales han sabido siempre poner su reloj de acuerdo con la hora oficial.

Pero no se trata solamente de eso: porque, además de tal mimetismo cómodo y seguro, la Iglesia ha tenido también la suprema habilidad de mantener en su seno una sutil coexistencia de dos alas de contenido aparentemente divergente. A primera vista polos opuestos, ambos obedecen en realidad a una misma exigencia: asegurar el papel determinante de la Iglesia, mantener su influencia, conservar sus privilegios.

Cada vez que los acontecimientos políticos de un país evolucionaban claramente en un sentido, el catolicismo nacional daba paso al ala más identificada con el bando político o social que encarnaba el nuevo poder. No faltan ejemplos de esa habilidad, y quizá los más gráficos podrían encontrarse en distintos países sudamericanos, en los cuales las iglesias respectivas supieron estar siempre con el vencedor, cediendo y ocupando terreno a medida que las luchas políticas se iban clarificando.

Idéntica estrategia se hizo evidente en el plano internacional. Pío XII fue la encarnación de un largo periodo anti-liberal y claramente reaccionario. Juan XXIII inició un sutil cambio de frente, y Paulo VI vino a coronar esta última operación, adaptándose a un mundo en que el conservadurismo más fanático se disfraza con la piel de cordero y en que nadie acepta la etiqueta de derechista.

El objetivo de la Iglesia es simplemente PERMANECER. Dicho de otra forma, conservar y aumentar sus posiciones y sus conquistas. De ahí la habilidad que demuestra disponiendo constantemente de dos polos, derecho e izquierdo —valgan estos rótulos, de una valor meramente indicativo—, a los que se da paso de acuerdo con las conveniencias políticas del momento y con las oscilaciones del mercado nacional e internacional.

El catolicismo, hay que reconocerlo, conoce a fondo la ciencia de los cambios tácticos. Pío XII descubrió los horrores del nazismo tras el derrumbamiento de Hitler y Mussolini; y si aceptó el fascismo, alentándolo sin escrúpulos durante tanto tiempo, le regateó su apoyo cuando la coyuntura internacional demostró que había pasado la hora del eje Roma-Berlín. Así como las ratas abandonan apresuradamente el barco que está a punto de hundirse, así como los cómplices de ocasión suelen delatar, cuando ven la partida perdida, a aquéllos con quienes colaboraron estrechamente, la Iglesia sabe cuando llega la hora de arriar bandera y enarbolar la que mejor se adapta al futuro inmediato.

LA ECONOMIA Y LA CAMPAÑAS PUBLICITARIAS

La Iglesia española, evidentemente, no es una excepción. Durante 30 años, la jerarquía católica se ha identificado plenamente con el régimen, sin permitir en ningún momento el menor asomo de disformidad o de crítica. La estabilidad de Franco en el poder no ofrecía dudas, y por lo tanta resultaba inútil cualquier maniobra tendiente a asegurar el futuro. El futuro, precisamente, parecía quedar garantizado mediante la identificación absoluta con el poder.

Pero la Iglesia no puede sustraerse a la evolución de la vida económica española, no puede permitirse el lujo de jugar al escondite con la realidad inmediata. La Iglesia, antimarxista por excelencia, espiritualista por definición... se ve empujada a pesar suyo por la fuerza de la economía, que no cree en los espíritus. Y le es imposible, por lo tanto, mantenerse al margen de una estructura que evoluciona. Dicho en otras palabras, la Iglesia se ve obligada a vivir su circunstancia histórica, que no está determinada precisamente por el espíritu santo.

La burguesía española, en período de pubertad, necesita horizontes que el régimen actual no sabe ni puede darle. De ahí que esa burguesía se haya convertido súbitamente en «liberal», volviéndose hacia Europa y ansiando aires nuevos. Quizá los historiadores de mañana evocarán ese cambio pretendiendo ver en él una motivación ideológica y esforzándose por atribuir su nacimiento a la influencia de filósofos y pensadores. ¡Es tan tentador idealizar la historia! La realidad, mucho menos poética, es bien distinta: la burguesía española se ha hecho europeísta simplemente por razones de índole económica, aunque no pasará mucho tiempo sin que pretenda adornar tal conversión con ropajes ideológicos.

Y bien, ¿qué tiene que ver la Iglesia española en todo esto? Sencillamente, la Iglesia española ha intuido la nueva situación que se plantea. Ha intuido —por algo es hija predilecta de la burguesía— que la hora oficial ha variado y que le es necesario, en consecuencia, adaptarse al nuevo horario. ¿Por qué, entonces, no recurrir a su ya conocida estrategia de las dos alas?

Estamos asistiendo a una gigantesca operación publicitaria destinada a lanzar un nuevo artículo en el mercado español: la democracia cristiana. El lanzamiento cumple las exigencias de la mejor sicología publicitaria. Hace dos años y medio, se realizó ya una especie de sondeo de la opinión pública; nos referimos a la revista «Cuadernos para el diálogo», inspirada y dirigida por Joaquín Ruiz-Giménez, ex ministro franquista de Educación Nacional. La aparición de la revista significó, en su hora, una etapa de tanteo, con la puesta en circulación del primer slogan publicitario. Se

lanzaba al público lo que iba a ser una marca de prestigio, destinada a contar con un apoyo cada vez más sólido por parte de la Iglesia. El producto se ofreció primero tímidamente, sin bombos ni alharacas, pero sabiendo que poco a poco se iría aumentando la inversión publicitaria.

El convento capuchino, la movilización católica contra la designación del coadjutor no catalán y, últimamente, la manifestación de sacerdotes disuelta a golpes de porra por la policía barcelonesa, constituyen fases progresivas de una planificación publicitaria. Planificación que está en vías de desarrollo y que nos deparará en un futuro próximo nuevos episodios. Asistiremos al nacimiento de un nuevo mito, tendremos curas mártires, tendremos héroes revolucionarios con sotana, tendremos pastores de una grey evangélicamente liberal, tendremos santos y místicos socializantes.

SINCERIDAD Y COLCHONETA

Ahora bien, el problema es más sutil de lo que a primera vista parece. Hay que evitar el riesgo de caer en una excesiva simplificación, como sería creer que se trata de una maniobra burda y grosera en la que todos —organizadores de alto nivel y ejecutantes— están inspirados por un maquiavelismo convencional.

El problema se plantea en unas condiciones mucho más complejas: asistimos —no hay que olvidarlo— a una representación de profesionales y no de simples aficionados. Y los actores se identifican con los personajes: porque, indudablemente, entre los ciento cincuenta sacerdotes que manifestaron ante la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, habría muchos —quizá todos— que eran sinceros en su movimiento de protesta. Como son sinceros los jóvenes sindicalistas católicos que se declaran contrarios al régimen franquista.

El hecho no quita que nos encontremos frente a una estrategia consciente y dirigida desde arriba: se da paso al ala izquierda, se enciende la luz verde para que pueda avanzar —por ahora tímidamente, sin patrocinio oficial— la corriente liberaloide. La operación político-religiosa tiende a garantizar el futuro de la Iglesia española.

No hay que olvidar, por lo demás, que las altas jerarquías católicas siguen adoptando —¿por cuánto tiempo?— una posición firmemente reaccionaria. Por el momento, la Iglesia no desea comprometerse de una manera definitiva con una toma de posición que significaría un brusco cambio de frente. Utiliza sus peones —peones que, como antes decíamos, son subjetivamente sinceros—, a la espera de que la situación madure y permita enarbolar pública y oficialmente la bandera del liberalismo.

En una palabra, se está elaborando cauta y pacientemente «la colchoneta». El término es de Miguel Maura y constituye un verdadero acierto de precisión gráfica. «La colchoneta» es el amortiguador donde van a estrellarse —al menos, donde se pretende que vayan a estrellarse— las ansias revolucionarias. La burguesía, y con ella la Iglesia, trata de fabricar ese mullido colchón que frene y haga morir mansamente la fuerza de las reivindicaciones y los anhelos populares, y gracias al cual quedaría garantizado un cambio político sin dolores ni riesgos.

Si la Iglesia no es capaz de crear su «colchoneta», sabe que sería harto difícil conseguir que mañana quedara olvidada su alianza total y absoluta con el régimen. Por lo tanto, se esfuerza ahora en dar vía libre a su ala izquierda, con el fin de que ésta se convierta poco a poco en un amortiguador capaz de abrirle un nuevo camino hacia el futuro.

HACIA UN FRANQUISMO SIN FRANCO

No faltan, en los medios de izquierda, quienes consideran que este eventual cambio de frente por parte de la Iglesia española supone, no sólo un fenómeno positivo y alentador, sino que abre también nuevas

posibilidades a la propia izquierda, robusteciéndola y asegurándole una mayor influencia para el futuro.

El socialismo, se arguye, contará con nuevos aliados y perderá uno de sus clásicos enemigos. La Iglesia evoluciona, la Iglesia comienza a liberarse del anquilosamiento que la caracterizaba en materia social, y es posible, por lo tanto, encontrar un terreno de acción común en la lucha por la transformación social.

Esta actitud, por parte de la izquierda, evidencia una pasmosa ingenuidad respecto a la verdadera esencia de la democracia cristiana: basta analizar la trayectoria de ésta, durante los últimos treinta años, para darse cuenta que, en todo el mundo, su objetivo determinante ha sido mantener la estructura social y jugar al escondite con las transformaciones profundas. Pero hay algo peor: tal actitud, en la izquierda, revela una total confusión en cuanto a los auténticos objetivos de la propia izquierda.

Aun a costa de caer en perogrulladas, conviene tener en cuenta, antes de preguntarse cuál es la verdad de esa «liberalización» de la Iglesia, cuáles son en realidad los objetivos que la izquierda se fija a sí misma.

Y entonces el problema queda claramente planteado: si la izquierda se limita a propugnar cambios a un nivel meramente político; si se conforma con pretender dar una simple mano de pintura a la fachada del régimen; si también ansia —consciente o inconscientemente— una «colchoneta» donde vayan a morir los anhelos de auténtica renovación, entonces sí puede encontrar un nuevo aliado en la democracia cristiana.

Porque lo que ésta pretende es precisamenet eso y no otra cosa. En consecuencia, no tendrá inconveniente alguno en dar la mano al socialismo de bastón y chistera, a la izquierda derechista de declamaciones pseudo-revolucionarias, a los sindicalistas que han descubierto las mágicas virtudes de una pretendida sociedad de la abundancia.

La etiqueta de antifranquismo, por sí sola, poco a nada significa; y menos aún cuando se trata de una postura adoptada con más de un cuarto de siglo de retraso. Ser antifranquista y defender al mismo tiempo una estructura económica que hizo posible el régimen, significa aceptar todo lo que éste tiene de absurdo y de injusto.

Porque Franco es simplemente la expresión, la fachada, de un sistema que se define esencialmente en lo económico. Y lo que necesita ser modificado a fondo es justamente ese sistema, modificación que no se conseguirá cambiando un nombre ni renovando un equipo ministerial. Conservar la estructura básica mediante compresas calientes o dosis masivas de antibióticos, dejando en pie su razón de ser, es tarea ideal para los católicos «a la moda», para los demócrata-cristianos de nuevo cuño, ansiosos de dar paso a una situación que será simplemente un franquismo sin Franco. Pero no para una izquierda que tenga algo de izquierdista.

¿PODRAN LAS RATAS ABANDONAR EL BARCO?

La ofensiva «liberalizadora» de la Iglesia es un hecho que no debe subestimarse. Esto significa que la maniobra debe ser denunciada, puesta en evidencia y desenmascarada. Pero no basta la denuncia verbal. Es necesario actuar de manera que se haga flagrante el carácter hipócrita de esa pretendida democratización de la trayectoria católica.

Hay que obligar a la Iglesia española, a los militantes católicos, a los sacerdotes que acaban de descubrir que España es una dictadura —y que han protestado contra los malos tratos policiales que sufrió un estudiante, pese a haber ignorado durante treinta años que la policía torturaba sistemáticamente a cientos y miles de obreros—, hay que obligar a todos ellos a definirse de una manera clara e inequívoca respecto a sus verdaderas metas y sus verdaderos fines.

La maniobra estratégica del catolicismo fracasará en la medida en que las fuerzas revolucionarias —las individualidades revolucionarias, para ser más precisos— sean capaces de crear situaciones que obliguen a la Iglesia a pronunciarse sin subterfugios. Si la izquierda se mantiene inmóvil y a la expectativa, quemando incienso en el altar de la coexistencia o en el de los principios sacrosantos, el catolicismo podrá preparar sin prisas, paso a paso, marcando el ritmo a su antojo, la «operación colchoneta». A la par del régimen, o quizá adelantándose ligeramente a él, la Iglesia abonará el terreno de mañana en beneficio de sus propios intereses.

No se trata —¿hace falta aclararlo?— de propugnar una revolución social para mañana. Esta, como diría Kipling, es otra historia. Se trata de interferir la vasta planificación estratégica del catolicismo oficial, mediante acciones individuales que la Iglesia no pueda darse el lujo de ignorar y que la fuercen a definirse. Quizás de esta interferencia dependa el éxito o el fracaso de la maniobra publicitaria que pretende introducir en el mercado una vieja marca con etiqueta nueva.

Depende de nosotros, pues, que la Iglesia consiga poner su reloj a la hora oficial. Depende de nosotros que las ratas tengan tiempo de abandonar el barco que se hunde.

EDGAR-EMILIO RODRIGUEZ.

El Arzobispo de Barcelona apoya implícitamente la acción de los curas catalanes

«Madrid, 31 mayo.— El arzobispo de Barcelona ha roto el silencio que guardaba sobre los incidentes que habían envuelto la manifestación de curas del 11 de mayo. El domingo, en la Hoja dominical que edita la comisión diocesana de prensa, se puede leer: «Algunos órganos de opinión han creado, conscientemente o inconscientemente, un clima hostil a los curas al asignar a su acción motivos antirreligiosos o arreligiosos, sin mencionar la represiones de que han sido víctimas los manifestantes y, en fin, al no dar las razones positivas que los habían conducido a tomar esa decisión». El periódico se refiere en seguida al motivo principal de la manifestación, es decir a la condenación de los métodos violentos, y añade que conviene señalar todos los objetivos de la manifestación, entre otros «una estructura adecuada de la Universidad, una representación verdadera de los estudiantes en el seno de las asociaciones universitarias».

«Este editorial ha sido publicado sobre un tiraje de cincuentamil ejemplares, mientras que el tiraje normal de la Hoja dominical es de ciento treintamil ejemplares. En muchas parroquias han juzgado preferible de no insistir sobre estos acontecimientos.»

Hasta aquí el despacho de prensa publicado por el diario francés «Le Monde». Poco podremos agregar a esta noticia que no confirme la tesis desarrollada por E.E. Rodríguez en su artículo, ya que si bien es cierto que poco a poco la Iglesia española va adoptando una posición más claramente de oposición al régimen que fatalmente tiene que desaparecer, no lo es menos la forma «prudente», sin prisas en que este cambio de actitud se va produciendo. Esta «falta de prisas» de la Iglesia por acelerar la «liberalización» del Estado totalitario español es algo más que un apego a su tradicional conservadurismo, es una estrategia bien estudiada para no perder en el cambio ninguno de sus privilegios ni de sus posiciones prepotentes conquistadas gracias a la «cruzada» franquista.

VISPERA DE ENTIERRO

NOS encontramos, a no dudar, en vísperas de un entierro: el del régimen franquista, ¿Entierro coronado, o sin corona? Eso ya es más hipotético. Pero, sin que tal cuestión sea desdeñable, no es ese el problema más importante que hoy se plantea al conjunto de sectores adscritos al antifascismo clásico. El problema más importante para ellos consiste en saber si asistirán al entierro del franquismo como actores, o como simples espectadores. Y consiste también en saber cual es la orientación y la línea de conducta que se proponen seguir, en una y en otra de las hipótesis, en vista de reconquistar la confianza y las simpatías del pueblo español.

En infinidad de ocasiones he dicho —y hoy repito— que el porvenir de los partidos políticos y organizaciones sindicales a que antes me refiero dependería, en gran parte, del grado de participación que tuvieran en la acción de derribo del régimen imperante en España. Las oportunidades para participar eficazmente en esa acción de derribo, sin que hayan sido numerosas, es indudable que se han presentado. A raíz de la liberación de Francia y del final de la última guerra mundial, pongamos por caso. ¿Y qué es lo que dichos sectores han realizado para ser motor en la acción de derribo de la tiranía franquista? Bien poca cosa, salvo honrosas excepciones; y, aún en estos casos, no han pasado de intentos loables, sin transformarse nunca en acción eficaz. En realidad, los sectores que —unidos— combatieron al fascismo español en el período 36-39, no han sabido preservar la unidad de acción indispensable; la que, por otra parte, constituía la mejor garantía de éxito. Y ello porque en lugar de limitar el objetivo común a la acción de combate contra la dictadura —que es lo que en realidad les unía y puede unirles— han puesto siempre por delante —le ponen aún— los recelos que derivan de acciones pasadas y los objetivos partidistas que cada uno de esos sectores tiene fijados de cara al futuro. Han tenido presente el ayer y el pasado mañana, pasándoles por alto el HOY y el MAÑANA inmediato. Obsesionados por la idea de preservar su futuro exclusivo, no han caído en la cuenta que dicho porvenir formaba cuerpo común con el de sus vecinos y convecinos y que el de todos juntos dependía en gran parte de la participación que tuvieran en la acción de derribo de la dictadura. Es este un error que va a pagarse muy caro, pues de él arranca la causa que determina que los sectores del antifascismo clásico no hayan hecho nada decisivo para precipitar la caída del régimen franquista. En conjunto, nada en absoluto. Por separado, muy poca cosa. A lo sumo, por parte de alguno de dichos sectores, llevar a cabo alguna que otra acción de hostigamiento, sin continuidad ni resultados prácticos. Fuego de virutas, no más. Al margen de eso, ¿qué es lo que se ha hecho? Proferir amenazas que no podían ser cumplidas; establecer proyectos de actuación que, ni se tenían los medios para aplicarlos, ni había la menor intención de ponerlos en práctica más que por parte de una reducida minoría, cuyos componentes debían ser calificados más tarde de irresponsables y de perturbadores de la paz orgánica. Mecerse en la creencia de que no hay nada nuevo bajo el sol; que estábamos de vuelta de todas las cosas; que todo estaba previsto; que los otros eran unos pobres pigmeos sin medida común con el sector que así pensaba. Y, sobre todo, lo que sí se ha hecho es teorizar acerca de lo que será la vida en el «paraíso» y sobre la forma en que podrán franquearse sus puertas. Franquearlas solamente; no llegar a ellas, que

es lo más importante. Mientras tanto, los otros sectores, todos los otros no comprendidos en la imagen que acabamos de describir, no realizaban labor más eficaz. Nada hacían si no es esperar que se cumpliera el «milagro» por obra y gracia de la acción diplomática; votar y hacer votar mociones de condena al franquismo y de solidaridad con el pueblo español, mociones puramente simbólicas que quedaban convertidas en papel mojado; y, a lo sumo, concertar pactos y alianzas sin ninguna trascendencia. Sin trascendencia, digo, porque la U. de F.D. —para referirnos a algo concreto— no está dotada de un órgano político calificado que garantice la sustitución del régimen franquista: porque no tiene definido un plan de lucha capaz de acabar con dicho régimen; porque no tiene elaborado un programa político, económico y social aportando soluciones a los más graves y urgentes problemas del país; porque su «programa» se limita a propiciar una solución política provisional en lo que concierne a las libertades públicas y a la institucionalidad del nuevo régimen. Y, pese a que la solución del problema español sea en primer término política; pese a que la solución de todos los demás problemas tenga que pasar por dicha solución política, limitarse a lo que se limita la U. de F.D. resulta insuficiente e intrascendente. No puede despertar interés y menos entusiasmo en el pueblo. Al metalúrgico, al albañil o al campesino que no llega, por más que se esfuerce, a satisfacer las necesidades más perentorias de su hogar, no le preocupa enormemente la conquista de las libertades públicas. Le preocupa en primer término la solución a sus problemas materiales, sin cuya solución, o atenuación, las libertades públicas serían para él una casaca imposible de endosar. El balance es triste y, por demás, negativo. ¿Responsables? Todos sin excepción, en mayor o menor grado.

Abordemos ahora otro aspecto del problema. ¿Están en medida, los sectores a que nos venimos refiriendo, de enderezar el entuerto? Tengo la firme convicción de que es demasiado tarde; de que eso no es ya posible. Hasta hace pocos años aún lo era; actualmente, no. La acción inexorable del tiempo, la imposibilidad de renovar sus cuadros y las querellas intestinas, han debilitado de tal modo a los sectores del antifascismo clásico, que hoy no tienen ya capacidad reactiva para salir del círculo cerrado —y vicioso— en que se encuentran. Y, como por otra parte han surgido mientras tanto, en España, fuerzas de oposición nuevas, adaptadas a las necesidades y a la mentalidad del país, y que fuertes grupos de presión que apadrina el Capital, el Ejército y la Iglesia, o por lo menos la parte de estas instituciones que ha llegado a la conclusión que la situación actual es insostenible y que hay que poner España a la hora europea, juegan a fondo en favor de esas nuevas fuerzas de oposición, es casi seguro que los sectores del antifascismo clásico no podrán ya ser determinantes en la caída del franquismo y que habrán de asistir al entierro del régimen que asola España, poco más o menos, como simples espectadores.

¿Quiere este decir que, en consecuencia, el porvenir de dichos sectores está definitiva y totalmente comprometido? En parte, así es. Pero en parte solamente. Soy de los que piensan que aún queda alguna salida. Esa salida pueden encontrarla, los sectores del antifascismo clásico, a condición de saber calibrar las posibilidades que ofrezca la nueva situación post-franquista; a condición de que tengan la visión y la gallardía de renovarse, de ponerse al día, de poner en práctica el famoso «aggiornamento» que por necesidad imperiosa hoy tienen que practicar todas las corrientes políticas, sindicales y religiosas de Europa. España no puede ser excepción a esa regla; y los sectores políticos, sindicales y filosóficos españoles, por muy puritanos, por muy ortodoxos, por muy consecuentes que se pretendan, tampoco. Al contrario, un país que, como España, va a salir de un túnel largo de más de un cuarto de siglo, tiene más necesidad que ningún otro de renovarse y de ponerse al día, y los sectores a que nos referimos habrán de tenerlo en cuenta, tanto en la proyección de sus objetivos, como en las tácticas a emplear para alcanzarlos.

J. BORRAZ.

PERSONALIDAD DEL ANARQUISMO

A FIRMAR que el anarquismo hace marxismo a pesar suyo es embarullar las cosas. Ambas doctrinas han nacido de las preocupaciones de una misma época. Revolucionarias, económicas, humanistas, científicas si se quiere. Y, por encima de todo, subjetivistas. El marxismo no inventó la lucha de clases. Ni el materialismo histórico. Ni la filosofía dialéctica, su más profunda categoría. El anarquismo hizo y hace suyas algunas de estas premisas a las cuales imprime su propio estilo. Inferir de esto la subordinación del uno al otro es absurdo. Cada cual sigue su rumbo.

Tanto el uno como el otro se acercan, se cruzan y se separan como los barcos en alta mar, que van de puertos distintos a puertos diferentes.

La lucha de clases nació parece en el fondo del Océano, con los primeros rudimentos de vida. Se propagó a tierra firme con el primer anfibio y escaló la cumbre de la animalidad con el homo sapiens. Apurando las cosas los naturalistas de la época heroica, con su lucha por la existencia, serían los clásicos de Marx. Las investigaciones de Darwin dieron lugar a un darwinismo social. Que va de Huxley a Malthus y pasa por Hobbes. El darwinismo social, para sarcasmo, inspiró a los filósofos del capitalismo. En el darwinismo social vence el más apto, el más apto es el más fuerte. En el manifiesto de la Internacional, escrito por Marx, se dice: «Proletarios de todo el mundo, uníos». Que equivale a decir: «Débiles de todo el mundo, uníos para derribar al más fuerte». A la victoria del más fuerte, como factor de la evolución, el ruso Kropotkin había opuesto sus observaciones directas de «apoyo mutuo». El sindicalismo moderno ha hecho suya la divisa más simple: «La unión hace la fuerza».

Pero en la lucha de clases marxista el capitalismo será vencido no por un proletariado más fuerte o más unido sino porque está escrito en los astros. El proletariado de Marx es como la grey judaica: una clase escogida. De todas maneras Marx debe más a la ciencia de su tiempo que a su propia genealogía racial.

La ciencia del tiempo de Marx es más subjetiva que objetiva. Los científicos eran como chicos con zapatos nuevos. La ciencia era joven, eufórica, extremista. Los años le daban más asiento. El último grito era entonces el materialismo y el determinismo. Hegel y Buchner le habían robado el trono a Dios y gobernaban la Inteligentzia en régimen colegial.

El socialismo científico de Carlos Marx es científico según la ciencia del siglo XIX, que era militante, comprometida. Engreído de esta ciencia Marx trató de socialismo utópico todo el que no encajare con el suyo. Marx declamaba como un inventor del socialismo. Oyéndole exaltar la lucha de clases nos vienen en mente los soflamas castrenses del general prusiano Moltke: «La paz perpetua es un sueño —aseveraba Moltke—, no precisamente un bello sueño, y la guerra constituye un elemento de orden divino del Universo».

Para el filósofo Hegel todo lo real es racional (necesario, fatal). Su panlogismo, dijo Camus, es la justificación del estado de hecho. El mal, a fin de cuentas, sería el bien. En términos de ir por casa dice nuestro refranero: «No hay mal que por bien no venga». La afinidad de los contrarios, la ley del contraste, sal de la vida, vendría a ser lo mismo. La profecía marxista se apoya en el punto de vista dialéctico. Científicamente la dialéctica es discutible. Para el filósofo griego dialéctica es un método de razonar. Hegel hizo de ella una filosofía pedante. Marx la situó en el centro de su cosmogonía socialista.

Este Universo marxista tendría una finalidad. Lo que probablemente no es el caso del Universo real, según la ciencia del siglo XX. El socialismo de Marx

es sólo científico según la ciencia del siglo XIX. Hasta el presente el Universo no ha descubierto su finalidad. Contemplando el Universo de tejas arriba lo que salta a la vista es su indiferencia por lo que ocurre de tejas abajo. Parece que la finalidad es producir y conservar la vida. Más también podríamos afirmar que el fin de la vida es la muerte. Si todos los seres parecen destinados a vivir no es menos evidente que en última instancia mueren. Mientras afirman la vida, viven matando. ¿La finalidad de la vida sería el hombre? Cuestión de nuestro inveterado antropocentrismo.

Ya en el siglo pasado escribía Guyau: «El mundo no tiene en absoluto su fin en nosotros, de la misma forma que nosotros no tenemos en él un fin fijado de antemano. Nada hay fijado, arreglado y predeterminado, no hay ninguna clase de adaptación primitiva y preconcebida de las cosas. Esa adaptación supondría ante todo un mundo ideal existente con anterioridad al mundo real; después, un **demiurgo** disponiendo las cosas conforme a un plan dado, como hace un arquitecto».

Contra el «socialismo utópico» el marxismo propone su ciclo dialéctico de la historia. Que es una planificación del proceso evolutivo socialista. Todos los detalles están dispuestos de antemano y se cumplen inevitablemente de acuerdo con una finalidad suprema: el triunfo del proletariado. El «marchitamiento» del Estado como consecuencia de la supresión de las clases —efecto del genocidio antiburgués— ha sido objeto de una rectificación de puntería: el colector de la herencia de la lucha de clases sería el Estado mismo, acaparando todo el socialismo.

Cada uno a su manera marxismo y anarquismo creen o creyeron en una misión de la clase obrera y en la «bancarrotita del sistema capitalista». El anarquismo ve más allá. Ve al Estado alzándose con la herencia del capitalismo y asumir en uno ambos despotismos. De ahí que reclame, también, la ejecución del Estado. Marx y Engels —y un poco Lenin—, con el juego de la dictadura del proletariado, confirmaban al Estado a título de provisionalidad. Ya quedó dicho que rectificaron el tiro a retaguardia.

Aunque Kropotkin expuso serios reparos a la batalla biológica llamada «lucha por la existencia», veía cumplirse el anarquismo como un teorema científico. Grabada en mármoles y bronce tienen muchos anarquistas la frase de Bovio: «Anárquico es el pensamiento y hacia la Anarquía va la historia». La escuela malatestiana abominó de tan gratuito obsequio.

Los nihilistas rusos empezaron quemando incienso en el altar de Hegel para terminar repudiándolo públicamente. Sin embargo, Netchaiev, el gran conspirador ruso amigo de Bakunin, creía que la intangibilidad del zar y de Trepov, manteniendo vivo el espíritu de rebeldía, servía la causa de la revolución. Quizó se deba a esto el que los comunistas no apliquen la táctica nihilista. Los comunistas españoles no sólo se abstienen del terrorismo sino que califican de provocadores a los anarquistas que emplean esta táctica.

Esta actitud tiene un cierto sentido dialéctico: el mal sirve para el bien. Durante el drama español el stalinismo hizo lo imposible por que la República perdiera la guerra. So pretexto de que ayudaban a ganarla. Después de la segunda guerra mundial el Kremlin hubiera podido reclamar a Franco como criminal de guerra. Poniendo en un brete a sus aliados. Pudieron, también, reconocer oficialmente el gobierno republicano del exilio. Oponerse al reconocimiento del franquismo en la ONU. Lo único que hicieron es conservar a Franco y su régimen como la mejor plataforma de su propaganda. Contra los americanos y para el desarrollo de su propio partido. La presencia de Franco en el Pardo es el mejor foco de propaganda comunista.

En 1873 se proclamó la primera república española. La internacional, perseguida por la reacción posterior a la «Commune», salió de las catacumbas. Hubo accidentes graves en Alcoy. Los mismos republicanos desencantados se lanzaron a la acción directa proclamando los cantones. Engels increpó duramente a los anarquistas llamándolos irresponsables e ignorantes. Los españoles —que no tenían la obligación de conocer el catecismo marxista— se habían saltado a la torera el ciclo de la planificación dialéctica que prescribe pasar por la puente y no por el vado.

El materialismo histórico no nos ha explicado que pito tocaba la economía en las guerras religiosas de la Edad Media. En primer lugar, la de la Cruz y la Media Luna, durante ocho siglos, en España. Aquí el expediente económico se lleva a cabo a ratos perdidos solamente. En la Rusia revolucionaria Lenin, que pasaba por el jefe de los bolcheviques, hizo de bombero cuando sus colaboradores proyectaban su famoso golpe de Estado. Lenin estaba más cerca de Kerenski que de Stalin y Trotski. En octubre de 1917 Engels hubiera podido rasgarse las vestiduras como hiciera en 1873. La verdad es que los anarquistas españoles intervinieron poco en la lucha de los cantones y menos en la responsabilidad de los mismos. Los acontecimientos de Alcoy no fueron un acto de infanticidio anarquista contra la República recién nacida. Sino uno de esos incidentes frecuentes entre cualquier poncio engreído de autoridad y el pueblo en fiesta.

Sería difícil escribir el materialismo histórico de la historia de España. Con más frecuencia que en otras partes, en España los grandes hechos históricos se producen por celo religioso, por invite del despotismo o «porque nos de la real gana». La expulsión de los judíos y de los moriscos en el umbral de la Edad Moderna son dos botones de muestra de la conducta antieconómica de nuestra historia.

Hilando delgado podríamos decir que es un contrasentido proclamarse materialista histórico y revolucionario al mismo tiempo. Lo primero es fatalista, lo segundo voluntario. Pero lo chocante es que los marxistas que se definen fatalistas se comporten en la vida voluntaristas. Sobre todo en la voluntad de dominio. Marx era la eminencia gris de la Internacional y uno de sus fundadores. La Internacional, sin embargo, se proponía forzar el proceso de las contradicciones del capitalismo, abriendo un atajo hacia el socialismo. Hasta como paladín del partido político obrero resulta Marx un poco tartufo. Los partidos obreros del marxismo, por su colaboración en los parlamentos y en el gobierno, fueron la misma negación de la lucha de clases.

Los filósofos del capitalismo eran más marxistas que Marx. Su divisa era: «Laissez faire». Se opusieron siempre al dirigismo económico del Estado en nombre de unas supuestas leyes automáticas de la economía que se bastan a sí mismas. Entre las más características están la competición comercial y la oferta y demanda. No menos complejos que Marx, a quien un ojo le mana aceite y el otro vinagre, según soplaban los vientos aquellos se proclamaban liberales, libre-cambistas o proteccionistas.

En la Rusia Soviética el marxismo-leninismo ha tenido que inventar lo que no daba la Naturaleza: la industrialización. Es decir, el materialismo histórico, «après coup», que es allí un producto de laboratorio, de un puñado de hombres. Aunque estos hombres se empeñan en hacernos creer que ellos son la historia misma y no un clan de mandones.

Cuando la CNT plantea huelgas e insurrecciones en España, sobre todo si se trata de conflictos de envergadura, no tiene por inspiración la economía. Podemos poner por delante tres huelgas cruciales de la primer media mitad de este siglo. La de 1917, con los socialistas y hasta cierto punto con los republicanos, es una huelga revolucionaria eminentemente política. La gran huelga de «La Canadiense» (1919) la mística de la solidaridad la hace general y masiva. La empresa patronal queda pronto marginada y el pugilato se traba entre la organización obrera confederal, que se siente fuerte, y las autoridades gubernativas, judiciales y militares. En los primeros meses de la segunda República se produce la tercera gran huelga: la de Teléfonos. La verdadera motivación es la llamada Ley del 8 de abril, que impone los jurados mixtos. La CNT defiende aquí el derecho a la acción directa, o sea a la lucha de clases. Los jurados mixtos son organismos paragubernamentales de conciliación y colaboración de clases. Un marxista, Largo Caballero, representa al frente del Ministerio del Trabajo al Partido Socialista, que es la minoría más importante del Parlamento. Este marxista plantea desde el gobierno una batalla de desgaste a la CNT; es decir, a la acción directa; es decir, a la lucha de clases.

Por eso la CNT no es más marxista que Largo Caballero. La lucha de clases no la inventó Marx ni tampoco Espartaco. La lucha de clases de la CNT no visa

solamente a la burguesía como clase sino que también al gobierno, al Estado, que siendo el primer interesado en mantener las clases quiere hacerse el conciliador, el árbitro o juez imparcial. Los Jurados Mixtos estaban presididos por un representante del gobierno dirimente de calidad. El gobierno, el Estado, es, según los anarquistas, la matriz misma del privilegio de clase. La lucha de clases del marxismo no es nuestra lucha de clases. Aquella retrocede ante el Estado, gran procreador de privilegios, que es decir de clases. Revolución donde el Estado triunfa, proliferan —como en Rusia, como en China, como en Yugoslavia— nuevas clases y una aristocracia gubernamental que tiene todos los defectos de la del viejo régimen y ninguna de sus virtudes.

El culto a la finalidad suprema, que por lo visto no produce la vida espontáneamente, es un producto de ingeniería en la Unión Soviética. Cuando la compañía Emma Goldman llega a Rusia a principios de 1920 las cárceles están repletas de presos políticos, muchos de ellos anarquistas. En una entrevista con Lenin aquella le reprocha que un gobierno que se dice revolucionario mantenga prisioneros a los revolucionarios o los cace por las calles a tiro limpio. La respuesta de Lenin es en tres tiempos: 1.º— No hay revolucionarios en las cárceles sino bandidos. 2.º— Los escrúpulos de libertad son un prejuicio burgués. 3.º— Unas gotas de sangre no tienen importancia ante la inmensidad de la causa revolucionaria.

En el punto de vista leninista alternan caprichosamente conceptos pedestres y astrales. Al cazar a tiros a la oposición Lenin procede en términos de tejas abajo. Cuando desdeña unas gotas de sangre se sitúa de un salto en la más apartada galaxia. Nadie como este hombre ha elevado la dialéctica al colmo del sofisma.

Como humanos y subjetivos, a fin de cuentas, todos los marxismos tienen dos pesas y dos medidas. En 1936 los anarquistas españoles —con más títulos que los bolcheviques de 1917— creen que la coyuntura revolucionaria que plantea la revuelta militar es su propia criatura. No estafan a nadie cuando proclaman que aquella es la revolución que venían fraguando desde hacía más de sesenta años. Se comprende, pues, que la CNT se vuelque en un ambicioso proyecto de reconstrucción económica. Algunos sectores socialistas la acompañan en tan sublime aventura. La colectivización de la industria y la agricultura está en marcha. Los comunistas, que siempre cacarean la supremacía del hecho económico, intrigan, desde el gobierno y desde el partido, sabotean y asesinan desde las checas. Destruyen «manu militari» la colectivización aragonesa desviando columnas del frente hacia la retaguardia. En aquella misma época en la Rusia de Stalin se asesina y deporta en masa por hechos contrarios. Allí los mujiks rechazan la colectivización en cuyas granjas son otros tantos animales.

Es absurdo plantear la cuestión revolucionaria en términos puramente objetivos. En términos puramente objetivos ya hemos visto que no hay finalidad, ni bien, ni progreso, ni misionismo humano. Todas estas cosas las hemos inventado para nuestro acomodo y de acuerdo con nuestro subjetivismo. El subjetivismo mana de todos nuestros poros. Cuando el anarquismo se enfrenta con el fatalismo catastrófico de Marx; cuando Malatesta objeta severamente el rigorismo científico de Kropotkin, exalta la facultad subjetiva. El anarquismo malatestano es tal vez el más depurado, el más original, el más anarquista. Afirma contra todo férreo doctrinario y científista la voluntad realizadora humana. Se desentiende de las fórmulas grandilocuentes y se zafa de la dictadura del determinismo científico. Este voluntarismo nos dice que el bien, el progreso, la libertad, no se nos dan gratuitamente. Esos néctares y frutos seguirán siendo abstracciones según nuestra actitud sea activa o pasiva. Ninguna dialéctica, ningún fatalismo económico, ningún automatismo trabaja por nosotros si nos echamos a dormir la siesta o confiamos en milagros metafísicos. Ningún progreso es necesario, constante e infalible fuera del deseo ferviente, constante y activo. La ciencia pura —que es sólo un método de investigación y un libro de consulta— nos dirá allá por las calendas griegas, confirmando o rectificando a Hegel y a Buchner, si la voluntad es una ilusión o una realidad. Pero no hemos de esperar a las calendas griegas para abandonar el objetivismo u optar por el subjetivismo. La verdad es que todos, deterministas y voluntaristas, actuamos de

hecho como entes soberanos, como contenido y no como simple continente. Unos pretendiéndose funcionarios, delegados de Dios, de la Historia o de la Vía Láctea. Otros porque estiman que la medida de todas las cosas es el hombre. Y que sólo partiendo de la personalidad y la responsabilidad del hombre se puede afirmar el derecho humano.

El libre albedrío de origen divino es una especie de cheque sin depósito en banca. La libertad limitada por el fatalismo de cualquier signo es una estafa. No se comprende una tesis revolucionaria sin la libertad. No se comprende la libertad sino como realidad en el individuo. No se comprende libre el individuo si se le define condicionado, despersonalizado, por un determinismo tiránico y fatal.

Ninguna escuela política ha hecho tantas aportaciones al derecho individual como el anarquismo. Desde el jacobinismo al comunismo soviético, ninguna mística revolucionaria autoritaria puede enseñarnos nada como no sea a no caer en sus mismos errores, casos lamentables y hasta bochornosos de los que el anarquismo ni estuvo ni está inmunizado.

JOSE PEIRATS.

Coloquios sobre la situación político-social en nuestro país

El grupo editor de PRESENCIA ha considerado de suma importancia y urgencia el organizar una serie de coloquios en los que, de una manera seria y libre, se analice la actual situación político-social en nuestro país.

Sin menospreciar las dificultades que, sin duda, encontraremos para que una tal iniciativa pueda ser provechosa para el conjunto de la oposición antifranquista, creemos de urgencia extrema el iniciar un diálogo fraternal con todos aquellos sectores más inquietos del antifascismo español exilados en Francia. Y nada más positivo que iniciarlo abordando un tema de importancia capital para la Izquierda española:

TACTICA DE LUCHA FRENTE A LA ESTRATEGIA FUTURA DEL FRANQUISMO Y SUS HEREDEROS POLITICOS.

Consideramos que una sincera confrontación de opiniones, entre individualidades y grupos diversos del conjunto exilado —particularmente de los grupos más representativos de los movimientos juveniles— no puede ser negativa y que, en cambio, puede aportar elementos positivos a una futura mancomunión de esfuerzos para impedir que el régimen franquista logre, con un cambio de fachada y mucha demagogia, sus propósitos de continuidad futurista.

Nuestro propósito es, pues, bien simple: facilitar este diálogo entre los diversos sectores del antifranquismo a través de unos coloquios en los que superados los formalismos y tabús orgánicos se pueda crear una verdadera atmósfera de entendimiento por la base.

Dentro de pocos días, resueltos los problemas prácticos que la organización de dichos coloquios presuponen, se cursarán las invitaciones correspondientes, participando lugar, día y hora de su celebración.

Esperamos que nuestra iniciativa será acogida con calor y simpatía por todos cuantos se preocupan por la evolución político-social en nuestro país, y que aportarán a estos coloquios su colaboración y sus inquietudes sin ninguna clase de prejuicios, y con la convicción de que nada puede ser más útil, en estos momentos, que una sincera confrontación de posiciones frente a la estrategia y las maniobras de la reacción española.

LA REDACCION DE PRESENCIA.

DEL «MANIFIESTO COMUNISTA» A LA «RERUM NOVARUM»

Chile y la democracia cristiana

DESPUES del rosario de Internacionales que, salvo la Primera, llevan todas marchamo marxista, henos, en el panorama de la política mundial, con una internacional política estrechamente ligada al Vaticano. La Enciclica «Rerum Novarum» de León XIII, con las aportaciones adicionales de Pío XI y Juan XXIII contenidas en «Quadragesimo Anno» y «Mater et Magistra» respectivamente, se enfrenta con peligroso éxito al «Manifiesto Comunista».

En Chile, la Democracia Cristiana, que así se identifica la internacional católica, logró un extraordinario triunfo en las elecciones parlamentarias del 7 de marzo de 1965 y en las presidenciales del 4 de septiembre de 1964. En las primeras, sobre 2.410.138 sufragistas logró reunir 989.626 votos, o sea un 41,06 %, lo que le da una mayoría de diputados en la Cámara baja (82 sobre un total de 147) bien que sus trece senadores son minoría en la Cámara Alta; y en cuanto a las elecciones presidenciales, Frei obtuvo 1.418.101 votos sobre un total de 2.525.335, con cerca de medio millón de votos de ventaja sobre Salvador Allende, el candidato de la coalición FRAP fuertemente influenciada por el Partido Comunista Chileno que, en las lecciones de marzo sólo lograra 280.157 votos o sea un porcentaje de 11,87 por ciento. En las elecciones parlamentarias de 1961 los demócrata-cristianos, con 213.468 votos, alcanzaron a un 15,93 por ciento, y anteriormente, en 1957, los guarismos dieron 69.000 votos, aproximadamente, para un porcentaje del 9,4 por ciento.

En todas estas ocasiones el gran perdedor ha sido siempre el Partido Radical (21,5 % en 1957, 22,1 % en 1961 y 12,80 % en 1965) y en tono menor el Partido Comunista. Ganador absoluto y ascendiendo en flecha, ya lo hemos visto, el Partido Demócratacristiano.

La democracia cristiana chilena es un gajo del Partido Conservador cuya juventud «peluconista» montó rancho aparte en 1937 y en 1938, se integra bajo el nombre de «Falange Nacional». La Madre Patria irradiaba, a través del Océano, sus sacudidas lo suficientemente fuertes para permitir que el pensamiento de José Antonio y Calvo Sotelo hallara seguidores en la estrecha pero luenga tira de tierra de la geografía chilena. Frei capitanea esta juventud y sus segundos de a bordo, en aquel entonces, Radomiro Tomic, Leighton y Gumicio, ocupan ahora puestos claves en el aparato gubernamental democristiano chileno. En 1957 la «Falange Nacional» se fusiona con el Partido Conservador Social Cristiano y de esta unión nace la actual Democracia Cristiana sureña.

En sus comienzos es más despreciada que temida. Los tradicionalistas la estiman peligrosamente decantada hacia el izquierdismo, la izquierda continúa viendo en ella una prolongación de la derecha del país; no hay ubicación a la vista; hay inquietud y ambición pero orfandad de ideales y de andamiajes sociales, complejo negativo que ha sido explotado, inclusive, como ventajoso por los teóricos de la DC y es así que Bosco Parra, uno de los «teóricos» más reputados de Chile, afirma en el Consejo Plenario habido a comienzos de año que la Democracia Cristiana «es un partido policlasista y polidoctrinario». En sus filas militan nacionalistas furibundos y seudo-marxistas que son abiertamente pro-soviéticos y no sería extraño que el desgajamiento que sufriera en 1937 el Partido Conservador se repitiera en breve en el seno de la DC cuando otra juventud inquieta decida sacudirse el yugo de un partido que ha subido al poder dejando, como todos los partidos de todos los meridianos, cuando tal cosa logran, el programa manumisor arrinconado en el despán de los trastos viejos.

La visión de la DC, en Chile, fue la de saber capitalizar descontentos siempre presentes y que el marxismo, que también los explotaba —y los explota— sólo utilizaba en esa obtusa campaña antiyankee que si es generadora de odios no lo es de soluciones.

Se permitió, por estimarla inofensiva, que la Democracia Cristiana, en sus primeros años, fuera fortaleciéndose y aprendiendo de los errores sufridos en carne propia. El asesoramiento del exterior, sobre todo europeo, iba llegando continuamente; profesionales y estudiantes empezaron a ver más promisor el partido de Eduardo Frei y en las elecciones habidas en las Asociaciones de ingenieros, arquitectos, abogados y profesionales, en general las planchas patrocinadas por los demócratacristianos salían cada vez más airosas. En la Universidad de Chile ya no hay competencia posible y las elecciones se dan como victoria descontada para la Democracia Cristiana.

Los medios económicos empleados para la campaña electoral que diera el triunfo a Frei no tienen precedente en la historia política chilena. El diputado radical Samuel Fontes denunció la especulación que con la ayuda exterior de los ricos medios católicos alemanes («Misereorn» es el organismo creado por los obispos alemanes para ayudar a pueblos menos favorecidos económicamente), americanos (a través de una institución norteamericana, llamada CARE, el Instituto de Educación Rural, IER, dirigido por la DC ha recibido una gran cantidad de productos heterogéneos) e internacionales (existe la todopoderosa CARITAS INTERNACIONAL hábilmente introducida en los medios chilenos) ha llevado a cabo el partido de Frei. Vehículos especialmente acondicionados recorrieron todo Chile proyectando películas proselitistas que, declarado por el propio IER, fueron vistas por más de un millón de campesinos; cintas magnetofónicas han escalado toda la extensión andina chilena llevando, a donde difícilmente llega la mula, el mensaje del nuevo evangelio. Leche, sémola, harina, alubias y otros alimentos básicos son desembarcados continuamente en Valparaíso y distribuidos a través de instituciones subsidiarias de CARITAS entre los estratos desheredados de la sociedad; la Embajada norteamericana, supervisora oficiosa de todos estos manejos, declaraba con tal motivo que el 16 % de la población —un millón doscientos mil chilenos— recibían esta ayuda y en casos no muy raros «hasta 2.100.000, es decir alrededor del 28 % de la población total».

La prédica machacona que desde todos los pulpitos hacía la Iglesia en favor de Frei complementó el mecanismo de la victoria demócrata-cristiana: «Frei ganó la votación femenina en 24 de las 25 provincias chilenas —dice el cable de la Associated Press del 8 de septiembre, cuatro días después de las elecciones y cuando el escrutinio total ha sido logrado—. La única provincia donde las mujeres prefirieron a Allende fue Arauco, un pequeño baluarte allendista del sur del país». En la mujer de Iberoamérica pesa fuertemente la influencia católica, más que la del marido en la mayoría de los casos, y allí donde la Iglesia se decanta, allí está el vencedor de las urnas. El 52,5 por ciento de los votos chilenos fueron femeninos los cuales son depositados en urnas separadas a las de los hombres; ello permitió conocer que la victoria de Frei la decidió el sexo débil quien durante muchos meses era instruido para ello a través del confesionario.

¿Y los sindicatos? Dirán algunos. El sindicalismo chileno, como el de toda Iberoamérica, sufrió un desgraciado desvío con el espejismo de la Revolución Rusa y poco a poco fue convirtiéndose en instrumento de ambiciones políticas, arma del comunismo para obstaculizar la hegemonía del Tío Sam e institución amorfa en la que ya no tiene confianza el obrero sureño. La clásica C.G.T., de inspiración anarcosindicalista, y la C.T. CH, marxista ésta, se fusionaron en una nueva Central Única de Trabajadores (C.U.T.) que tomó unos bríos sorprendentes llegando a controlar a 700.000 obreros y a ejercer presión sobre un medio millón más. Los activistas del Partido Comunista fueron desplazando poco a poco a los anarcosindicalistas hasta que la C.U.T. pasó a ser un instrumento krenliniano. Fue una victoria pírrica para Moscú porque la nómina de afiliados a la central única fue decreciendo y actualmente, todo y esgrimiendo cifras de 300.000 miembros, lo que ya entraña una espantosa merma de fuerzas obreras organizadas, se da por descontado que estos números están excesivamente abultados.

Del descrédito de que goza la C.U.T. chilena se puede apreciar la importancia cuando en marzo de este año, con motivo de la matanza de mineros en la mina cuprífera de El Salvador, en la que los carabineros mataron a ocho e hirieron a 35, la C.U.T. ordenó la huelga general y sólo unos 35.000 obreros dejaron sus puestos a pesar de la gravedad de la situación la cual, con una noción mínima de solidaridad clasista, hubiera tenido que motivar un alzamiento general de la clase obrera en todo el país; no hubo nada y el gobierno de Frei pudo escapar de una crisis, que hubiera podido derrocarlo, gracias, como ha quedado insinuado, al desprestigio de una central sindical mediatizada y utilizada para miras genuinamente políticas y no obreristas o revolucionarias.

La primera parte del «programa» del Partido Demócrata Cristiano chileno: la conquista de poder, pudo, pues, llevarse a cabo porque todo se confabuló en favor de la victoria de Eduardo Frei. La internacional vaticana demostró ser más fuerte que la kremliniana, muy zarandeada ésta por el resquebrajamiento chino-soviético.

La pregunta que se hacía Indoamérica y el mundo todo ante la presencia de la democracia cristiana en la cima hegemónica de un país, existiendo el atenuante para los demócrata-cristianos italianos de que éstos tienen que formar siempre gobiernos de coalición con partidos opositores para regir los destinos de su península, era la de si, por fin, «la revolución con libertad» iba a descubrir el camino de la felicidad de todos los pueblos.

Al año y pico de estar gobernando, Frei, no puede presentar ningún balance positivo. El socialcristianismo es una corriente demagógica más, que viene a sumarse a las muchas ya existentes del mosaico político indoamericano. La irradiación que el gobierno de Frei tenía que ejercer en los demás países de habla española del Nuevo Mundo no ha tenido lugar y en Venezuela, por ejemplo, donde existe un fuerte partido socialcristiano, el COPEI, ya no se piensa en poner de norte, como propaganda electoral par las elecciones que tendrán lugar dentro de dos años, al Chile demócrata-cristiano. Como dicen en estas coordenadas «No es lo mismo jarabe de lengua que pan caliente». Desde el mismo momento en que el socialcristiano chileno pasó de las actas a los actos, es decir de pretendiente a dueño de los destinos del país, el pueblo chileno se pudo dar cuenta que Jano enseñaba la otra cara.

De la inactividad del gobierno de Frei son responsables, según los demócrata-cristianos, los oposicionistas del FRAP y el Partido Radical, que juntos logran mayoría en el Senado y bloquean las iniciativas de la DC —el proyecto conocido como «La Ley del Cobre», «viga maestra, según Frei, de los planes de reformas económicas y sociales del país», tardó diez meses en ser aprobado y en la última sesión, que duró hasta muy entrada la madrugada, abundaron vocablos como «vende-patrias», «entreguistas», «prostituidos» y hasta el zapato de la diputada socialista Carmen Lazo voló por el respetable recinto hasta dar con su objetivo: el rostro de un diputado socialcristiano y, además, Frei cuenta con una cortina de humo intermitente que son los terremotos. Este azote de la naturaleza, que tanto se ensaña con este trecho del espinazo andino, tiene la virtud de unir a todos los chilenos durante los días de angustia en que la solidaridad humana prima por encima de los odios convencionales y, desviada la atención del gobierno, éste respira... y trama explicaciones en las que aparece el terremoto como culpable de lo no realizado.

Lograr que las economías y la vida social de los pueblos de Indoamérica alcancen senderos de decencia no es cosa fácil. Por el contrario, hay una tendencia al deterioro en aquellos que medio lo habían logrado año como es el caso de Argentina, Uruguay y el propio Chile. Esto lo saben sobradamente bien todos los partidos políticos que se lanzan a la conquista del poder mediante las libérrimas elecciones. Lo saben pero afirman que en cada uno de ellos está la solución, la fórmula mágica que acabará con la situación de infra-humanidad en que vive el país. El pueblo ingenuo acude una vez más a las urnas, bien que cada vez con menos entusiasmo —en Colombia, en sus penúltimas elecciones,

se registró una abstención del 60 por ciento—, y después de un efímero amanecer esperanzador ve llegar, inevitablemente, una larga jornada tan triste y miserable como las pasadas.

Los problemas de Chile no son fáciles de resolver. Tiene una deuda pública, mayormente externa, de 3.000 millones de dólares; el índice de mortalidad infantil es de un 15 por ciento, uno de los más elevados del mundo; su índice inflacionario ha convertido en 0,22 lo que en 1958 era unidad entera; los campesinos, que son el 90 por ciento de la población, reciben tan solo el 46 % de los ingresos del país; dos terceras partes del pueblo chileno vive con 40 dólares de ingresos anuales mientras que la mitad del producto territorial bruto (PTB) lo absorbe el 10 por ciento; hay 250.000 obreros en paro forzoso y otra cantidad igual que sólo trabaja intermitentemente; Chile es uno de los países que cuenta con mayor cantidad, en proporción, de viviendas de miseria: las «callampas», conocidas en otros lugares como «javelas», «ranchos», «bidonvilles», etc.; hay 2.800 propiedades de más de 1.000 hectáreas ocupando tres cuartas partes de las tierras cultivables; 270.000 niños nacen cada año, pero 215.000 carecen de asistencia médica —de ahí la gran cosecha de la Parca ya mencionada—; de los ocho millones de habitantes, cerca de cinco millones está por encima de los 65 años o por debajo de los 15 lo que deja a la población apta para el trabajo en escuálidos guarismos, a pesar de ello, cada año los 100.000 chilenos que se incorporan a la vida activa tienen dificultades para hallar trabajo; cerca de la mitad de la gente no dispone de agua potable; el 16 por ciento de la población es analfabeta; más del 50 por ciento de los ingresos tienen que destinarse a pagar la monstruosa deuda pública y los intereses que la misma devenga, otra gran parte se volatiliza en una burocracia parasitaria, quedando para obras de inversión y de verdadero servicio social una ínfima parte que, el bajo poder adquisitivo de la moneda chilena, reduce prácticamente a cero.

Para acabar con todo este lado negativo Frei elaboró un programa con once puntos básicos: Reforma Agraria, chilenización de las empresas extractoras del mineral de cobre, nacionalización de compañías eléctricas y de telecomunicaciones, renegociación de la deuda externa, política de desarrollo industrial, plan de viviendas, promoción popular (sería la integración de las masas a la comunidad), educación política laboral, reformas constitucionales y política exterior.

Uno de los primeros proyectos de ley introducidos fue el de «Programas Extraordinarios y Solidaridad Nacional», vocablos muy a tono en jornadas post-terremotales. Se trata de un impuesto al patrimonio que debería aportar al Estado unos 300 millones de escudos y que debería gravar a toda persona que poseyera más de 5.400 escudos en bienes. La ley, a no dudar, es igualitaria pero el FRAP y el Partido Radical la bombardearon como, de hecho, bombardean todo proyecto presentado por la corriente gubernamental.

Otra de las leyes muy contravertida es la de la Reforma Agraria. Esta prevé la expropiación de tierras mediante el pago de las mismas. El propietario percibe un 10 por ciento de contado y el resto en 25 años mediante bonos que se ajustarán al cambio vigente en el año del vencimiento. Esta reforma debe entrañar la entrega de tierras a los campesinos, el aumento de la producción agrícola —«De 1943 a 1959 —dice Frei— hemos gastado 1.222 millones de dólares en comprar en el exterior productos alimenticios—, mecanización del campo, aumento de los precios agrícolas, etc., pero esta belleza social no va más allá de los papeles en los que está escrita y, a pesar de su pusilanimidad, la oposición que encuentra también resulta inmovilizante. Los propios católicos, a través de «Fiduca», su revista más difundida, publicaron un documento suscrito por cerca de un millar de firmantes, en el que censuran el proyecto de reforma del Artículo 10 de la Constitución que permitiría acelerar las expropiaciones porque ello significa «la supresión de la garantía de inviolabilidad del derecho de la propiedad privada». «La Iglesia —añade el documento— no podría en ningún caso pactar con un régimen que atente contra el derecho de propiedad, y este régimen estaría

obligado, para alcanzar sus fines, a atentar contra los derechos de la Iglesia y la libertad de cultos...»

La Reforma Agraria ha pasado a ser el slogan imprescindible de todos los gobiernos de Latinoamérica con el paradójico fenómeno que todo el mundo está de acuerdo con ella, desde los dictadores hasta los más liberales. Ocurre con ella lo que con los vocablos «revolución», «libertad», «democracia», etc.: andan en boca de todos llámense indistintamente Frei o Stroessner, Betancourt o Castelo Branco, Illia o Somoza, Castro o León Valencia. Todos los pronuncian; nadie los respeta.

Sin embargo, la parte más «revolucionaria» y más discutida del programa de Frei resulta la «chilenización de las empresas cupríferas».

Chile es otro ejemplo de lo que se ha dado en llamar «país monoproducción» que ha resultado, después de decaído el sistema colonialista, la mejor manera, para las grandes potencias, de continuar sometiendo a los propios intereses el de todos estos pueblos que se esfuerzan para emerger del infradesarrollo económico. El 60 por ciento de las divisas las logra Chile mediante el cobre, recurso no renovable y cuyas reservas van agotándose con celeridad amenazante.

Este mineral resulta ser uno de los de negociación más misteriosa del orbe. Las compañías norteamericanas que explotan el cobre: Anaconda Company y Kennecott Copper Corporation, aseguran que el mismo se cotiza en los EE.UU. a 35 centavos de dólar la libra; pero en el mercado de Londres, donde los precios se regulan de verdad, el cobre tiene un valor de 60 centavos. El gobierno chileno cobra sus impuestos en base a la cotización americana y se ignora que porcentaje es desviado a Europa donde, como hemos visto, el precio es de casi el doble. El misterio es tan complicado que Chile desconoce, inclusive, cuánto mineral sale de Chile. A todo esto se puede añadir, además, la especulación que con los stocks hacen los agiotistas que llevan la cotización del cobre a niveles cada día más bajos. En 1955 el estado chileno cobraba, por cada tonelada de cobre, 405 dólares; en 1961 sólo percibía 155.

Con la «chilenización» del cobre, si nos paramos a estudiar su proyección, nos daremos cuenta que Frei no busca otra cosa más que la de lograr mayores ingresos en el presente a cambio de hipotecar un futuro que, terminadas las reservas cupríferas, no podrá ser más oscuro para Chile. Frei se propone elevar la producción anual hasta 1.200.000 toneladas contra 617.000 extraídas en la actualidad. Asimismo, pasar a refinar 700.000 en lugar de las 275.000 de ahora. Para ello el gobierno pasa a adquirir el 51 por ciento de las acciones de «El Teniente», una de las minas subterráneas más grande del mundo, propiedad de la Kennecott; el 25 por ciento de la nueva Compañía Exótica S.A., subsidiaria de la Anaconda ubicada en el cerro Chuquicamata y el 49 por ciento de los nuevos yacimientos que explote la Anaconda. En una nueva compañía, la «Cerro Corporation» que explotará los yacimientos de Río Blanco, participará en términos parecidos.

Se estima que estas compañías, en dos décadas aproximadamente, y con una inversión de 500 millones de dólares, han logrado beneficios por 4.000.000.000. Participar en este suculento negocio —nacionalizarlo hubiera sido mejor— es un sentimiento lógico por parte de todo gobierno escaso de recursos; pero ¿y las condiciones, son ellas interesantes? Las compañías cupríferas han declarado que están de acuerdo en ampliar las actividades y en admitir al nuevo «socios»; pero han exigido la garantía de la estabilidad tributaria, es decir, que no se alterarán, con el tiempo, los impuestos que se establezcan (garantía que Frei no da a los industriales chilenos). Durante veinte años —el socialcristiano Renán Fuentealba ha dicho enfáticamente que hay gobierno de DC «para el resto del siglo. Hasta el año 2.000»— el gobierno se compromete a no modificar los impuestos de las compañías; pero, por su parte, las compañías no se han comprometido a estabilizar los precios y de que los productos manufacturados a base de cobre no sufrirían alteración, o, también, de que renunciarían al privilegio de defender las minas norteamericanas con un impuesto de 17 centavos de dólar por libra de cobre

chileno consumido en los Estados Unidos. En la actualidad el Estado chileno percibe 183.000.000 de dólares por la extracción de 617.000 toneladas de cobre; cuando se logre la producción de 1.200.000 toneladas, los ingresos serán de 301 millones, es decir que después de haber logrado 300 dólares por tonelada contra los bajísimos 155 de 1961, Chile volverá de nuevo a retroceder conformándose con percibir 250 dólares.

Otra desventaja de la nueva ley la presenta el porcentaje del retorno de las divisas producidas por la venta del cobre al exterior: actualmente se obliga al reingreso del 62 por ciento, con la ley DC sólo se exige el 48 %. Reconocida, por otra lado, la autoridad «profesional» de las compañías americanas, el gobierno cede la administración y la dirección de la explotación de las minas a aquéllas y el propio Consejo de Administración de «El Teniente», a pesar de ser mayoritario el Estado con el 51 % de las acciones, puede ser vetado por las compañías en sus decisiones.

El presidente de la Kennecott ha mandado una circular a todos los accionistas tranquilizándolos por el nuevo giro de las cosas en Chile. «El plan establece —dice la circular— que el gobierno chileno adquirirá el 51 por ciento de interés en la nueva corporación por 80 millones de dólares. Kennecott retendrá el 49 por ciento y operará la propiedad.» Más claro, imposible. Kennecott ha invertido 95 millones de dólares en «El Teniente» desde sus comienzos; pero ha deducido, por amortizaciones, 163 millones que están exentos de impuestos. A cambio de este favor las leyes actuales obligan a que las amortizaciones se queden en el país, reinvertidas. La Kennecott las ha remesado a los Estados Unidos, donde ha construido una refinería de cobre en la que emplea a 500 obreros norteamericanos; es decir, que burla los impuestos, burla las leyes, monta una refinería en los Estados Unidos, en lugar de hacerlo en Chile, donde 500 obreros chilenos tendrían trabajo y a pesar de todas estas deshonestidades el Estado se asocia con ella y le permite que continúe operando la propiedad.

El panorama chileno, tanto el económico como el social, no puede ser más pesimista. La panacea que un gobierno socialcristiano tenía que haber aportado al país ha resultado tan catastrófica como los de Ibáñez o de Alessandri. Camino de los dos años de gobierno, bendecido por la Iglesia, Chile se presenta todavía, a los ojos de los pueblos de América y del mundo, como una angosta faja de tierra aferrada al lomo occidental de Los Andes, en trance desesperado.

Para la Democracia Cristiana el fracaso gubernamental entraña otro peligro: la escisión, en sus filas, de corrientes discrepantes con la trayectoria fijada desde La Moneda. Grupos juveniles amenazan llevar a cabo lo que en 1937 hiciera Frei y sus acólitos: separarse de un partido que ha dejado en jirones los ideales y los programas revolucionarios. Ya Alberto Jerez denuncia la «infiltración de ideologías empresariales» en el seno del socialcristianismo chileno y andan polemizando Bosco Parra, Luis María Aguirre, Vicente Sotta, Sergio Fernández Aguayo, Andrés Aylwin y otros contra la gente vieja, «los bueyes cansados», que nos sabe llevar adelante las inquietudes del socialcristianismo anterior a 1964.

Por otra parte, bien que tímidamente, la internacional vaticana, reunida en Lima en los últimos días del mes de abril, se manifestó semi-dividida por el Atlántico. La socialdemocracia europea «afeó» a la americana, y en particular a la chilena, una exagerada supeditación a los intereses estadounidenses y la conminó a «una ruptura del actual esquema de las relaciones económicas de Latinoamérica con Estados Unidos y la apertura de nuevos mercados en Europa y los países situados tras la Cortina de Hierro» (France Presse, 27 de abril 1966).

Los europeos, reconocidos como los teóricos incontestables de la nueva ideología cristiana —tan lejos de la de aquél que dijo: «Mi reino no es de este mundo»— parecieron estar descontentos del proceder de sus correligionarios chilenos.

Si el horizonte sureño no sufre un cambio de 180 grados el espejismo del socialcristianismo se esfumará en breve. América contará con un partido político más, tan inocuo y tan inoperante como todos los otros.

Víctor GARCÍA.

Breves apuntes sobre la literatura soviética contemporánea

La tirantez entre los doctrinarios del Partido y los intelectuales es un fenómeno inherente al sistema soviético. Es cierto que existe un fatalismo en los pueblos eslavos, y particularmente el ruso, que acepta con resignación su suerte. No obstante, los clichés psicológicos o folklóricos, con harta frecuencia se abusa de ellos. Algunos escritores, aceptaron, se sometieron, se entregaron de corazón al stalinismo. Otros lo acogieron a regañadientes. Emigraron unos y otros se suicidaron para escapar a la humillante tutela de los nuevos señores. Otra solución fue el silencio. Exilados interiores cual Pasternak.

La situación de la literatura era alarmante mucho antes de la muerte de Stalin. Con la desaparición de éste surgieron a flote los problemas que la disciplina férrea mantuvo ahogados. En 1951 la revista «Bolchevique», órgano del Comité Central, denunciaba la dictadura instaurada por los críticos literarios. Malenkov invitaba en el XIX Congreso (octubre 1952) a los autores que criticaran cuanto de mal hubiera en el país. «Necesitamos, decía, un nuevo Gogol que por el fuego de su sátira, queme cuanto hay de negativo, de podrido, de muerto.»

La muerte del Georgiano desató las lenguas. Aunque tímidas se manifiestan las primeras críticas. Pomerantsev escribía en la revista «Novy Mir», bastión de la corriente liberal, «la sinceridad es el elemento esencial del talento». La revista se insurgía contra los que habían sacrificado todo el espíritu al Partido. Dos escritores (Pamova en su «Las Estaciones» y Zorine en «Los Invitados») seguían el consejo dado por Malenkov Pintan sin consideración los altos funcionarios. Estos rasga-papeles fueron las primeras víctimas de la nueva corriente literaria. Antes de comerse al pez gordo mejor es empezar por el chico. Se vuelve a publicar a ciertos clásicos rusos mantenidos en el baúl del olvido. Dostoievsky, hasta entonces considerado como elemento subversivo, es de nuevo leído. Se intensifica la relación con el pasado literario. Ehrenbourg, siempre alerta a las fluctuaciones políticas y literarias de su país, supo captar la importancia de este movimiento. Lo bautizó «El Deshielo». Aunque tímidos estos avances fueron sólidos. Pudieron resistir a la ofensiva de los ortodoxos. En mayo del 54 la «Pravda» lanza su artillería contra los críticos de «Novy Mir». Los defensores de la sinceridad intelectual quedaron malparados. El poeta Tvardovski fue destituido de la dirección de la revista, ocupando su lugar Constantín Simonov, que unos meses antes se había lucido criticando el «Deshielo» de Ehrenbourg. Los doctrinarios se apuntaban un tanto. Empero, difícilmente se podía ya detener el movimiento renovador. Los dogmáticos defendían una literatura que ni tenía audiencia en el interior del país ni daba, en el exterior, prestigio a la Unión Soviética.

El segundo Congreso de los escritores soviéticos reunido en Moscú, del 15 al 26 de diciembre del 1954, constataba por boca de los dogmáticos, que las ediciones soviéticas batían todos los records de tirada. Se reafirmó la fidelidad al realismo socialista, añadiendo: «fuera de éste no hay salvación posible». La nota original y discordante fue la intervención de Cholokhov. Es de lamentar que unos años después, en el XXIII congreso del P.C.U.S., sus exabruptos fueran dirigidos contra dos escritores condenados y purgando la pena en un campo de concentración. EL DON APACIBLE es una obra maestra. Las obras valen más que los hombres. «Nuestra desgracia, decía en aquella ocasión el futuro premio

Nobel, es la avalancha de literatura incolora y mediocre que se ha publicado durante estos últimos años en las páginas de las revistas que han inundado el mercado literario. Ni que decir tiene que estas críticas fueron mal acogidas. Cholókhov podía hablar. A su activo tenía, además del «Don Apacible», «Tierras Roturadas». Era el niño mimado de la literatura soviética. Así pudo mojarse de los escritores que se ocupan más de política que de literatura, y que brillan más por sus medallas que por sus escritos.

La condena del culto de la personalidad por el XX congreso del P.C.U.S. produjo una eferrescencia en todo el campo socialista. Los escritores: unos se interrogaban, otros se justificaban. Los más jóvenes, que no se sentían ligados al pasado, afrontaron con más independencia de juicio la nueva situación adaptándose mejor a lo que parecía un nuevo régimen de libertad. Vladimir Doudintsev, 39 años, pasó a la celebridad de la noche a la mañana. Su obra, «No sólo de pan vive el hombre», produjo el efecto de una bomba. Doudintsev rompía con los moldes clásicos del realismo socialista. Su héroe no era positivo según los cánones estéticos del régimen. Esta novela cuenta la historia de un joven ingeniero, Lopatkine, que ha inventado una máquina para fabricar tubos de hierro colado. Su proyecto choca con los intereses creados, los monopolios científicos, la burocracia. Un director de fábrica se opone a su realización. Un célebre académico entorpece su invento y a él se oponen los medios cercanos al Ministro de la Industria. Estas fuerzas están unidas por intereses materiales y morales, que de una u otra forma se verán afectados si el proyecto de la máquina se lleva a cabo. La tenacidad de Lopatkine logra, después de muchos años de batallar, conseguir la construcción de la máquina. Pero una maniobra de sus enemigos termina con la máquina. El inventor independiente se halla en un campo de concentración. A su vuelta de la deportación, Lopatkine, constata que su máquina ha sido construida y que ésta funciona como él había previsto. En esta obra Doudintsev pone de manifiesto la existencia de grupos de intereses, y un aparato burocratizado paralizante. Un personaje de la obra le dice a Lopatkine: La idea de usted es muy importante, pero triste será su suerte. Esta obra, algo mediocre literariamente, arrastra todavía la influencia staliniana-tuvo la audacia de denunciar el carrierismo en la vida soviética.

Después del XX Congreso se produjo la sublevación en Polonia y Hungría. Se puso coto a las corrientes liberales. «Komounist» escribía: No hay compromiso posible con las tendencias reaccionarias burguesa y decadentes». Doudintsev no tardó en recibir palos. Simonov, director de la revista que le había publicado su obra, se desolidarizaba de él. «No sólo de pan vive el hombre» fue declarada inaceptable por su falta de madurez ideológica, Doudintsev tuvo una posición digna. No aceptó la autocritica. «Pienso, dijo, que se me hubiera podido dejar nadar solo, inclusive, ante el peligro de ahogarme. Desgraciadamente tengo la impresión que se me tiene atado a una percha como a los niños, lo que me impide nadar.» Los stalinianos se valieron de los hechos de Hungría, para apretar los tornillos de la censura. Kruschev profirió amenazas. Si en Hungría, dijo, se hubieran fusilado algunos escritores, se hubiera evitado la contra-revolución. «Nosotros, afirmó el primer Secretario, si es necesario, no temblaremos».

Para encuadrar a los escritores rebeldes el 27 de abril de 1957 se creó la Unión de los escritores soviéticos de la República rusa. Uno de los jefes de la tendencia dogmática, Kotchetov (a la sazón redactor en jefe de la «Literatournaya Gazeta») publica una novela. «Los hermanos Erchov», que viene a ser una réplica dirigida a los liberales.

Por esas fechas se produjo lo que en la historia de la literatura soviética se nombra el caso Pasternak. El autor del «Doctor Jivago» era considerado, por sus correligionarios rusos, como el poeta más grande de su generación. Pasternak, como tantos escritores de su época, aceptó la revolución de Octubre con buenos ojos. Fue amigo íntimo de Maiakovski y participó con su pluma a la obra de la Revolución. No aceptó sus métodos y se fue apartando de la vida pública, renunciando a publicar obras originales. Traducía a Schiller, Shakespeare, Rilke y

otros poetas extranjeros. Tras el XX Congreso pensó que podía, por un momento, salir de su reserva. En vano. Su «*Doctor Jivago*» no era aceptado en las revistas de su país. Tuvo mejor suerte con el editor italiano Feltrinelli, conocido por sus simpatías comunistas. Por si ello no fuera suficiente, la Real Academia de Suecia acordaba en 1958 el premio Nóbel a Pasternak. Esta distinguida recompensa sólo había sido otorgada a dos escritores rusos emigrados. A Bunin en 1933, emigrado del exterior y Pasternak el emigrado del interior. Las autoridades soviéticas interpretaron esta distinción como una traición a la Unión Soviética. La reacción oficial no se hizo esperar. Se desencadenó una campaña denigratoria contra Pasternak el solitario. Salvo contadas excepciones —que se conozcan— cual fue Constantin Paoutovski, todas las voces fueron unánimes en la condena. La «*Literatournaya Gazeta*» escribía: «Pasternak ya ha hecho su elección; ha elegido la vergüenza y la infamia.» Unos días después las amenazas tomaban cuerpo. La dirección de la Unión de los Escritores de la URSS retira a Pasternak el título de escritor soviético, excluyéndole de la Unión de los Escritores Soviéticos. Semitchasny (futuro jefe de policía) escribía: «Si se compara Pasternak a un puerco veremos que éste no hace lo que Pasternak ha hecho». Este muchacho pedía la expulsión del poeta del territorio nacional. Lo que obligó a Pasternak a escribir una carta sentida a Khrouchtchev, rogándole no tomara hacia su persona esta medida extrema, que para él representaría tanto como la muerte. Pasternak renunciaba al premio Nóbel que con gran júbilo y aprehensión había recibido.

A pesar de la violenta reacción de los dogmáticos, la corriente innovadora iba ganando terreno. Kótchetov —alegando razones de salud— abandonaba la dirección de la «*Gaceta Literaria*» y Tvardovski estaba de nuevo a la cabeza de la valiente «*Novy Mir*». El IIIº Congreso de los escritores —18/23 de mayo de 1959— se celebró en un clima de apaciguamiento. El primer Secretario intervino de forma paternal. Después del chaparrón de 1956 y del caso Pasternak el viento era favorable a los liberales.

Ya antes del tercer congreso, Ehrenbourg y Paoustovski, se habían pronunciado en favor de la joven literatura. Una pléyade de muchachos irrumpen impetuosamente en la arena literaria. Tendriakov, Aksionov en la prosa, Evtouchenko Voznessenski en la poesía. Los veteranos también se remozan. Tvardovski publica su poema épico «*Los lejanos*». Tvardovski afirma que toda la sociedad tenía su parte de responsabilidad en la celebración del culto de la personalidad. ¿Y qué? —dice—, la experiencia ha ido mal. ¿Quién debe reprocharle ser lo que fue? El grand Lenin no era un Dios y no nos enseñó a crear Dioses». Sin esperar las consignas del Agit-prop los escritores se lanzan a la condena del culto de la personalidad. Las autoridades entendían ser ellas quienes marcaran la pauta a seguir. No podían tolerar se les escapara de las manos la nueva política. A finales del 62 Evtouchenko lanzaba una ofensiva, con el beneplácito de Khrouchtchev, contra la influencia staliniana. Expulsado de los komsomols, en 1956, por su poema «*Estación Zima*», Evtouchenko respondía a los dogmáticos con estas palabras: «Quiero luchar con coraje, de forma que en cada causa, por la cual luchó, queme la verdad única a la cual jamás renunciaré». Evtouchenko es un producto de la era staliniana, fue evolucionando hacia nuevas formas de expresión hasta desgajarse totalmente del Stalinismo. Hizo su aprendizaje poético en las columnas de un periódico deportivo. De vez en cuando incluía en sus poemas algunos versos elogiosos a Stalin, cosa esta que él encontraba normal. Sus primeros escritos están impregnados del formalismo imperante en la época. La sensibilidad estética del joven poeta se fue agudizando gracias a la educación literaria que amigos ya adultos le supieron procurar. Una de las primeras luchas a sostener le fue proporcionada por la publicación de la obra de Doudintsev, «No sólo de pan vive el hombre». Evtouchenko apoyó y defendió a Doudintsev, lo cual le valió ser tratado de: «lírico de alcoba», jefe ideológico de los gamberros intelectuales, burgués decadente, falso revolucionario, etc., etc. Unos días después era expulsado del Instituto Literario. La lírica de Evtouchenko está toda ella

impregnada de acción política, en el amplio sentido de este concepto. A justo título se le ha llamado el embajador de la joven literatura soviética. De no ser apoyado por las altas instancias políticas, los poemas de mayor importancia, jamás hubieran sido publicados. Particularmente Baby Ya y los Herederos de Stalin. Baby Yar es el nombre de un barranco donde los alemanes fusilaron a miles de judíos, y donde hoy ni tan siquiera hay una placa conmemorativa. En este poema se condena no sólo el antisemitismo de los alemanes, sino inclusive el de los rusos. Los círculos dogmáticos reaccionaron publicando un poema anti Baby Yar donde se trata al joven poeta de «nigmeo que calumnia a su pueblo». Otro de los mensajes políticos de Evtouchenko fue su «Los Herederos» de Stalin. Este poema circuló durante doce meses de mano en mano antes de que se lograra publicar. Fue la intervención directa del primer secretario que logró romper las redes de la censura. Quienes se sentían heridos por las palabras de Evtouchenko de nuevo lo trataron de anti-soviético. La condena del Stalinismo es rotunda:

«Que Stalin jamás salga de la tumba, ni el pasado con él..
Mientras sobre la tierra haya
Un solo heredero de Stalin,
Tendré el sentimiento, que Stalin no ha salido del Mausoleo.»

Otros poetas tales como Voznessenski rompen también con los cánones del Realismo Socialista. Hecho paradójico en las letras soviéticas: el mayor poeta —Pasternak—, no es adicto al régimen y en su obra se respira una atmósfera cristiana, en el sentido primitivo de esta palabra, con la particularidad que la nueva generación se reclama de Pasternak. Voznessenski, considerado como el primer poeta de la Unión Soviética, antes de dar sus poemas a la prensa se los leía con prioridad al solitario de Peredelkino.

Otro de los grandes escritores contemporáneos, que han influenciado tanto por sus escritos como con su digna actitud, es Constantin Paoutovski. Este fino escritor, merecedor según algunos críticos, del premio Nóbel, publica sus memorias, con un respeto histórico poco común. Paoutovski jamás hizo la corte al difunto dictador. Guardó siempre una independencia de criterio ejemplar. También defendió a Doustinev y cuando la muerte de Pasternak fue de los pocos escritores que estuvieron presentes en sus exequias. Últimamente se solidarizó con Shnavski, protestando contra el proceso. Otro escritor, hoy totalmente olvidado, es Víctor Nekrassov. El autor de «Kira» y de «la Ciudad Natal», viajó por los Estados Unidos y a su vuelta a la URSS reconoció que en aquel país había tanto bien como en la Unión Soviética, y que en ésta había tanto mal como en aquél. Era suficiente. Nekrassov fue expulsado del Partido.

En lo más álgido de la polémica chino-soviética apareció un libro, en la Unión Soviética, que más que una manifestación literaria parecía una respuesta política a los comunistas chinos. Los soviéticos mostraban a la faz del mundo cual fue el comportamiento de Stalin. Por primera vez las publicaciones rusas hablaban de la existencia de campos de concentración; si esto era lo que los chinos defendían, que lo dijeran; por su parte los rusos entendían condenarlo públicamente. Al margen del oportunismo político del cual sólo se benefician los detentadores del poder, la obra fue acogida con gran entusiasmo y su autor reconocido como uno de los grandes escritores de la nueva generación. «Una Jornada de Ivan Denissovitch», de Soljenitzyne, relata la vida en un campo de concentración en forma sobria, exenta de sensiblería y de falso humanismo. Todo es veraz, sencillo, sin odio ni rencor.

Soljenitzyne nos relata una jornada de la vida del campo, un día sin importancia que fue casi feliz. Choukhov el héroe —en realidad el propio Soljenitzyne esto lo sabremos por otra obra que publicara ulteriormente— es un campesino sencillo. Detenido en 1942: su unidad militar fue cercada por los alemanes y cruzó las líneas para tomar contacto con las unidades soviéticas. ¿Era la evasión sospechosa?. El pobre Choukhov fue condenado por espionaje. Incapaz de comprender la detención Choukhov trabaja en el campo con el mismo ahínco que antes

trabajada en el kolkhoz. Preso, «mastica la más mínima espina para chupar el jugo que es bueno para la salud». Además de «Una jornada de Ivan Denossivitch», Soljenitzyne ha publicado varias obras cortas en las cuales son blanco de su pluma las arbitrariedades administrativas. Otras, cual la Casa de Matrimonio en la que denuncia la existencia miserable de una campesina rusa, merecieron fuertes críticas de la prensa oficial. Se le decía, en substancia, que la URSS tenía buenos ejemplos que mostrar en el campo de la colectivización y de las realizaciones industriales, sin que fuera necesario que un escritor como Soljenitzyne perdiera el tiempo relatando miseria nada ejemplar para la buena conciencia de los soviéticos.

Soljenitzyne pertenece a las nuevas promociones que aspiran a liberar totalmente a la literatura de toda entraba política. Si los largos años del reino staliniano se distinguieron en algo fueron por la total ausencia de escritores de valor universal. Hoy, Rusia, ha reanudado con un pasado glorioso, cabe esperar que las letras rusas vuelvan ocupar el rango antaño sostenido.

La Rusia liberal y la staliniana han de nuevo chocado. El reciente proceso de los escritores Siniavski y Daniel nos da un ejemplo típico del comportamiento staliniano aún latente en la sociedad soviética. Lo que el día de mañana será la Unión Soviética ni el propio Karlos Marx sabría decirlo. No participamos del criterio, bastante extendido en el mundo llamado occidental, que consiste en propiciar, defender cuanto de criterio «liberal» se manifiesta en la Unión Soviética, con la esperanza de ver de nuevo establecido un régimen a semejanza del democrático-capitalista existente en lo que, por comodín, se da en llamar mundo libre. Podemos, como en repetidas ocasiones lo hemos hecho, condenar los métodos stalinianos los procedimientos inhumanos que los comunistas emplearon para construir la sociedad soviética, podemos desechar la concepción del mundo y la política soviética; pero un hecho es cierto y es que ahí está y difícilmente se podrán cambiar las estructuras del sistema. La transformación de la sociedad rusa ha sido tan radical que ésta no se altera con un cambio de gobierno. Eso lo saben inclusive los más liberales de los escritores rusos, lo que les decía una cautela en sus críticas. De ahí inclusive que muchos de ellos no desechen el marxismo como escuela filosófica y acepten lo que de positivo el comunismo ha aportado. Su misión consiste en criticar cuanto de incompatible existe entre la libertad de la persona y el sistema que, en nombre del bien común, anula al individuo. Tal es, en síntesis, el pensamiento filosófico de Siniavski. Su mensaje, su protesta contra el sometimiento del hombre en nombre de un fin paradisiaco muy hipotético, reside en el hecho de preguntarse: ¿Y si esta finalidad abstracta a la cual todo lo sacrificamos, el hombre, su libertad, su conciencia, su dignidad, no existiera?. ¿Si por el contrario, esa finalidad perseguida fuera hermosa, como la más hermosa de las mujeres, pero frígida, egoísta, sin amor para nada ni para nadie, incapaz de armar ni de ser amada? Lo que distingue al hombre de los demás seres no es solamente su capacidad de abstracción, su intelegibilidad, si no también su capacidad de duda. El hombre modifica, mejora su concepción del mundo y de las cosas por esa capacidad que posee de dudar de aquellas verdades que le han sido transmitida. Los sistema de una pieza son como aquellos hombres de cemento que solo tienen una opinión inquebrantable.

Hamlets los unos, Savonarolas los otros. Estos condenan y luego razonan, aquellos primero razonan y juzgan después. Los que no dudan tienen la fuerza, los otros la razón. Empero un aspecto del comunismo nos interesa: ¿soporta si o no la libertad individual? En el caso negativo, así se nos prometa el reino celestial, no nos interesa. A pesar de su medio siglo de existencia, el bolchevismo, no ha logrado imponerse. El régimen está todavía en su pubertad. La madurez de un sistema se mide en el grado de contrariedad que puede soportar. El bolchevismo es serio. No acepta ni la duda ni la sonrisa saludable del poeta. Platón, que fue el primero en querer meter la Ciencia en la política expulsó de su República a los poetas. Los discípulos del Socialismo científico tampoco se andan con chiquitas; para los amantes de la lira ahí tiene los campos de

concentración. Está visto, los rusos tienen que aprender a reír. Enseñar a reír a sus compatriotas, éste y no otro ha sido el propósito de los dos escritores últimamente condenados. Ambos escritores, tan diferentes en los temas y la forma, guardan una similitud inconfundible en sus propósitos: la mofa. En broma se dicen las cosas serias. Los hombres serios son los de principios de cemento armado. Jamás dicen una palabra más alta que la otra para no ofender a nadie; no saben reír de rabia, ni llorar de gozo. Juran fidelidad a los principios por respeto a las víctimas. Aman al hombre en abstracto; la humanidad, el género humano, pero son incapaces de respeto para el hombre corriente y moliente, para ese pobre hombre de todos los días que a cada instante nos topamos con él.

Falta de espacio nos obliga poner término a este escrito sin haber podido, cual hubiera sido nuestro placer, extendernos más ampliamente sobre el proceso y la obra de estos dos escritores, hoy condenados por un sistema que el día de mañana será deudor de las víctimas. Cuantas noticias provienen de la Unión Soviética las tomamos con suma cautela. Con demasiada frecuencia la prensa «libre» infla globos con finalidad lucrativa y somos víctimas de una propaganda machacona. En el fárrago de noticias contradictorias andamos como en la selva virgen, machetazo a diestra y machetazo a siniestra. Pasando por alto el proceso en sí, vale la pena recordar que por vez primera los partidos comunistas occidentales, así como marcadas personalidades literarias adscritas al comunismo, han manifestado su disconformidad con el veredicto del proceso de Moscú. ¿Qué se condena, el contenido de las obras o su publicación en el extranjero? Las autoridades han preferido acentuar su condena en el hecho de la publicación en el exterior, dando a entender que el contenido de las obras por su mediocridad no atacaba en nada el prestigio del país; pero sabemos que en realidad lo que joroba es lo que se dice. Un sistema que condena a quienes quieren ver sus obras impresas en el exterior es ya repugnante. En esta ocasión la diplomacia rusa ha faltado de tacto. Eliminando esa ley que prohíbe la publicación en el extranjero, se evitaban un proceso, del cual el prestigio de la Unión Soviética ha quedado mal parado.

PASAMAR.

ACLARACION NECESARIA

En el boletín de mayo, titulado «SINDICALISMO», con subtítulo «Boletín de Orientación Libertaria», que edita el grupo de ex-cenetistas de Madrid que han sostenido negociaciones con la C.N.S., se reproduce, parcialmente extractado, un trabajo de nuestro colaborador José Peirats, publicado en un número anterior de nuestra revista.

Se trata del artículo «Nuestras grandes opciones».

Se nos escapa la intención que haya podido guiar a los editores de ese boletín, la reproducción de dicho trabajo. Por nuestra parte nos limitamos a precisar que no hemos sido consultados para ello.

LA REDACCION.

El joven cine checoslovaco

«LOS AMORES DE UNA RUBIA»

de Milos FORMAN

Marcel Martin, crítico de la revista francesa «Cinéma 66» señalaba en un estudio reciente la vitalidad de las tendencias más nuevas del cine contemporáneo: no sólo en América y en Europa, sino —simultáneamente— en diversos países comunistas se ha operado, en efecto, estos últimos años una revolución en el cine que hoy parece irreversible.

El cine «de papá», cine de escayola y postizos, fabricado de espaldas a la realidad, vive en la atmósfera tibia de los estudios, se ve concurrido por un cine joven, dinámico, dotado —según definición de Marcel Martin— de «un mayor coeficiente de realidad», cine que nos brinda «una imagen nueva del mundo y de los individuos».

El fermento aportado a partir de 1955 por los cineastas del «Free Cinema» inglés, de la «nouvelle vague» francesa, y los de la escuela del «Cinéma-vérité», han revolucionado el lenguaje cinematográfico y abierto una brecha en el sistema de producción tradicional; brecha por la que han «colado» literalmente toda una serie de jóvenes realizadores cuya característica principal parece ser la necesidad común de autenticar el cine y de hacer tabla rasa de todas las convenciones polvorizadas que lo ahogan.

El desdén de la anécdota y de la construcción dramática tradicional (Jean-Luc Godard declaraba recientemente que «el espectáculo en el cine le interesaba cada vez menos y que desistía de seguir haciendo guiones»), la prioridad concedida a la imagen natural (influencia visible de la televisión y de sus reportajes «en directo»), imagen captada de preferencia en exteriores, una voluntad de representar el mundo y los individuos tal y como aparecen vistos a través de un objetivo —sin recreación artificial o con el menor artificio posible—, un deseo agudo de confrontación personal con un mundo

extraño y hostil (sensible en la escuela americana y en obras como «Shadows» o «The Connection»), una voluntad de denunciar una realidad social juzgada intolerable (tendencia del joven cine italiano en películas como «Il Posto», «Salvatore Giuliano» y en las obras recientes de Bellocchio y Bertolucci) o de examinar y describir con lucidez los problemas de las nuevas generaciones comunistas (en cabeza el cine polaco, algunos —raros— cineastas soviéticos y, sobre todo, la última hornada de realizadores checoslovacos), nos parecen constituir las tendencias y características más acusadas de este cine.

La «explosión» del joven cine checoslovaco, triunfador reciente en París con películas como «Un día, un gato» de Vojtěch Jasný, «Los diamantes de la noche» de Jan Nemec, y sobre todo con dos maravillosas cintas, «El as de Pique» y «Los amores de una rubia», ambas obra de Milos Forman, obedece a diversos factores.

El más importante lo constituye sin duda el «deshielo», prudente pero innegable, consecutivo al doceavo Congreso del Partido Comunista checoslovaco.

La liberalización que siguió a dicho Congreso se tradujo por una mayor libertad de acción en el dominio de la creación artística, severamente controlada y codificada hasta esa fecha por los jerarcas del Partido.

Siguiendo el ejemplo de Polonia, el sistema de producción fue descentralizado y reestructurado en «grupos de producción» autónomos, siendo, además, creado un «Instituto de Altos Estudios Cinematográficos», del cual han salido la mayor parte de los jóvenes cineastas actuales.

El más famoso de ellos, Milos Forman —nacido en 1932— nos aporta, a través de sus dos primeras obras, una visión llena de sinceridad, fresca y de extraordinaria riqueza de matices, de los pro-

blemas generacionales de la juventud checoslovaca, visión transmitida con una aparente sencillez que encubre en realidad una madurez técnica sorprendente.

Forman, cuya mejor cualidad parece ser la ironía, una ironía que a veces raya en la insolencia («Los amores de una rubia» debutan —mientras desfila el genérico— con una canción yé-yé), pasea su cámara por un mundo, una sociedad, en la que este cineasta vive, trabaja y respira. A Forman «le duele» su país y nos lo muestra sin complacencia.

Por la ventana que nos abre Forman nos asomamos a un mundo extraño, regido por leyes y por mecanismos desconocidos por nosotros, y al mismo tiempo curiosamente próximo y entrañable, poblado de seres cuyos dolores, problemas y apetencias no difieren en absoluto de los nuestros.

Forman es por su temperamento y por su sensibilidad un hombre joven: la dificultad de superar los limbos de la adolescencia, de pasar de esa edad a la edad adulta, la incompreensión de los «mayores», tales parecen ser sus temas favoritos.

«El As de Pique», su primera película, es la historia de un adolescente que no acaba de encajar dentro del «orden» y del «sistema de valores» preparado de antemano por sus padres —y por extensión por la sociedad comunista en que vive— y que oscila entre la formulación torpe de sus anhelos de independencia y la sumisión a sus padres y a dichos valores.

En «Los Amores de una Rubia» el tema del conflicto de generaciones se enriquece y amplía con la exposición crítica de determinados aspectos de dicha sociedad. Como «El As de Pique», la película transcurre en gran parte en una sala de baile en la que un verdadero ejército de adolescentes se abandona al ritmo frenético de los bailes «decadentes» importados de los países capitalistas.

¿Voluntad de chocar los censores o realidad viva? Creemos más bien que Forman se ataca a un mito, que conoce perfectamente a esa juventud y que se propone mostrárnosla tal como es, sin denigrarla ni idealizarla. Juventud (varias escenas nos lo hacen sentir)

empachada por los slogans y los discursos oficiales, juventud que rechaza y que se opone (con su ansia de vivir, con su deseo inconsciente de singularizarse) a la imagen oficial, aséptica y pasteurizada, de una juventud disciplinada, pasiva totalización —repetida a miles de ejemplares— del héroe positivo socialista.

En «Los Amores de una Rubia» los responsables de una pequeña localidad se ven enfrentados a un problema singular: la producción de una fábrica —y la salud moral y física de sus obreras— se resienten de la escasez local de representantes del sexo fuerte. Solución imaginada por los camaradas funcionarios: enviar en guarnición a esa localidad un contingente de doscientos soldados. Asistimos a la recepción del tren y al desencanto de las obreras: los donjuanes en hierba son soldados de reserva mal trajeados y cuarentones. En el baile organizado en su honor asistimos al intento tragicómico de seducción de tres jóvenes obreras por tres soldados. Una de esas obreras, Hanna, prefiere vivir con otro muchacho de su edad, Milda, pianista de la orquesta, «una aventura»: Milda y Hanna pasan la noche juntos. Al sábado siguiente Hanna va a Praga a visitar a Milda. Conoce a sus padres y descubre su mezquindad, el marco estrecho de sus vidas dominado por la televisión que trona en el comedor, su rutina moral y mental y su falta total de generosidad. Hanna vuelve a su pensionado... Embellece e idealiza su «aventura» cuando la cuenta a una compañera de dormitorio.

Forman, magistralmente, ha sabido hacernos amar a sus personajes (su ironía, en ocasiones demoledora, no excluye la ternura que éstos le inspiran visiblemente): sabe, a través de una conversación, un simple gesto, un rostro anónimo captado súbitamente, ponernos en contacto directo, casi epidérmico, con la realidad.

Forman ha superado con brillantez el «test» de la segunda obra. Esperamos con impaciencia su próxima película, «Lucerna», en rodaje actualmente, cuya acción transcurre, al parecer, en la sala de baile más popular de Praga.

Sergio DANIEL.

 ACTUALIDAD ESPAÑOLA - ACTUALIDAD ESPAÑOLA

¿LA IZQUIERDA FALANGISTA?

El Frente de Juventudes Falangistas dio a la publicidad, el 30 de mayo último, un esquema político institucional que llegó quiso hacer mucho ruido, pero que sólo a simple rumor, después de poner de manifiesto las dificultades internas del régimen para resolver el problema de la sucesión.

El texto de 48 puntos y unas 6 000 palabras aproximadamente, pretende aparecer como verdaderamente revolucionario.

Entre los puntos esenciales destacan aparte los de relleno demagógico, los siguientes:

— La separación de la Iglesia y el Estado en un clima de libertad religiosa.

— La modificación de la ley de sucesión afin de «permitir al pueblo español» de escoger por vía de plebiscito, entre la monarquía y la república.

— El restablecimiento de las relaciones diplomáticas con todos los países del este.

LAS RELACIONES CON RUSIA

«Ya sé que el tema que voy a abordar es uno de los más polémicos, y hasta puede producir escándalo en algunos sectores (dando a esta palabra un mero valor dialéctico, porque nadie que se estime un poco, debe procurar escandalizar). Se trata de hablar sobre esa posibilidad de normalizar las relaciones con Rusia y los países satélites».

Con estas palabras iniciaba Emilio Romero, director de Pueblo, uno de sus recientes «gallitos» en el que descaradamente rompe lanzas por la reanudación de relaciones del gobierno franquista con la U.R.S.S.

«El realismo, como el amor, dicen los entendidos que es bueno siempre que esté picardeado. El realismo es un ejercicio para estadistas y no un mecanismo para cándidos.»

Y con este final, de un desenfadado sin igual, concluía el insigne director su

«realista» intervención no apropiada para «cándidos».

LABORISTAS EN LA CASA SINDICAL

Un grupo de miembros del Parlamento británico, entre los que se encuentran destacados dirigentes del Partido Laborista, que se hallan de visita en España, han estado en la Casa Sindical, en donde fueron recibidos por el propio Solís, quien les ofreció un almuerzo.

No es que deba causar sorpresa una tal actitud de los diputados laboristas, pero si que nos sorprende esta manifestación amistosa en los momentos en que pretenden enfrentarse por el Peñón.

MAS CONDENAS.

El Tribunal de Orden Público ha dictado sentencia a los separatistas vascos Jesús María Garitano Sánchez, Agustín Unzueta Larrañaga y José Ignacio Badiola Aranguren, los cuales son condenados a catorce meses de cárcel y veinte mil pesetas de multa.

Los citados, por pertenecer a una organización política clandestina y hacer propaganda de la misma, estaban acusados de asociación ilícita y propaganda ilegal.

No, en España no existen presos políticos; es lo que afirman los acusadores. Sólo se detiene por asociación ilegal.

Que cada cual interprete ese juego de palabras.

USSIA HABLA A LA PRENSA.

«Permaneceré uno día en Madrid, y luego marcharé al Norte, a descansar una temporada.» Con esta declaración hecha en el Club Internacional de Prensa, Monseñor Marcos Ussia revela su intención de reponerse del choque psíquico que dice haber sufrido con el secuestro del que fue objeto a finales de abril en Roma.

Nos parece justo, se le conceda vacaciones a servidón tan ejemplar como monseñor Ussia, que tan humildemente representa la Iglesia española.

Muy prudente, monseñor Ussia agrega: «No digo el lugar exacto en el que intentaré reponerme por si se enteran los anarquistas.» ¿Es que monseñor Ussia pone en duda la perspicacia y vigilancia de la policía española?

Después de haber relatado algunos detalles sobre su secuestro, monseñor Ussia concluye diciendo: «No temo nuevas amenazas, porque los secuestradores no amenazan; simplemente ejecutan.», y «aunque soy eclesiástico, en los planes de esta gente soy lego». A través estas palabras, ¿monseñor Ussia quiere insinuar que se halla fuera de peligro y que los secuestradores tienen sus miras puestas en las altas jerarquías de la Iglesia?

SIGUE LA DEMAGOGIA.

En el curso de la Asamblea Nacional de Trabajadores del Campo, celebrada a finales del mes de Mayo, cuatro puntos fueron objeto de discusión:

- 1) «La integración del trabajador en la empresa.»
- 2) «Las bases para una ordenanza general del trabajo en el campo.»
- 3) «La despoblación del campo.»
- 4) «El desarrollo comunitario en el ámbito rural.»

De los discursos pronunciados por los señores Jesús Lample, Luis Mombiedro, Díaz Ambrona y Solís, acerca de los citados temas, podemos sacar ciertas conclusiones.

Implicitamente el ala jalangista reconoce su fracaso en el sector agrícola e intenta darle una nueva orientación, basándose en los principios enunciados por José Antonio Primo de Rivera.

Como ya se ha podido comprobar, toda ideología que se descompone, vuelve a sus fuentes en busca de nuevas fuerzas. (Véase el revisionismo soviético). Trás esa fachada, subsiste la voluntad de ahogar toda transformación, toda auténtica liberalización.

Para que el campesinado español dé crédito a tan cacareados discursos, convalidaría un inicio de realización, que garantice un verdadero deseo de reno-

vación. Hasta el presente, ese deseo sólo se ha manifestado mediante limitadas reformas de orden técnico.

El nacional-socialismo no parece ser la fórmula más indicada para renovar las estructuras de la sociedad española, cuando el capitalismo liberal intenta sacudir el inmovilismo de esta sociedad para integrarla en el mercado europeo.

LA IGLESIA A LA HORA ANTIFRANQUISTA

Sorpresivamente la Iglesia española acelera su ofensiva antifranquista (¿Represiones insospechadas del caso Ussia?).

En las prensas de Montserrat se acaban de editar algo más de 30.000 ejemplares en castellano y otros tantos en catalán, de un opúsculo de quince páginas en el que 22 movimientos y asociaciones religiosas —entre las que figuran las juventudes campesinas, estudiantiles y obreras católicas— se solidarizan con los curas maltratados —«la manifestación de las sotanas»— y se comprometen a dar un máximo de difusión a las razones y a las condiciones reales de «su marcha pacífica y silenciosa en las calles de Barcelona».

Después de protestar contra la forma difamatoria en que la prensa española informó del caso, precisan 7 puntos por los que dejan claramente definida su posición frente al régimen franquista y contra las «violencias, las calumnias y las injusticias» de que han sido víctimas.

LOS CARLISTAS EN LA OPOSICION

«Reclamamos los fueros para Cataluña y una libertad auténtica para todos los españoles» han declarado los jefes carlistas el domingo 12 de junio en Montserrat.

«Preferimos la República a la Monarquía representada por Don Juan de Borbón y por su hijo Don Juan Carlos». «(...) ne se puede imponer una solución al pueblo sin consultarle, y otras tantas consignas demagógicas fueron lanzadas por los jefes carlistas, que no vacilan en ponerse a la hora de la oposición antifranquista.

LA CRISIS DE LA O.T.A.N.

El 3 de mayo el gobierno francés ha dirigido una nota a sus aliados, miembros de la O.T.A.N., significándoles el nuevo régimen de autorización de vuelos sobre el territorio francés: dichas autorizaciones deberán, a partir del 1.º de junio de 1966, ser renovadas mensualmente.

Una manifestación más de la política antiyanqui del general De Gaulle en los momentos en que prepara su viaje a la Unión Soviética. Y en los momentos en que seis «Mystère IV» explotaban sobre territorio español en uno de sus vuelos rutinarios de entrenamiento, siguiendo el ejemplo que los bombarderos americanos impusieron en Palomares.

GOLDWATER Y LA GUERRA DEL VIETNAM

Barry Goldwater ha lanzado recientemente un violento ataque contra la política oficial del gobierno de los Estados Unidos en el Vietnam: «La escasez de bombas y de municiones, afirmó el candidato a la presidencia en 1964, en el Vietnam está tomando las proporciones de un escándalo nacional».

«La escasez de bombas...» ¡Vaya descaro!

¡GIBRALTAR, POR FIN ESPAÑOL?

Afirma la A.F.P. a propósito de las actuales conversaciones hispano-británicas, que, «Madrid estaría dispuesto a ceder la fortaleza y sus instalaciones con un estatuto similar al de la base aeronaval americana de Rota».

¡Curiosa forma de recuperar la soberanía...!

OTR AVICTIMA DEL PROCESO DANIEL-SINIAVSKI

Seis meses de trabajo reeducativo y una multa equivalente al veinte por ciento de su salario ha sido impuesta al crítico de arte ruso Galamitchok, culpable de haberse negado a indicar a las autoridades soviéticas la persona que

le había prestado las obras de Siniaovski.
¡Sobran los comentarios!

LA GUERRA HA TERMINADO

El comité del Festival de Cine de Cannes, cediendo a la presión del gobierno español, ha retirado de la competición la película «La Guerra ha terminado» —dirección de Alain Resnais y guión del escritor español exiliado Jorge Semprún— por su carácter antifranquista.

¡Era de esperar!

EFFECTOS INSOSPECHADOS DE LA EMIGRACION

La Grecia del Norte pierde cada año 10 por ciento de su población activa. Una importante misión oficial se ha desplazado recientemente a Alemania para reclutar trescientos obreros especialistas indispensables para poner en marcha una nueva fábrica en territorio helénico.

La exportación de mano de obra como un negocio nacional tiene sus inconvenientes. Algo parecido puede suceder pronto en España.

LA «CRISIS» DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

«Recemos para que la verdad resplandezca frente a las calumnias de la prensa, de la radio y de la televisión española», han declarado los capuchinos del convento de Sarriá a propósito de la «agitación» de los jóvenes sacerdotes, comentada «en forma tendenciosa» por la prensa nacional.

¡Si, si, que sigan rezando!

El presidente de la Confederación episcopal ha declarado a la Agencia gubernamental CIFRA, que lamenta profundamente «la forma tumultuosa de manifestarse, tan contraria al espíritu sacerdotal... Si su conciencia les exigía que presentas en una reclamación, debían haberse dirigido a sus propios prelados... y en caso de que estos no atendiesen su súplica debían someter su problema a la Santa Sede.

OTRA VEZ EL CONGO.

La lucha por el poder, en el Congo, reviste aspectos de una brutalidad extrema, pese a lo cual la opinión pública internacional no logra conmoverse por la suerte de ese pueblo mártir sometido a la rapiña desenfundada de los diferentes neocolonialismos. El asesinato público de cuatro prominentes políticos congoleños, enemigos del general Mobutu —actual dictador—, no ha sido noticia de interés ni siquiera para la prensa sensacionalista. Mucho menos para la que se pretende sería, que ha informado de tan macabro e indignante acontecimiento, sin agregar nada más a los fríos despachos de prensa cursados por las Agencias Internacionales.

EL VATICANO COMO PROMOTOR

«Es necesario movilizar todos los recursos humanos y no basta dar lo que se tiene, hay que dar lo mejor de uno mismo. La paz, a la que el mundo aspira, no se construirá salvo a ese precio; como muy justamente se ha dicho: el desarrollo es el nuevo nombre de la paz».

Con estas palabras terminaba Pablo VI un mensaje dirigido al secretario general de las Naciones Unidas, con ocasión de la inauguración en Milán, de la segunda sesión del Consejo de Administración del programa de las Naciones Unidas para desarrollo.

Como siempre, el Vaticano, no pierde ocasión de señalar su predilección por los negocios terrenales, particularmente si se trata del desarrollo económico, en el que tantos espirituales, pero capaces de llevar también, para provecho propio, las contabilidades comerciales en las empresas en que son accionarios o propietarios absolutos.

RACISMO Y BARBARIE CIVILIZADA

En los Estados Unidos continúan los violentos enfrentamientos entre los ras-

cistas blancos y los negros que, por procedimientos no violentos, pretenden conquistar el reconocimiento legal de sus derechos como ciudadanos a parte entera de la nación americana.

James Meredith, el primer negro que en 1962 logró hacerse inscribir en la Universidad de Mississippi, ha sido víctima de un atentado perpetrado por un blanco que impunemente pudo preparar su emboscada, dadas las reducidas medidas de seguridad tomadas por la policía para proteger las marchas pacíficas de los seguidores del dirigente integracionista Martin Lutero King.

Como en caso anteriores, las autoridades americanas se han limitado a «condenar» el incidente y a poner al blanco a disposición de un Juez blanco que, en pocas horas, dejará en libertad bajo fianza al autor de tan heroica azaña y después la rueda continuará girando con protestas de los negros y atentados de los racistas blancos...

HUELGA MARITIMA.

Para vergüenza del gobierno laborista la huelga de los marinos ingleses ha entrado en su tercera semana, sin que las reivindicaciones obreras hayan sido satisfechas.

«Los marinos de comercio mantienen su decisión de obtener inmediatamente la semana de cuarenta horas», ha declarado William Hogarth, representante de los huelguistas a la salida de las deliberaciones de más de dos horas entre el «Gabinete Interior» (T.U.C. de las Trade Unions Congress y el Comité Ejecutivo de los marinos).

La supeditación de la T.U.C. a la política del gobierno laborista los lleva a traicionar, al negarse a sostener el sindicato de los marinos, a la clase trabajadora que dice representar. Una lección más que no hay que olvidar.

CRITICA DEL NEOCAPITALISMO

La demagogia falangista no conoce límites; pero es interesante que vayan reconociendo el valor del sindicalismo clásico y el fracaso del verticalismo en estos 25 años de convivencia con el franquismo.

Léase el artículo publicado por Pueblo el 24 de mayo del 1966, del que extraemos los siguientes párrafos:

«Las conquistas laborales que en este tiempo nos parecen normales, y que han humanizado considerablemente las relaciones de producción; no hubieran sido posibles sin la presión decidida de las masas trabajadoras que, a través de los sindicatos, lograron para su clase lo que nunca pudieron conseguir las doctrinas paternalistas de los filántropos más avanzados ni las declaraciones altruistas de las clases poderosas.»

«Porque tanto el «status» del trabajador como del empresario, en líneas generales, permanece invariable e inamovible; el empresario ejerce por y para sí la propiedad y dirección de la empresa, el ordenamiento de la producción y la fijación de índices de productividad, percibiendo casi exclusivamente la plus valía del producto resultante; el trabajador, por el contrario, se adhiere al proceso productivo proyectando su trabajo, recibiendo a cambio por esta aportación un salario fijo o variable.»

«La situación real estriba en que si es una ley económica constante, el que la producción no puede lograrse si no es con la conjunción dentro de la empresa de los factores insustituibles de capital y trabajo, el atribuir sus beneficios a uno de ellos otorgándole a otro únicamente como medida compensatoria un trato salarial, se produce inevitablemente una situación anómala que atenta contra los derechos de una sociedad justa.»

«Accionariado obrero, participación en beneficios, consejos de vigilancia e incluso el instrumento más avanzado de la cogestión, así como toda la gama de modalidades que puedan darse en el mundo del capitalismo popular históricamente no representan otra cosa que concesiones obligadas de la plutocracia para sostener una situación que, de intentar mantenerla inflexible, daría inevitablemente al traste con todo el montaje. Las variantes que se enuncian, y otras que pudieran encontrarse, no son otra cosa que remedios tácticos o técnicos de emergencia que preserva la inalterabilidad de fondo de la empresa capitalista.»

«La autogestión de la empresa o empresas sindicalistas (a manera de ejemplo puede servirnos la Cooperativa de Transportes de la ciudad de Valencia) son hoy las fórmulas a aplicar en una sociedad futura. El salario como concepto económico de satisfacción a una prestación de servicios debe ir siendo sustituido por procedimientos más humanos, que permitan ir abriendo el camino para llegar a la auténtica empresa social.»

Una vez más, a través del artículo citado, Pueblo, prueba situarse por encima del capitalismo, afectando defender la clase obrera.

El director de Pueblo, muy bien acomodado en el marco del régimen totalitaria actual con esa posición, apuntalar su porvenir.

LA revista *Presencia* quiere ser una tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy.

PRESENCIA quiere colaborar prácticamente, en la creación de una nueva conciencia revolucionaria, con todos cuantos sepan hacer dejación de prejuicios dogmáticos para resolver los problemas que plantea la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y la emancipación del hombre.